

La Esfera

Año XI

Núm. 583



Camara, P. 11

«Confidencias», cuadro original de F. Pons Arnau

Precio: Una peseta

Dr. Bengué, 16, Rue Ballu, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

Agentes exclusivos de esta publicación
en la ISLA DE CUBA:

“LA MODERNA POESÍA”

Pi y Margall, 135-139
HABANA



VIGOR SALUD
rápidamente obtenidos



con el uso del

VINO DE VIAL

Por su acertada composición

QUINA, CARNE
LACTO-FOSFATO de CAL

es el más poderoso de los tónicos.

Conviene a los convalescientes,
ancianos, mujeres, niños y todas
las personas débiles y delicadas.

EN TODAS LAS FARMACIAS

LIBROS RECIBIDOS

La Patrona. Novela, por Dostoyevski. Traducción de J. Ferrándiz. Editorial Sempere. Valencia, 1924.—En este volumen se reúnen tres interesantísimas novelas del gran escritor ruso, que es una de las más vigorosas personalidades de la literatura moderna. Tienen las tres narraciones la sobriedad admirable, la intensidad dramática y la pincelada firme y rotunda que campean siempre en las obras del formidable escritor.

Amadís de Gaula. Libro de Caballerías, arreglado al castellano por Carmen de Burgos «Colombine». Editorial Sempere. Valencia, 1924.—Esta obra maestra entre los libros de caballerías, tan famosa en los anales de nuestra literatura, aparece en esta edición extractada y vertida al castellano moderno, para que el público de hoy pueda saborear sus incontables bellezas. La difícil labor de adaptar la obra ha sido realizada con absoluto acierto por Carmen de Burgos.

Vida de Cervantes. Por Gregorio Mayans y Siscar. Editorial Prometeo. Valencia, 1924.—Acierto positivo de esta casa editorial es la publicación de la célebre *Vida de Cervantes* por el primer biógrafo cervantino Gregorio Mayans y Siscar, culto bibliotecario de Felipe V. Todos los cervantistas, todos los amantes de la gloriosa historia literaria española han de ver con agrado la publicación de este estudio biográfico, que fué el primero que se hizo del autor del *Quijote*.

El ingenuo. Por Francis de Miomandre. Editorial Prometeo. Valencia, 1924.—Es esta una deliciosa novela, llena de gracia, de agilidad, de interés y de *sprit*. La bellísima obra de Miomandre está traducida pulcramente por el exquisito novelista Germán Gómez de la Mata.

Primera actriz única, novela por Valentín de Pedro. Editorial «Hispania». Madrid, 1924.—Otro gran éxito de «Hispania» es la publicación de esta admirable novela del joven escritor Valentín de Pedro, una de las figuras más rápida y firmemente destacadas entre las de nuestra literatura nueva. La vida azarosa y pintoresca de la farándula aparece reflejada con insuperable acierto en las páginas del nuevo libro, cuyo éxito ha de superar, si cabe, al obtenido con la publicación de *Una aventurera*.

Querer y no querer. Comedia en un acto, por Manuel Linares Rivas. Editorial «Hispania». Madrid.—La fina sutileza, la agilidad espiritual, la gracia zumbona que caracterizan al teatro del ilustre Linares Rivas triunfan plenamente en esta deliciosa comedia en un acto que «Hispania» acaba de publicar.

Dolor de juventud, novela por Roberto Molina. Premio nacional de Literatura. Pueyo. Madrid, 1924.—Es esta una de las tres novelas premiadas por el Concurso Nacional de Literatura de este año. El valioso galardón confirma los méritos de Roberto Molina, escritor de limpia ejecutoria artística, que en el periódico y en la novela corta dejó admirables muestras de sus grandes facultades literarias. La novela de ahora, noble y sencilla, de estilo terso y claro, de amenidad que á cada página crece, es una plena demostración del gran novelista que hay en Roberto Molina. El público, respondiendo á la expectación que la novela ha producido, agota rápidamente la copiosa edición de *Dolor de juventud*.

Melancolias, novela, por Manuel R. Alvarez Puente. Madrid, 1924.—Forma esta novela la segunda parte de *Almas perdidas*, anteriormente publicada. Los capítulos de la nueva obra de este distinguido escritor están henchidos de poderosa originalidad. Son páginas fuertes, vibrantes, valientes, en que la visión de las cosas está hecha á través del original temperamento de su autor.

El centro de las almas, novela, por Antonio Porras. Madrid, 1924.—Antonio Porras, ya ventajosamente conocido en el mundo de las letras por algunas bellas obras anteriores, se muestra en este nuevo volumen como un afortunado cultivador de la novela, que tiene ante todo la poderosa característica de la originalidad, tan difícil de hallar en otros escritores. *El centro de las almas* es una novela llena de gracia y de emoción, irónica á veces y á veces dramática, de un dramatismo que alcanza en algunas páginas la cumbre de lo trágico. El maestro Azorín elogió ya cumplidamente esta novela, que encierra en sus páginas una vibrante historia de amor, con personajes firmemente dibujados y con escenas que hacen ver en Antonio Porras un fuerte novelista de bien definida personalidad.

Se adoraban, novela, por C. Martínez Riestra. Editorial Pueyo. Madrid, 1924.—Novela sencilla, amena, en que el estilo fluye tan natural como el desarrollo de la trama, es esta del culto escritor Martínez Riestra. La amenidad, la emoción, el interés, resortes de todo éxito literario, triunfan en esta encantadora novela, que el público ha acogido tan favorablemente desde el primer momento.

(En esta sección daremos cuenta de todos los libros de que se nos remita dos ejemplares)



EXPOSICIÓN VERDUGO LANDI

EN LOS SALONES DE
"EL SIGLO", DE BARCELONA

Desde el 20 de Febrero al 20 de Marzo

ARTÍCULOS DE **JULIO BURELL**

Homenaje de la Asociación de la Prensa

PRÓLOGO

DE

JOSÉ FRANCOS RODRÍGUEZ

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS / CINCO PESETAS

ELEGANCIAS



Acaba de aparecer el número de Marzo de esta gran revista de Modas

ELEGANCIAS

Es el periódico indispensable para las señoras

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

DIRECTOR: FRANCISCO VERDUGO

**Mlle. FALYNE VERBIST**

Se ha presentado en Madrid esta admirable bailarina belga, que ha llegado á nosotros precedida de un renombre mundial, y que ha recibido de los públicos extranjeros las máximas manifestaciones de entusiasmo. Nuestros Monarcas, durante la función que en su honor se celebró en Bruselas, admiraron y aplaudieron entusiastamente á Mlle. Verbist. La gran artista ha mostrado un singular empeño en actuar en una función á beneficio de nuestra Asociación de la Prensa, y el pasado lunes, en el Teatro Fontalba, ejecutó sus más exquisitas danzas. Mlle. Verbist sabe dar al baile un prodigioso sentido de arte, que nuestro público apreció y aplaudió merecidamente.

CÁNOVAS DEL CASTILLO

ESTE esclarecido varón, cuyo apellido evoca para los hombres de la generación á que perteneció el recuerdo de inolvidables días, los que precedieron á la pérdida para España de la soberanía en Puerto Rico; este gran patricio, á quien Bismark admiraba, á quien la Prensa mundial rindió á su muerte fervorosas frases laudatorias y cuya vida fué ejemplo de gobernantes; este ilustre estadista, cuyo cerebro fué estadio de las luchas de las ideas humanas durante un tercio de siglo, y cuyo corazón viril, sin romperse, fué sensible á los dolores todos de un pueblo grande; este férreo defensor de los principios eternos del derecho, del orden, de la armonía y de la paz, espíritu abierto á las invasiones de la luz por los cuatro puntos cardinales, ultraconservador de lo existente, siempre que lo existente fuera bueno, aleccionado en la dirección de los negocios públicos por sus conocimientos del pasado, historiador, hacendista, filósofo, espejo de oradores, literato, académico, ateneísta, psicólogo profundo del alma del país, de sus costumbres, de su topografía, de sus producciones, enemigo de la violencia, del motín, aunque la violencia—como la del levantamiento de Sagunto—sirviese para restaurar en el trono á los Borbones, á quienes él patrocinaba, y para los cuales, en lugar de un trono conquistado por la fuerza de las bayonetas, apetecía una corona impuesta por la voluntad nacional en plenas Cortes; este espejo de políticos y de estadistas, mundano, conversador incomparable, polemista invencible por su mucho saber, por su grave razonar, por el sereno dominio de su pensamiento, por su verbo magno; éste, digo, que fué el árbitro del Poder público español durante los últimos años del siglo XIX, el talento más comprensivo de la España de su tiempo; aquel que se hallaba tan bien informado de los más altos problemas sociales y políticos como de las feroces demasías caciquiles y los oscuros asuntos municipales; aquel que acertó en sus resoluciones tantas veces y que tantas otras se obstinó en la defensa de sus errores, pero cuya alma superior estaba encendida en amor por España.

Escrito lo anterior, resumen de mi juicio de lo que Cánovas era y representaba, hay todavía que añadir algo muy característico. El «monstruo», como por su enorme talento se le llamaba, al hacer la única Restauración que en la Historia ha prosperado, quiso dotarla de elementos varios y acomodaticios de gobierno, para lo cual, y esto es singularmente ejemplar, creó un Partido conservador, del que él era núcleo, y que se apoyaba por sus elementos plásticos de la derecha en el tradicionalismo, con lo que aniquiló á los carlistas, y por los de su izquierda con las derechas revolucionarias, y protegió la creación de un Partido fusionista que presidió aquel insigne Sagasta, «que caía siempre del lado de la Libertad», y en el que cupieron Becerra y Moret, Montero Ríos y Martos, Maura y Canalejas, y no se opuso, antes fomentó su formación, á que en las avanzadas monárquicas se alzase el banderín de reforma de la misma Constitución que él concibiera é implantara, banderín que sirvió de enganche á los republicanos, con lo cual cuarteó sus filas y atrajo á la Monarquía á hombres de valer.

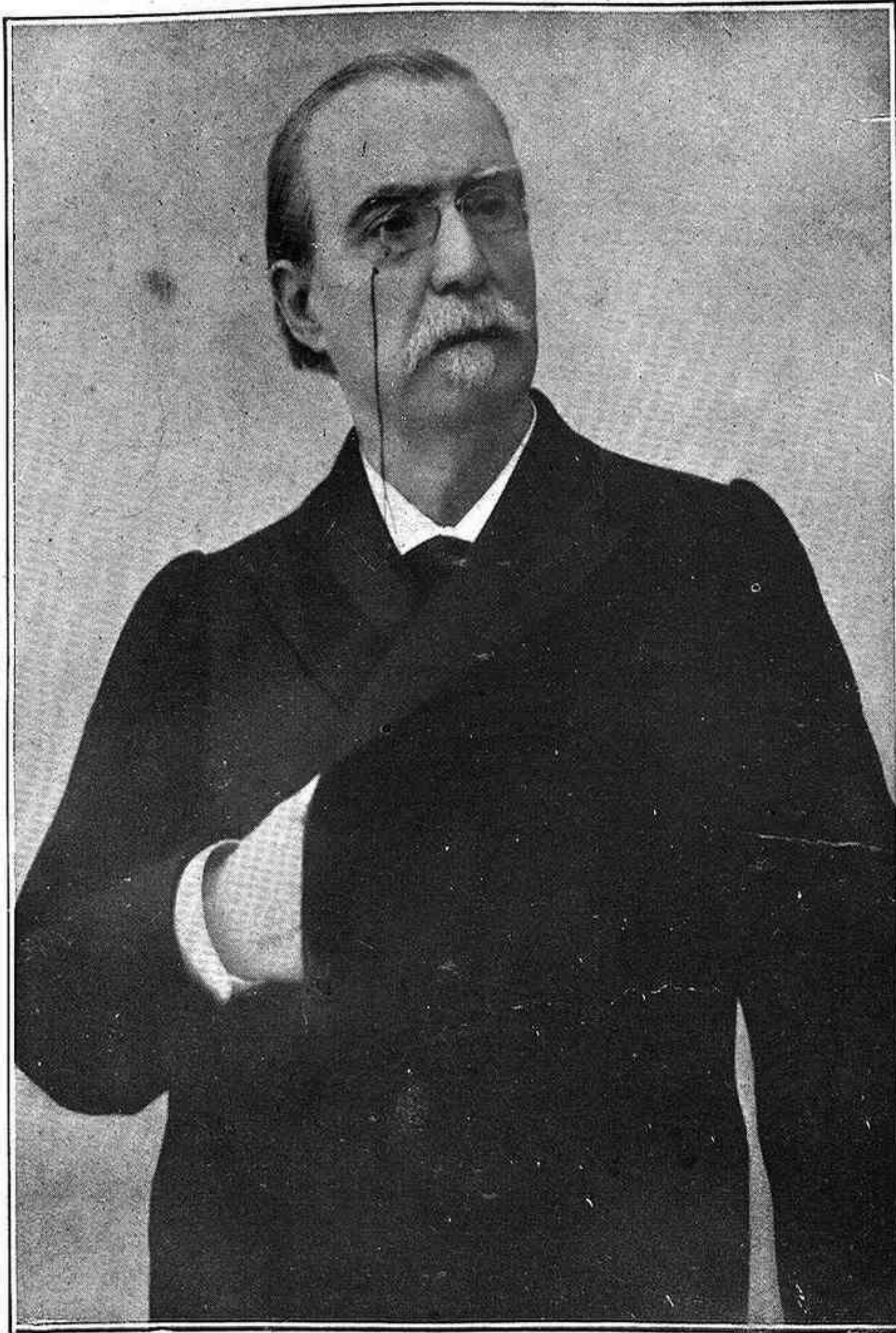
Acusado de soberbio, porque siempre tuvo conciencia de su dignidad, fué lo suficientemente humilde para recibir consejo casi diario del hombre á quien únicamente consideró superior: de Castelar, su amigo entrañable; y las concepciones generales del egregio orador, templadas y acomodadas á la realidad del momento por Cánovas, regularon los actos de gobierno de la Monarquía.

El realizó el famoso pacto de El Pardo, liberalizando la Regencia para consagrarla con el amor del pueblo; él aceptó en memorables discursos del Ateneo los principios del socialismo de cátedra; él, contra muchos de sus partidarios, prohibió el principio constitucional de la tolerancia de cultos y atemperó á la práctica el sufragio universal, y transigió con él, y, después de combatir toda concesión autonómica á las Colonias y de proclamar que, antes de conceder la independencia á Cuba, gastaría España el último hombre y la última peseta, suscribió la autonomía. El, en fin, antes que Moret y antes que Canalejas, estudió muchos meses el poder efectivo de Norteamérica y se persuadió de que la guerra con esta nación sería funesta á España, persuasión que le tuvo decidido á evitar aquel

máximo peligro, tan decidido que cambió completamente su concepto de la política internacional y hubiera buscado alianzas poderosas para no ver arrastrado á su país á una lucha cruenta y estéril, á un fracaso doloroso é irreparable. Con ello Filipinas, al menos Filipinas, habríase conservado para España.

Tal era aquel prócer de la inteligencia y de la voluntad, aquel legislador sabio, aquel ministro universal que imponía respeto á sus mayores enemigos. Amplia frente, noble figura, ademán ropado, clarísimo intelecto, turbio mirar... Tal era D. Antonio Cánovas del Castillo...

Y un día, un resplandeciente domingo de Agosto—su recuerdo vive indeleble en mi memoria—, paseaba yo con mi madre por el Paseo de Gracia de Barcelona. Aún en la capital catalana no había fermentado el morbo del anarquismo. Todo era



DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

potencia vital, trabajo y alegría en aquella industriosa urbe, orgullo de España.

Solemne y augusta caía la tarde. El sol enviaba al mar latino sus últimos rayos, que herían con sangrientos fulgores las olas perezosas y reflejaban en los cristales de la ciudad. Las gentes, confundidas las clases sociales, paseaban su ocio por las Ramblas, por la Avenida de Colón, por Atarazanas... Atemperaba el calor la sombra de los hermosos árboles y el aliento del Mediterráneo...

De repente oyéronse voces agudas. Afluían vendedores de periódicos, y en el aire inflamado oíase pregonar á grito herido: «El extraordinario del *Bruxi...*» «El extraordinario de *El Diluvio...*» «El extraordinario de *La Vanguardia...*» La gente, sorprendida, se paraba... ¿Qué sucede?... ¿Qué ocurre?... preguntábanse todos. Un vendedor, más expresivo que los demás, contestó: «El extraordinario de *La Publicidad* con el asesinato de Cánovas.» El público, la masa humana que ocupaba la calle y la de la plaza de Cataluña, y la que iba por las Rondas y por Barcelona entera, se estremeció... Yo mismo, no muy consciente de lo que aquellas terribles palabras querían decir, sentíme participando del anhelo general, de la palpitante emoción pública... Cesó el movimiento; formáronse grupos; todas las manos sostenían periódicos; las miradas ansiosas devoraban los caracteres impresos. La

noticia leíase recio, y como las palabras de un coro escolar oíase: «Esta mañana, en el balneario de Santa Agueda, ha sido asesinado por un desconocido el presidente del Consejo de Ministros, don Antonio Cánovas. El asesino disparó sobre el Presidente, hiriéndole en la cabeza. Cánovas cayó diciendo: «¡Dios mío!... ¡Viva España!» A la lectura siguió el estupor; luego el abatimiento que produce una desgracia sin reparación posible...; después, la reacción consiguiente, el estallido de la indignación que vibraba en el alma popular... ¿Qué había pasado? ¿Cómo había ocurrido el hecho?...

En Guipúzcoa, no lejos de la bella Easo, en el balneario de Santa Agueda, Cánovas, acompañado de su esposa, atendía al reparo de su salud, ó más propiamente, apartado unos días de sus candentes obligaciones, creaba su gran espíritu.

Aquel domingo, 8 de Agosto de 1897, amaneció radiante el día. El presidente, luego de despachar los asuntos de urgencia, oyó misa, paseó con varias personas, habló con otras... Ya había sonado el primer toque de la campana del establecimiento anunciando que se acercaba la hora de la comida. Doña Joaquina Osma, la esposa del gran estadista, dirigíase con éste hacia el comedor. Al bajar la escalera encontráronse con unos amigos. Cruzadas algunas frases, Cánovas rogó que le esperasen en la mesa, y se quedó en la galería de cristales, sentado de espaldas á la puerta que daba acceso á la escalera. Sacó un periódico y se puso á leer. En el jardín, los macizos de peonías, de clavellinas, de dompedros, de rosas, de nicaraguas llenaban de hermosura las platabandas y de aromas el aire. Magnolias y eucaliptos, carolinias y castaños de Indias esponjábanse en la luz solar.

No lejos de donde se hallaba el presidente había sentados algunos bañistas que, como él, esperaban la hora de comer, cuando, de pronto, aquel ambiente de paz se turbó; aquella quietud aristocrática, aquel discreto silencio interrumpióse bárbara, desgarradoramente. Se oyeron dos disparos.

Cánovas se levantó diciendo: «Asesino!... ¡Dios mío!... ¡Viva España!», y ante los bañistas, sorprendidos, espantados, desplomóse con el rostro bañado en sangre... Caído ya é inerme, un hombre que junto al insigne repúblico se hallaba disparó otras dos veces sobre él.

Acudió gente; de las primeras, la esposa, enloquecida; detuvieron al asesino; se atendió á prestar al presidente los auxilios de la ciencia y de la religión. La vida abandonaba aquel cuerpo; aquel cerebro, vivero de ideas; aquella despejada frente de cerúlea serenidad, aquel gesto heroico, aquellos labios en que la elocuencia florecía, aquel corazón desbordante de generosidad, de patriotismo. El tránsito fué corto. Algunos minutos después, España había perdido á su egregio dictador espiritual. El monstruo había muerto.

Por telégrafo, con el rayo, como imaginó el otro monstruo, Lope de Vega, transmitióse la noticia oficial. El Gobierno, temeroso de que trascendiera, prohibió las comunicaciones; pero algunas horas después del suceso, á Cuba, á Puerto Rico, á los Estados Unidos, á todo el mundo civilizado llegó la mala nueva.

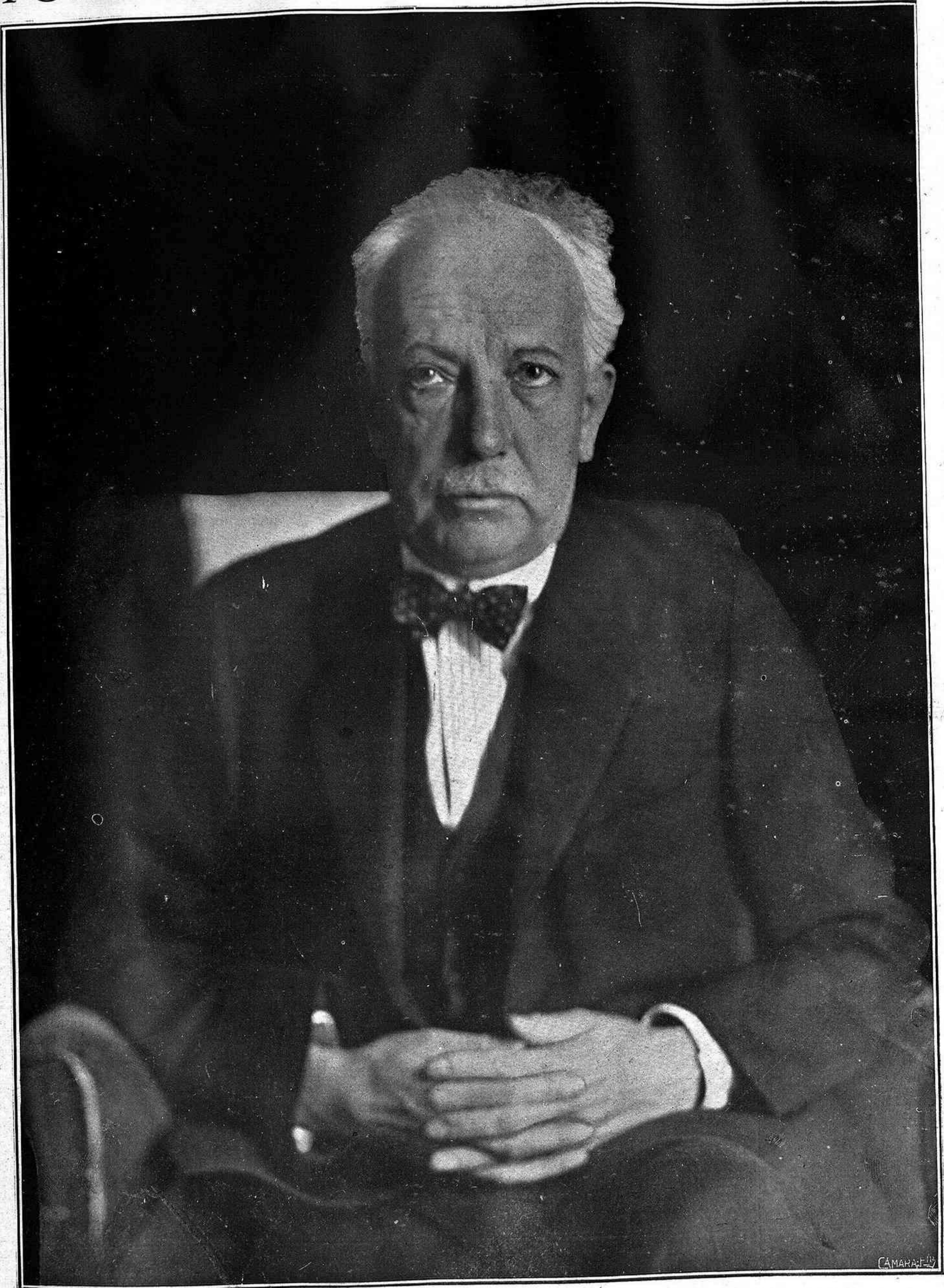
Castelar veló una noche entera el cadáver de Cánovas. Al otro día, éste, descompuesto ya por el calor, fué trasladado á Madrid. Procesión dolorosa á través de Guipúzcoa y de Alava y de los ardorosos campos de la noble Castilla. Las gentes acudían á las estaciones para presenciar el paso del *break*, convertido en capilla ardiente. Madrid se levantó á las seis de la mañana para acompañar los despojos exánimes del estadista, que fué conducido á su palacio, La Huerta, de la calle de Serrano.

Todos, absolutamente todos los periódicos del mundo, los emperadores, los reyes, los Presidentes de las Repúblicas, el Pontífice, políticos, pensadores, literatos, artistas enviaron á España el testimonio de su dolor. Rasgo admirable: los separatistas, los que sostenían la guerra en Cuba, guardaron tres días de luto, durante los cuales quedó en suspenso toda acción. Porque las virtudes de aquel patricio, cuyo apellido sólo es un ditirambo, imponían la admiración de las conciencias honradas.

Con Cánovas del Castillo no se hubiese escrito con sangre española el Tratado de París.

RAFAEL HERNANDEZ-USERA

RICARDO STRAUSS EN MADRID



HÁLLASE de nuevo entre nosotros el gran compositor alemán Ricardo Strauss, quien como en anterior visita, y al frente de la Orquesta Sinfónica, hará oír algunas de sus más hermosas obras orquestales. Figura sin duda la más eminente del arte alemán moderno, desaparecida la de Ricardo Wagner, el autor de *Salomé* y de *El Caballero de la Rosa*, las dos facetas opuestas y admirables de su talento dramático, es sobre todo y ante todo un sinfonista prodigioso, un mago insuperable de la orquesta, cuyos recursos y posibilidades ha ensanchado hasta límites increíbles después de lo que á ella hubieron de aportar Berlioz, Liszt y Wagner.

Y ese soberano dominio de la forma más excelsa de la música y de su

medio de expresión más perfecto, se ha traducido en la serie de hermosos poemas que constituyen lo más elevado y sincero del arte straussiano, y sin duda lo que, sean cualesquiera las orientaciones futuras del arte musical, habrá de perdurar principalmente entre toda su obra de compositor, que, por otra parte, tanto en el género dramático como en el de cámara y en el del *lied*, abunda en bellezas de primer orden.

Al homenaje de cariño y simpatía rendido á Strauss por el público madrileño se asocia LA ESFERA de la manera más cordial.

FOT. RUA

¿NOTICIAS DE MARTE?

¿NO HAY NOTICIAS!

Los escritores y astrónomos que hemos cometido el pecado de ocuparnos del planeta Marte con motivo de su pasada oposición, ó sea su mínima distancia á la Tierra el día 23 de Agosto último, soporamos á estas fechas un verdadero asedio—por parte de las señoras sobre todo, por ser las más curiosas—. Cuantos amigos y conocidos topamos por ahí nos interrogan á bocajarro:

—¿Qué hay, por fin, de nuestros vecinos marcianos?—nos dicen doquiera nos encuentran, con igual naturalidad que si nos preguntasen por la familia—¿Han logrado ya el ponerse al habla con ellos astrónomos y radiólogos? ¿Qué se ha obtenido de los medios visuales y radiotelefónicos puestos en juego en diferentes puntos de la Tierra para establecer la ansiada comunicación con el rojizo planeta? Las famosas «señales de Marconi», la ese telegráfica misteriosa de los tres puntitos de Morse, venidas de no se sabe dónde, ¿han resultado, en fin, algo concreto y explicable, en suma?...

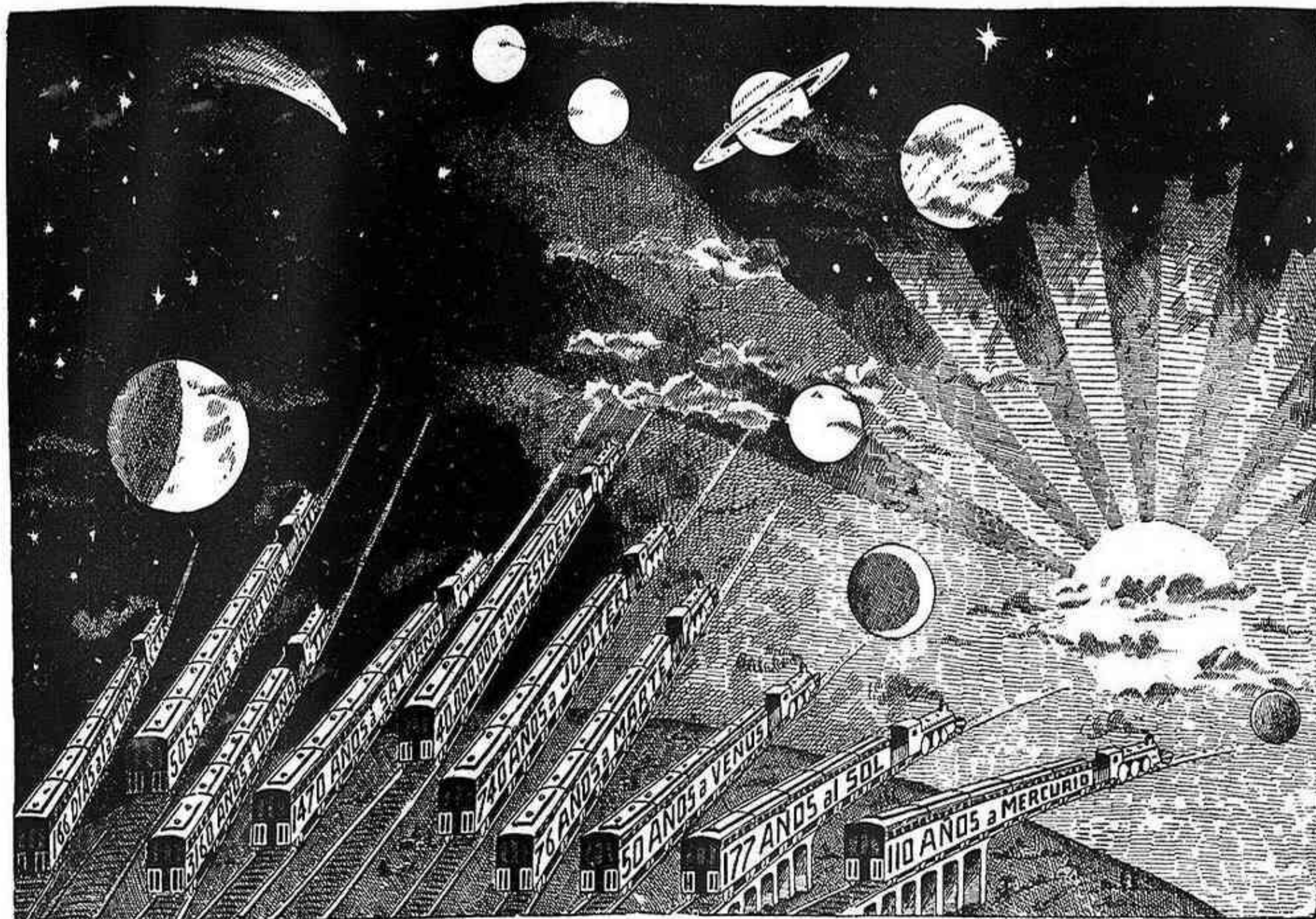
Sí. Los buenos amigos que, quizá por no saber qué preguntarnos, nos preguntan semejantes *pequeñeces*, nos producen ya, con sus infantiles insistencias, una angustia comparable á la que le causarían, sin duda, al heroico Tartarín de Tarascón cuantos paisanos le echaban en cara su inercia en no ir á cazar sin tardanza los leones africanos... ¡Va á ser preciso hacerse faquir, ó desdoblarse mediuñísticamente para ir en cuerpo astral á averiguarlo, ó simplemente pegarse un tiro y, libre del pesado lastre del cuerpo físico, volar hacia el planeta misterioso, si bien tamaño expediente no resolvería nada por aquello de la ciudad del Dite, que diría Dante, sin retorno posible para contarlo.

De aquí el escribir hoy este artículo, á guisa de contestación única al centenar de «cartas preguntonas» que yacen sobre mi escritorio. ¡Ah la celebridad, corona de espinas con todas las apariencias del oro seductor! ¡Ah del reposo ansiado y sin pregunta alguna, simbolizado por la estatua inmortal de Blay ó por aquellos versos de Espronceda!:

«Isla soy yo de reposo
en medio el mar de la vida;
el marinero allí olvida
la tormenta que pasó...»

Porque el Arte, como siempre, antes y mejor que ciencia alguna, da con ello la primera y más sabia contestación á aquellos anhelos. Antes de unos lustros, quizá mañana mismo, la Intrusa vendrá á llevarnos camino de los astros, con arreglo á aquellos viejos versos de Aenius: «Terra tegit carnem—Tumulus circumvolat umbra—Orcus lubet manes—spiritus astra petit.» Y al así descórrerse ante nuestra vista el clásico «Velo de Isis», nos será fácil acaso, libertándonos del lastre material, visitar en «cuerpo glorioso», que diría San Pablo, ó en «el cuerpo aromal», del que hablara Paracelso, los mundos ora lejanos, ora vecinos; ¡vecinos con la vecindad de los millones y billones de kilómetros de que dan pobre idea los *trenes* del esquema adjunto, empleando en llegar, si ir pudiesen, años y hasta siglos!...

Además, y dicho sea con noble franqueza filosófica, aunque la ciencia cuenta ya, por la onda hertziana más aún que por la luz, con el medio *teórico* de enviar señales á los planetas vecinos, primer paso dado en el camino de su comunicación con ellos, en un mañana quizá no remoto, hay que convenir en que todavía es pronto para merecer el honor de comunicarnos de potencia á potencia con nuestros vecinos, que sin duda existen, ya que donde hay materia, hay también siempre fuerza, inteligencia y vida. ¡Somos demasiado *pueblerinos*, demasiado terrícolas para resultar ya dignos de ello, como no es digno del trato social internacional el que, por sus vicios, está en perpetua discordia con sus parientes y vecinos! ¿Cómo pretender hoy el formar parte de «la Sociedad de Naciones Planetaria», digámoslo



El espacio que nadie puede medir: cuarenta millones de años para llegar á la estrella más cercana (Ilustración tomada de «El tesoro de la juventud».)

como suena, y desde la cuna al sepulcro, en aquesta nuestra pelota de cieno que el escarabajo sagrado de los egipcios hace rodar por los espacios planetarios.

Nuestra ciencia es ya muy grande, es cierto; tan grande como pequeña, por desgracia, es nuestra virtud. Ella conoce, en efecto, fuerzas poderosas como la de la onda de Hertz, capaz teóricamente de transmitir señales radiotelegráficas ó radiotelefónicas á distancias tal vez mayores que la de los 56 milares de kilómetros á que

hemos tenido á Marte en su oposición ó perigeo. Mas esto, por el momento al menos, no basta, porque la cárcel existe: es la llamada capa de Headviside, esa «cárcel de nitrógeno sólido» bajo la que yacemos como tristes ondinas y nibelungos wagnerianos, según tuvimos ocasión de demostrar en anterior artículo refiriéndonos á los descubrimientos recientes de Birkeland y de Störmer.

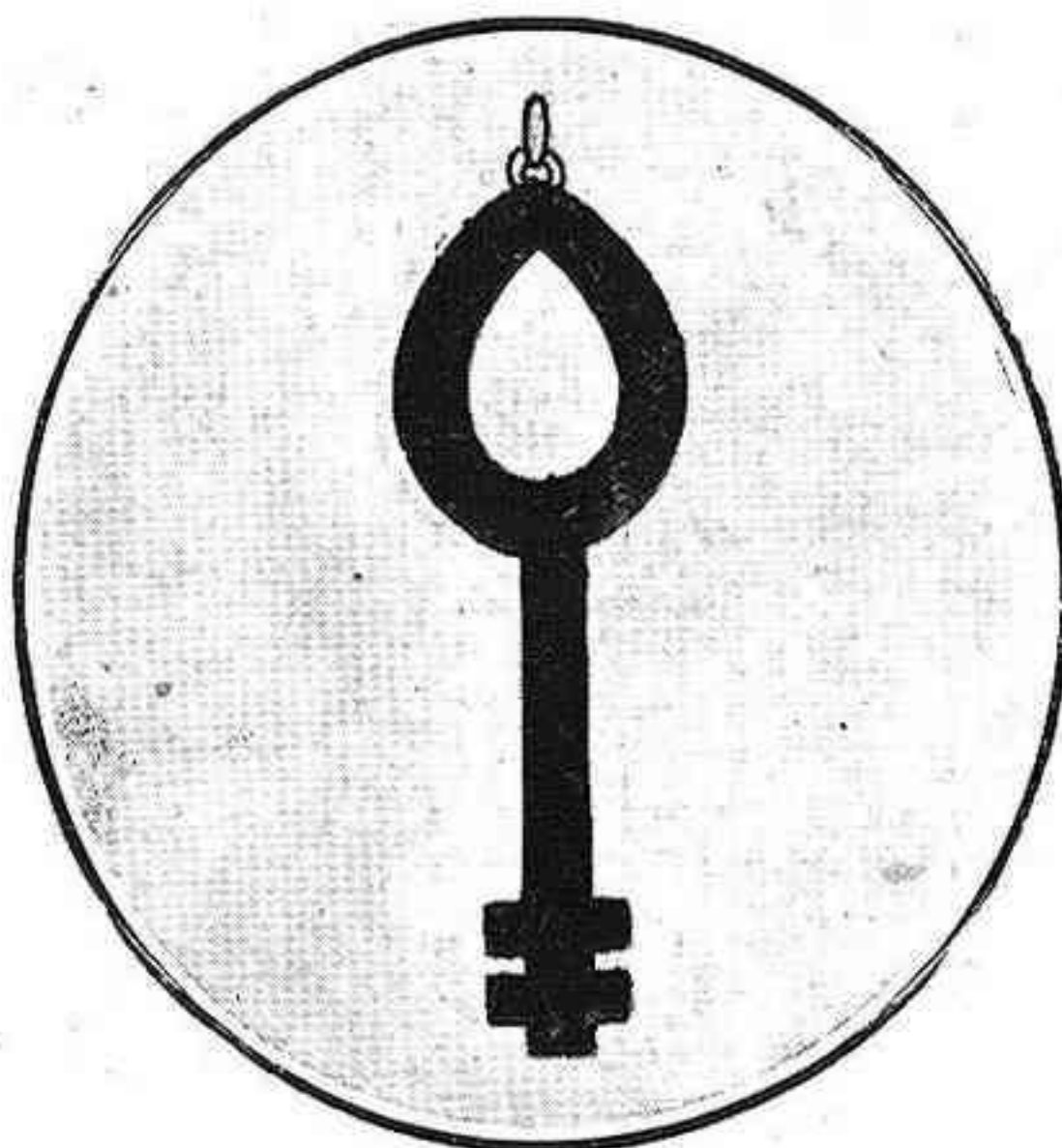
La honda hertziana que lanzamos al espacio planetario, ora rápida, ora lentísima, parece, pues, tropezar, como tropieza en una bóveda el sonido, con esa capa de potenciales ignorados é inauditos interpuesta entre nosotros y los demás astros, capa menos transparente para ella que puede serlo para las vibraciones de la luz. Un mundo nuevo é insospechable; mundo inquietador, adivinado tal vez por el clásico Aristófanes en su poema *Las Aves*, negras aves de atmosférica tiranía, cortando las comunicaciones entre hombres y dioses, ó sea entre los terrícolas y los habitantes de los demás mundos. El Evelpides y el Pisiero de aquel poema que lograsen, según el poeta, restablecer la comunicación perdida á través de tamaño mundo interpuesto parece no haber nacido todavía y no llamarse, por consiguiente, ni lord Kelvin, ni Marconi, Du Forest y demás elegidos. En cuanto al resto del humano «banco de sardinas», hállase él infinitamente preocupado con otras cosas más prácticas: «con la vil prosa de la vida», y todas sus ilusiones—no podemos decirlo de un modo más decoroso—no van más allá del *nepher*, emblema de la material felicidad para los egipcios.

A pesar de todo, *quand même*, que dicen los franceses, el que esto escribe, espiritualista y soñador de hombres y mundos mejores, que si no existen han de existir ó han de haber existido, se halla convencidísimo, de que los

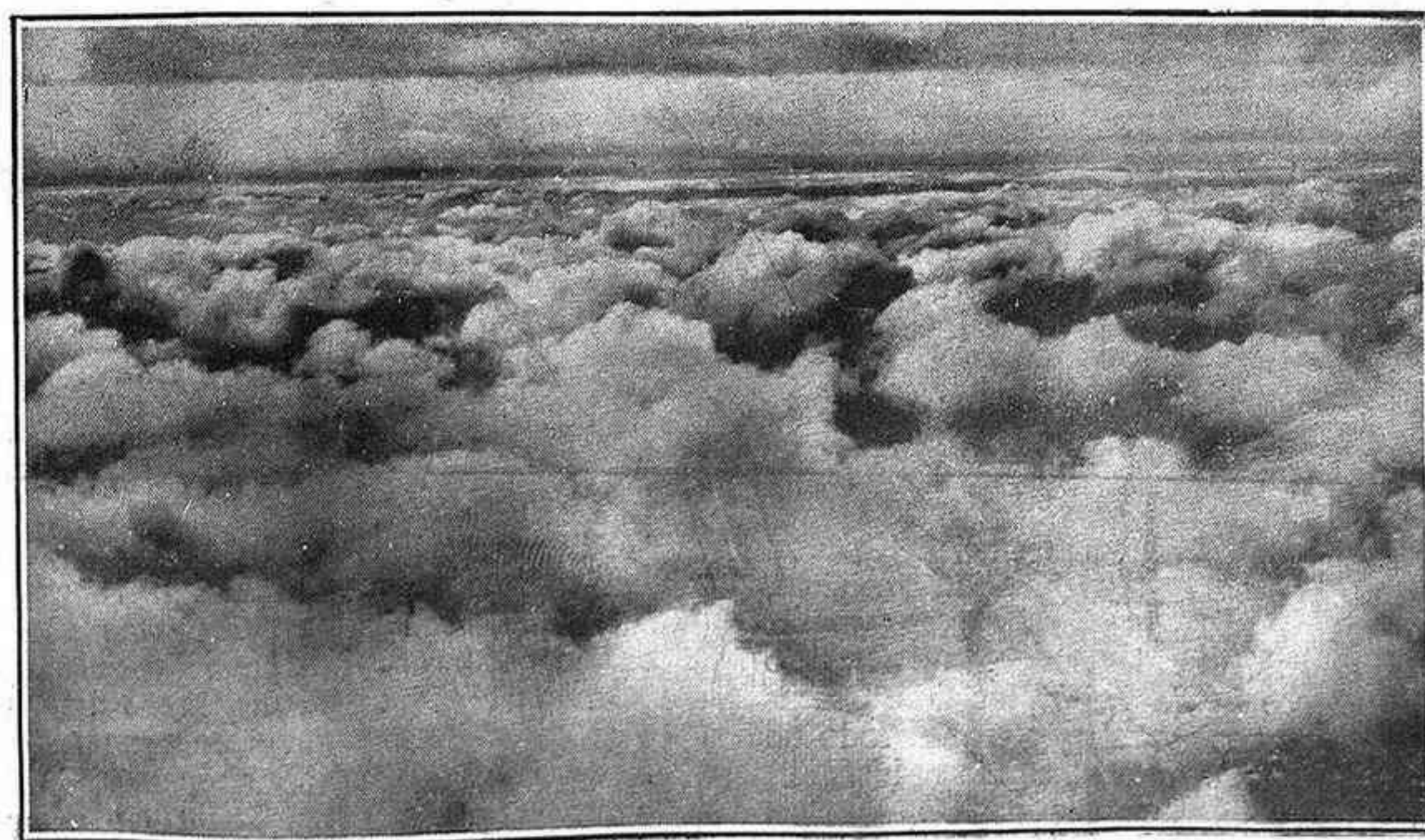
astros tienen sobre su superficie seres vivos é inteligentes, con los que podremos comunicarnos quizá tan luego como arreglemos amistosa, fraternalmente nuestros asuntos interiores de la postguerra.

¡Cuando el planeta Tierra, así se sienta uno en Acción, uno en Amor y uno en Pensamiento, la comunicación con los planetas vecinos vendrá por lógica de las Esferas! «Yo no me comunico con mi perrito ausente—diciendo días pasados, hablando de esto, una inteligentísima doctora—, no por falta de medios, unos en telégrafo, teléfono, radiofototéfono, etc., etcétera, sino por falta de capacidad receptora de él, del perro!»

Y aquí, el perro en cuestión somos nosotros, por las perrerías que unos á otros nos hacemos continuamente bajo el menor pretexto de vanidad ó de egoísmo...



El nepher, egipcio



Probable apariencia de «la cárcel de nitrógeno» ó capa de Headviside, que acaso nos impide, por su interposición, el paso hacia los espacios planetarios de las ondas radiotelefónicas

DOCTOR ROSO DE LUNA

LA PINTURA FLAMENCA



"Bebedores y fumadores", cuadro de David Teniers, que se conserva en el Museo Nacional del Prado

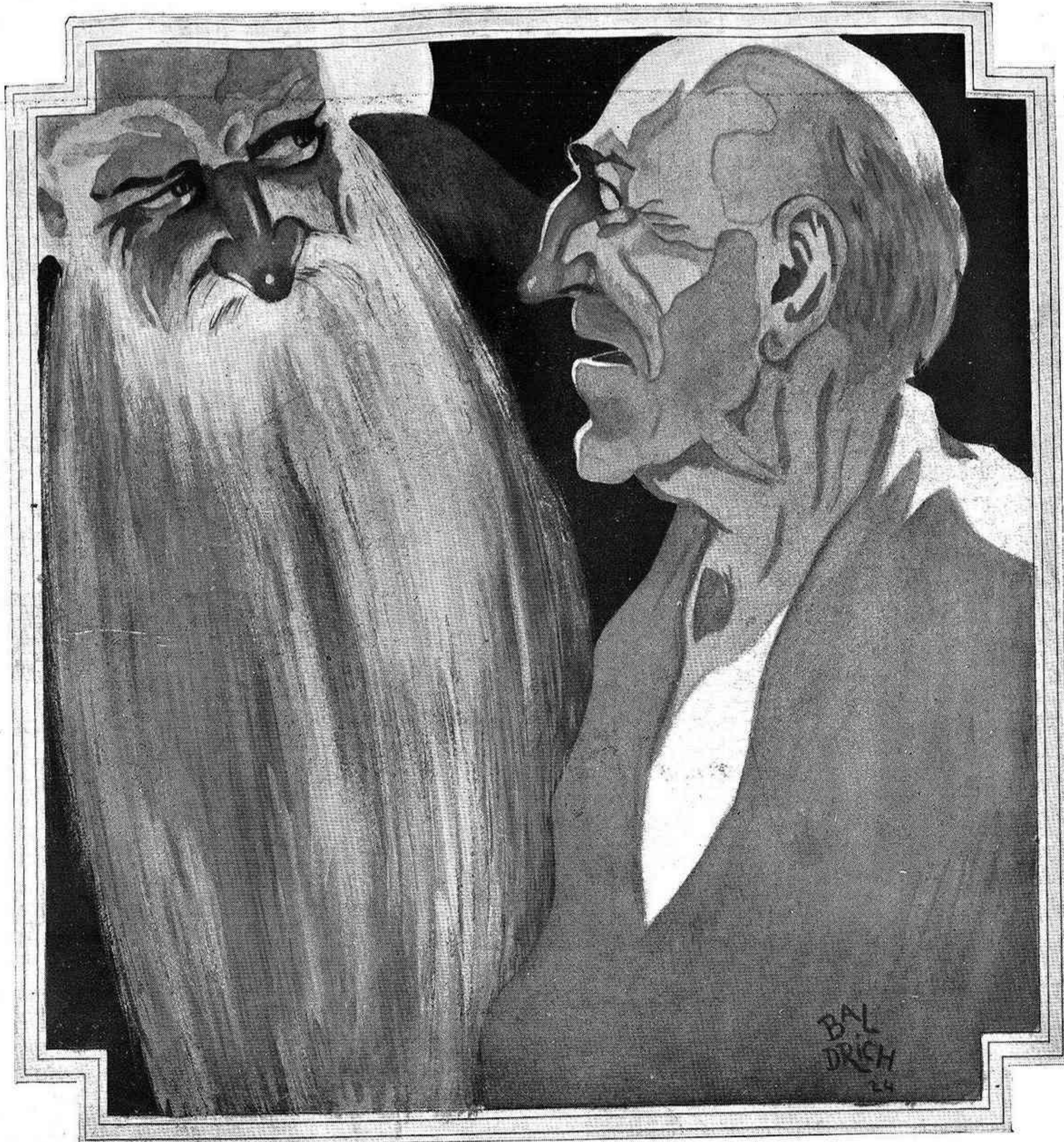
Daniel Teniers está bien representado en nuestra incomparable Pinacoteca. Max Rooses dice de él que «con Rubens, Van Dyck y Jordaens es uno de los cuatro insignes pintores de la edad de Oro de la Escuela de Amberes».

Nació el 15 de Diciembre de 1610. En 1651 fijó su residencia en Bruselas como pintor de cámara del Archiduque Leopoldo Guillermo, en cuya «Galería de Cuadros» vemos retratados á ambos, cuadro que es uno de los mejores de la colección de cincuenta y dos que poseemos y en el que el gran artista flamenco abandona sus modelos y ambientes habituales.

David Teniers se especializó en la pintura de gentes zafias: campesinos, borrachines, jugadores de cartas, con un realismo jocundo que hace sonreír al que lo contempla; un arte felizmente naturalista, donde se alían las dotes observadoras con un simpático virtuosismo factorial.

La mayor parte de los cuadros de Teniers en el Museo del Prado pertenecen á la colección de Isabel de Farnesio, del Palacio de San Ildefonso. Refiriéndose á ellos escribe Gustavo Geffray: «Allí está con sus fiestas de aldeanos, sus danzas campestres, sus juegos de bolos, sus tiros de ballesta, sus cocinas, sus cuerpos de guardia, sus alquimistas, sus tentaciones de San Antonio. Del modo más inesperado encontramos á David Teniers en la «Galería de Cuadros del Archiduque Leopoldo Guillermo en Bruselas», donde se ve al pintor y al Archiduque entre cuadros célebres de maestros italianos sabiamente copiados en reducido tamaño por Teniers. Y allí, finalmente, se nos presenta con una serie de cuadros inspirados en la «Jerusalem libertada», de Tasso, de cuya autenticidad dudan los críticos, á pesar de hallarse todos firmados, pero en donde bien examinados se halla su manera en la forma de las figuras y su técnica aérea y sutil en cuanto al diseño de los paisajes.»

David Teniers murió en Bruselas el 25 de Abril de 1690.



El ciudadano Barrabás

DESCABEZABA San Pedro su siesta de todas las tardes, cuando un golpe recio dado en la puerta lo puso de pie. Abrió el ventanillo de la portería á tiempo que sonaba otro aldabonazo.

—¡Por vida, esta buena alma trae prisa!

Sorprendióle, porque en todos los años que llevaba de portero el Santo viejo, siempre, aun los espíritus más limpios de pecado, acercáronse á aquella puerta remisos, con humildad y temor.

—¿Quién va?

—Yo.

Aumentó su asombro. ¿No le habían enseñado al pecador á decir Fulanito de Tal, servidor de Dios y de usted? En vez de abrirle, preguntó todavía:

—¿Cómo te llamas?

—¡No le importa! ¿Es aquí la Aduana de las almas? Vea si mis papeles están en regla, para irme al infierno.

La extrañeza del Santo no es para dicha. Hubo de replicar:

—Señor mío: esto no es aduana: es la casa de Dios. Aquí comparecen las almas de los mortales para escuchar de labios de la Eterna Justicia la palabra de vida ó muerte.

—No creo en el alma ni en la Justicia; si usted nó fuese un reaccionario y un asalariado, sabría que la Justicia es un mito. ¿Usted no lee *El Motín*?... Bueno; basta de charla, que llevo prisa. Despácheme.

—¡Alabado sea Dios!... ¡Pero, desgraciado, con esas ideas va usted de patitas al infierno!

—Es mi mayor deseo. ¿Puedo marcharme ya? San Pedro hallábase confuso; por recientes noticias de acá sabía el Santo que últimamente los hombres habían hecho las más absurdas locuras que pudieran imaginarse; pero loco tan de remate no lo concebía: un alma que en lugar de alegar dis-

culpas pide ser condenada, era algo nuevo en los anales del cielo.

Abrió el postigo, é hizo pasar al protervo.

—Pase, pase usted, señor—no se atrevía á tutearle.

Era un mendigo, por la traza; chaquetón holgado, del color de los lamparones. Traía una cachiporra en la mano, y de los bolsillos, hondos como sacos, asomaban unos periódicos. Parecía tan viejo como el Santo y tenía unas barbas sucias, unos ojos llorosos, hundidos como volcanes apagados; pero allá, en su fondo, había una ascuita; una chispa de luz—¿amor, bondad, fe?—. En suma, el hombre se daba todo el aire de un loco; podía ser un héroe, un mártir, un fanático.

Entró con la boina calada; hizo un ademán instintivo para sacársela, pero lo pensó mejor y se la hundió hasta los ojos. San Pedro pensó:

—Este pobre hombre quiere parecer peor de lo que es—y se le hizo simpático. Un poco también influyeron las barbas...

—Siéntese y descanse.

—No hace falta.

—Pues el viaje ha sido larguito.

—¡Ochenta años rodando por el mundo!...

Lo dijo con gesto de fatiga y de asco, quitándose la gorra para limpiarse la calva—porque era calvo—; restregó en ella con la manga, tan encarnizadamente como si pretendiera limpiarse el sudor, el polvo, la pringue de ochenta años... La simpatía de San Pedro iba en aumento.

Tomó el libro y mojó la pluma.

—¿Cuál es su nombre, hermano?

—El ciudadano Barrabás.

¡Hasta las barbas de la pluma se le pusieron de punta al Santo:

—Bueno; mi nombre es Pedro...

—Pedro, como yo—la simpatía perdida, á causa del alias, ganóla de nuevo el hombre.

—Pedro... ¿Qué?

—A secas; sin mezcla, ¡Pedro! ¡Pchs!... Si usted quiere, ponga Pedro Angel de la Guarda...

El Santo rascóse la oreja. Pensaba: «¿Camelo?». El buen San Pedro sabía que aquí abajo su nombre confanzudamente circula en cuentos y chascarrillos, y se puso en guardia. ¡A ver si el festivo ingenio de nuestros currinches iba á gatear hasta la gloria para jugarle una burla!

El viejo explicó:

—Pedro Angel de la Guarda fué el mote que me pusieron en la Inclusa; Barrabás es el nombre que me asigné yo, como ser libre y de razón; con este nombre firmaba en los papeles, cuando Dios quería... (Suspiró.) Porque yo, á fuerza de fuerza, en mi juventud, fuí maestro de escuela... Sí, señor; me dió la chifladura por ahí; de día enseñaba á los chicos y de noche escribía para los grandes... ¡Y esto me valió perder la escuela! ¡Sí, señor! Y una temporada de descanso, que me recetó el juez competente: quiero decir que estuve en la cárcel, república de hombres iguales y hermanos.

San Pedro pensó: «¿Está loco?». Y preguntóle:

—¿De qué has muerto?

—De *delirium tremens*.

Todo explicado; y explicado aquel olorcillo á alcohol que le hurgaba al Santo en las narices. ¡A aquel valiente, después de muerto, aún le duraba la merluza!

—¿De dónde eres?

—¡Mi patria es el mundo!

—Pero tendrías un domicilio en esa patria.

Encogió los hombros...

—¡Pchs! Ya ve usted... La Inclusa... La escuela... La cárcel... ¡El último, el hospital!

—¿Qué dejas por allá?

—Nada.

—¿Qué fuiste?

—¿Yo?... ¡Nada! ¡Un hombre honrado que puede ser en aquella gusanera!

—Bien; eso está bien. Tú desprecias la gusanera, la materia... No eras nada, no dejabas nada... Muchas almas, sólo con no ser nada, con no dejar allá nada, ganaron el Paraíso.

—Yo renuncié á todo, ¡a todo! Aunque conozco el hambre... ¡La de Justicia y la otra, de pan! San Pedro escuchaba, encantado.

—Bien, tocayo, bien... ¡Habrás sido fraile y no te acordarás!

—¡Quiá!

—... Pudiste serlo. Vamos á ver: ¿qué hiciste?

—¡Pchs!... Vivir... Bueno; mal vivir. ¡Ya ve usted el pelo que eché!

(Efectivamente, de pelo andaba mal el viejo, aparte las barbas de bisonte, tan respetables como las del Santo.)

San Pedro, la pluma apercibida, interrogó:

—¿Qué he de escribir que fuistes?

—Si hay que poner algo..., ponga filósofo. (Diciéndolo, sacó del pozo de un bolsillo restos de colillas, é hizo un cigarro.) Yo, ¿sabe usted?, he buscado la verdad... ¡He querido saber la verdad!... Y la verdad es que he sido un tonto. ¡Un asno, sí, señor! ¡Usted no me ve las orejas, pero tenía razón mi mujer: yo soy un asno!

—¿Tuviste familia?

—Eso dicen; pero ¡quiá!

—¿Cómo?

—Yo me uní con una ciudadana. ¡Las cosas de la vida, ya sabe usted! Nos juntamos libremente, como seres libres... Y libremente me dejó con dos palmos de narices. Yo le recordé á nuestro hijo, pero dice que la criatura que yo creía mía era sólo suya... A ella se la llevó un compañero, un buen amigo—más suyo que mío, claro es—. Luego supe que se casó y murió como una buena mujer, y debe andar por ahí dentro... Al hijo me lo quedé yo, le enseñé á ser hombre libre, y cuando me vió viejo, libremente, me abandonó... ¡Ya sabe usted, las cosas de la vida!... Acabé por pedir limosna. ¡Pero nada de implorar la caridad! Fijese usted, señor; yo decía: «¡Un ciudadano libre, que no ha comido y siente la baja necesidad de alimentarse!» Me daban ó me echaban piedras. El atardecer era la mejor hora, porque parece que este compañero—el garrote—, que traigo para sostén y como elemento decorativo, les infundía respeto... El respeto á la autoridad, sí, señor. Este buen amigo me daba cierta autoridad de nueve á doce de la noche. Yo soy incapaz de hacer daño, no digo á un pajarito, pero ni siquiera á un dictador; sin embargo, la gente me socorría por temor; el miedo desarrolla en los hombres el sentido de la caridad de un modo intenso, verdaderamente maravilloso. Cierro que nunca pedí sino lo necesario. La buena noche que me recogieron en el arroyo no me hallaron encima una moneda. ¡Usted verá que me vine de viaje sin un mendrugo! Yo nunca tuve más que el pan de cada día...

—Así, hijo, así lo quiere el Catecismo.

—¡Filfa!

—¿Qué?

—¡Que eso del Catecismo son naranjas de la China!

—¿Cómo! ¡Los preceptos de Dios!

—¡No creo en Dios!

San Pedro, á quien la relación del tocayo había conmovido, hasta caerle un lagrimón de los venerables ojos; pensando para su túnica que aquel infeliz era un santo, hasta por la ignorancia de su propia bondad—ignorancia que constituye la verdadera excelencia del alma—, ahora, otra vez, creyó que deliraba el energúmeno.

—¡Pero, desgraciado, si no crees, te condenas!

—¡Es precisamente lo que deseo!

—¡Pero no basta la voluntad del hombre para condenarse!

—¿No?

—Si no fuiste bastante malo, no.

—¿Y he de entrar en el cielo?

—Hasta ahora... Tú dices que no crees en Dios; pero crearás en cuanto lo veas; Dios es la verdad que buscas y está en el fondo de tu alma; es la conciencia, esa que te mandó perdonar y renunciar, y sacrificarte siempre; sí, Pedro, sí.

El Santo asombrábase de hablar seguidito, sin turbarse.

—¡Y he de ir al cielo, donde está mi mujer!... ¡Bueno; la del otro!

—¡Pero qué interés tiene para ti el infierno, tozudo!

—¡Oh! ¡Allí tengo á todos mis amigos, los filósofos! Allí Ruiz Zorrilla y Salmerón, y el austero Pi y Margall. ¡Oh! ¡Y el gran Costa, el último español! ¡Usted no conocerá á D. Joaquín! ¡Me largo al infierno!

—¡Bendito! ¡Y quién te dice que esos que tú nombras, si procedieron de buena fe, no están á la diestra de Dios Padre!

—¡Oh! ¡El infierno es la mansión de los hombres libres; el cielo para los esclavos!

—¡Escucha, testarudo! Para entrar en la gloria no hace falta sino llegar desnudo; para el caso, como tú vienes. Hay que renunciar, como tú renunciaste.

—No. Renunciar, pensando en adquirir tanto por uno, eso es egoísmo hipócrita. Yo renuncio del todo. ¡Me marchó al infierno!

—Pero...

San Pedro hallábase un tanto aturdido; su fuerte nunca fué la dialéctica. Se cerró á la banda:

—¡Bueno; pues no te largas al infierno!

—¡Cómo que no!

—Como no demuestres haber cometido algún pecado mortal...

—¡Todos!

—¿Te has confesado alguna vez?

—¡No lo permita Dios! ¡Jamás!

—Confíesate conmigo.

—¿Y luego podré irme al infierno?

—Si pecaste mortalmente, sí.

—Bueno; con tal de irme... Yo pecador, me confieso á Dios...

—Señor...

Jesús volvió el rostro todo bondad hacia el atribulado viejo.

—¿Qué te pasa, Pedro?

—Un pecador, Señor... Un pobrecito pecador que lleva mi nombre, y es un infeliz, Señor.

—¿Y qué quieres, Pedro?

—¡Señor!—el Santo sollozó—¡Quiero que no sea como es!

—Mi poder, hijo, no alcanza á tanto.

—¡Señor! ¡Vos todo lo podéis!—y lo decía con fe viva.

—¿De qué se acusa?

—De los siete pecados capitales, nada más. Y además tiene deseo firmísimo de condenarse. Pero vos, Señor, podéis... (Se detuvo para tragar saliva.) Tú puedes entrar en esa alma..., escudriñar los móviles de su vida... Tú hallas la luz en las

tinieblas, y de entre el mal sacas á flor el bien...

—Trae á tu ahijado, Pedro.

Y ante el divino Jesús compareció la pauperísima alma del hombre que quería condenarse. Le llevó San Pedro, engañado, diciéndole que iba á mostrarle la entrada de la *citta dolente*.

—Llégate, hijo—y el Señor puso en el de la cachiporra su sonrisa, toda amor.

El mendigo dió un paso atrás, con ánimo de volver grupas; San Pedro le detuvo.

—¡Pero qué... chanchullo es éste! ¡Protesto!

Jesús sonreía al viejo, como á un niño.

—¿De qué protestas, Periquete, pobre maestro, hijo sin padres; padre sin hijo; marido burlado, que perdonó siempre?...

—¡Ya fué el viejo con el soplo!—y miró á San Pedro; éste dijo sin enfado:

—El todo lo sabe.

—¿Quién es *El*?

—Dios.

—¡Farsa! Dios no existe.

Jesús sonreía con las estrellas de sus ojos.

—Llega, llégate, Pedrillo maldiciente.

—¡Farsa, farsa! ¡No creo en Dios!

—¿En qué crees?

—En la materia, en lo que toco; en esta gorra, en estas barbas...

—Ven. Toca mi llaga del costado y creerás.

—No. ¡No toco, y no creo!

—¿No me ves?

—Pero si no me da la gana de ver, cierro los ojos y ya no veo.

—Cierras los ojos, pero me ves.

—¡No me da la gana! ¡Soy un espíritu libre!

¡Quién me negará el derecho de no ver! ¡No veo! ¡No creo!

Y protestó y maldijo como un poseso; el buen San Pedro se tapaba los oídos.

—¡No creo, no creo, no creo! ¡En el siglo de la razón y de las luces!...

—Tú vienes de la vieja España.

—¡Por mi desgracia! ¡En qué se me conoce?

—En lo maldiciente. Pero no eres malo. No eres bastante malo para condenarte; hace falta la conciencia de la maldad; ser malo y saber que se es malo. Tú sólo mereces un poco de purgatorio, Pedrillo.

—¡Falso, falso! ¡Yo he pecado en los siete pecados capitales!

—No. Tu soberbia fué vanidad; nunca fué bastante grande para soberbia; tu avaricia fué la del maestro de escuela, que es temor al hambre... Tu ira fué indignación de espíritu, que protestó contra toda injusticia; tu gula, hambre atrasada, y tu pereza, desilusión del trabajo baldío, y tu envidia no fué viciosa, sino noble; ésta fué virtud y no pecado, Pedrillo... Por estas culpas y otras que no digo irás al purgatorio, para una temporadita.

—¿Y si no me da la gana?

—Irás sin darte la gana.

—¡Pero protestando!

—Sí, hijo, siempre. Volverás al mundo. La tierra es purgatorio; cuando un alma en su primera encarnación no se purifica bastante para entrar en el reino de Dios, vuelve allá con otra forma carnal. ¡La tierra es siempre purgatorio!

—¿Entonces el infierno no existe?

Jesús calló; sonreía; era una sonrisa aquella luz que nimbaba sus labios, sus ojos, la llaga del costado, que era como un lucero...

—Anda, ve, Perico. Tú posees un alto sentido de justicia, pero te estorba tu vanidad, tu *yo* rebelde. Vuelve al mundo y purificate un ratillo. Serás... crítico para que puedas maldecir á tus anchas, filósofo.

El filósofo echó á andar, con su cachiporra, pero se detuvo, y preguntó:

—¿Puedo elegir el sitio del purgatorio donde he de penar?

—A tu gusto, hijo.

—Entonces... España.

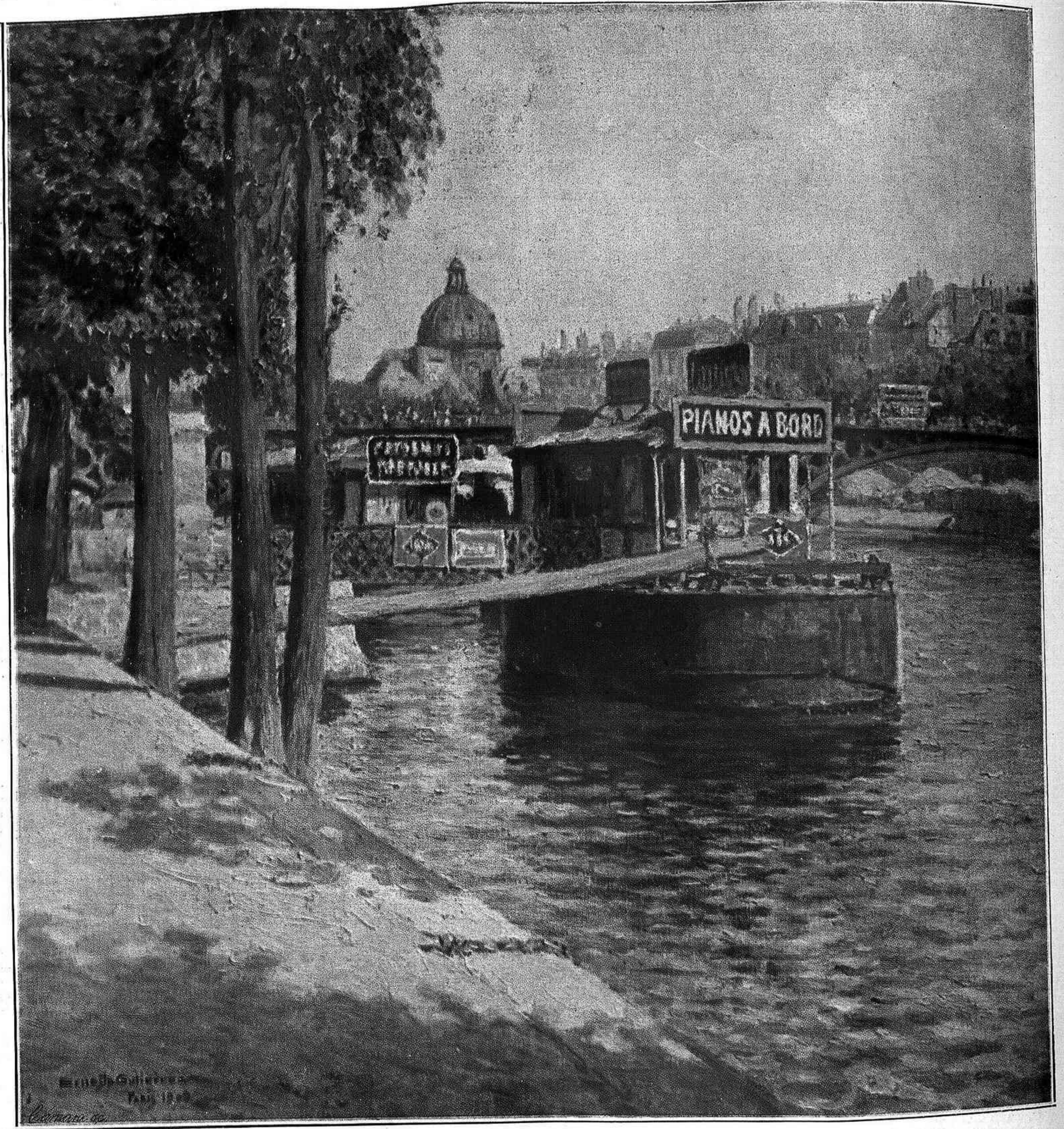


Adivinanza.
 ¿A qué cuerpo de crítico cupo en suerte el alma de Barrabás, el de los siete pecados capitales?
 ¡Espíritu de superación y de contradicción, vanidoso, arbitrario é injusto..., y en el fondo un pobre hombre, ávido de verdad y de bien!...

R. MARTI ORBERA

DIBUJOS DE BALDRICH

PAISAJES DE PARÍS



“Desembarcadero en el Sena” (París), por Ernesto Gutiérrez

LA CIGARRA

Mejor que cualquier símbolo, tú, ante mis ojos, eres la imagen de mi numen, ¡oh, helénica cigarral, porque tu voz no suena—tímbal ronco y guitarra— más que en honor pagano de la divina Ceres.

Gustas del sol. Bendita de Dios porque así pones tu amor en lo que es savia de todo lo creado; lo que hace que en la espiga se vea el pan cuajado y que en las bocas vibren las pánicas canciones.

Como mi numen, duermes durante el largo invierno, igual que si yacieras en un reposo eterno, sin parche y sin bordones, sin un rumor sonoro;

pero al abrir de nuevo su pompa las florestas, por los azules ámbitos de las ardientes siestas el dios bicorne pulsa tus élitros de oro.

CANCIONES DE MI LIRA

MI LEBREL

Tengo un lebrel que siempre lamiendo está mi mano; es un lebrel que tiene los ojos tan serenos que siempre que en los míos los pone—¡son tan buenos!— parecen las pupilas humildes de un hermano.

A abandonar mi sombra no hay nada que le obligue; cuando trabajo, al lado de mi sillón él vela; si peno, con sus cálidas caricias me consuela; y hasta á mi mismo lecho para dormir me sigue.

Y á tanto su amor llega por mí, que sé que el día en que á mi puerta llame clamando mi agonía, constante en su cariño, junto á mi cama, fuerte, por defender mi vida y ahogado en un resuello, con la pelambre hirsuta sangrándole en el cuello, caerá bajo los canes hambrientos de la Muerte.

Fernando LÓPEZ MARTÍN

CARNAVALESCA

(EVOCAIONES DEL CABALLERO DE CASANOVA)

Y en la carnavalesca noche silenciosa.

Rubén Darío.

EN la noche de prolegómenos del Carnaval salgo del baile de la Zarzuela y con afán respiro el aire frío y seco de la noche. El cielo es azul, luminoso y transparente, como labrado en un inmenso zafiro; las estrellas titilean como amarillos topacios y la luna eucarística, de plata, vierte su luz espectral. A la puerta del teatro, bajo la iluminación rojiza de los focos viejos y temblorosos, vense gentes arbitrarias y aun atrabiliarias — cocheros, *chauffeurs*, golfos, guardias —, mezcladas con otras — juerguistas ebrios y aburridos, hetairas baratas y pobres chicas que hartas de coser, planchar, barrer ó fregar se lanzan por los caminos del vicio en que gentes que caminan á pie y renqueando les han asegurado que se va siempre en coche — que de lo único que muéstranserealmente disfrazadas es... de personas... que se divierten. Pero fuera ya del círculo de los arcos voltaicos, la noche muéstrase solitaria, más recatada, hueca y sonora. Bajo la claridad lunar, las calles tiéndense rectas, amplias y vacías, y cuando muy de tarde en tarde tropiébase con un solitario transeunte rezagado, cobra el misterioso prestigio de un héroe de Hoffmann ó Poe.

Y sin saber por qué, tal vez por las proximidades de su centenario, voy evocando al Caballero de Casanova, Juan Jacobo Casanova de Seingalt.

El cuadro que dejo atrás nada tiene ciertamente que ver con él, con el cínico y galante señor que fué casi una encarnación del XVIII francés en la dual ciudad de Venecia. Al contrario, del horrible festejo, por la bárbara incoherencia de gesticulaciones y la chillona explosión de colorines, más bien recuerdo los caprichos ó las geniales manchas de nuestro señor D. Francisco de Goya y Lucientes ó los dibujos de Rops ó Torop.

Y, sin embargo, la portentosa reina del Adriático, con sus canales flanqueados por los bellos palacios de góticas ojivas y cruzados por puentecillos de mármol, los *canalettos* estrechos bautizados con

lindos nombres — *el del Biombo, el de la Cola del Reptil, el de la Dogaresa* —, las pasarelas de encaje cuyos apodos son un ensueño — el Puente de los Suspiros, el de los Enamorados, el de las Bodas — revive ante mí. Pero no la Venecia de Desdémóna y Otelo, no la del siglo XVI ó XVII, sino la del Caballero de Casanova, la del XVIII.

Camino lentamente pretendiendo encadenar el pensamiento, condensarlo, aplicarlo como la luz de un potente foco á un orden determinado de cosas, y de improviso veo un personaje que camina deslizándose á mi lado. No duermo; tal vez sea sencillamente mi sombra; tal vez uno de esos personajes semirreales que por no sé qué misterioso fenómeno viven unos momentos á nuestro lado. No puedo explicarme cómo; pero el caso es que le he reconocido; no es otro que el caballero veneciano,

siado de prisa y no hay tiempo para recrearse en él. La fortuna, como todo, requiere un aprendizaje. No consiste en vestirse de seda y oro y llevar preseas de diamantes. Hay que *hacer* la piel á ello. Si no, es como si á vuestra Maritornes la vistierais como á una Dogaresa: sería siempre la moza del mesón...

—Para divertirse — reanuda — falta aprender, aprender lo que es la música, el vino y el amor.

Y como rápido viene un *taxi* que lleva á unas infelices sucias y sudorosas á la calle de Lope de Vega (¡pobre señor!) ó de la Ceres, ¡de mitológica profanación!, el Caballero de Casanova se evapora.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

DIBUJO DE ZAMORA



el aventurero fantástico, el conversador admirable, el errante, el inquieto, el camaleónico, el que fué servidor (poco tiempo) del cardenal Acquaviva, soldado en su patria, secretario del embajador Veniero en Constantinopla, prisionero de la Santa Inquisición, *Esposela de Oro* en Roma.

Tampoco entra en lo posible hallar el hilo que nos condujo á conversar; pero el caso es que conocedor tal vez de España, pues que residente, en los azares de su vivir aventurero, de Madrid y Barcelona, algo debe de haber aprendido del modo de ser español.

—No — me dice mientras caminamos bajo la luna —, no. Aquí el placer refinado y amable de la Venecia del siglo XVIII no lo comprenden. Ya has visto el baile. Es horrible y detonante; no saben matar el tiempo con amable conversar, matarlo con una frase ó una ironía. Lo matan de una puñalada que mancha con sangre ó de un cañonazo que mete ruido — Prosigue: —No hay que bajar á las bañeras y subir á los alcázares como Don Juan. Ni atropellar, robar, dar cuchilladas; hay que saborear la vida. Ya sé — enlazó — aún — que el vivir actual es poco propicio. Se hace dinero dema-



No por ser sobradamente conocida deja de ser siempre interesante y bella esta perspectiva del magnífico templo, orgullo del arte cristiano en España, que es la Catedral de Sevilla. La proximidad de la famosa Semana Santa sevillana, única en

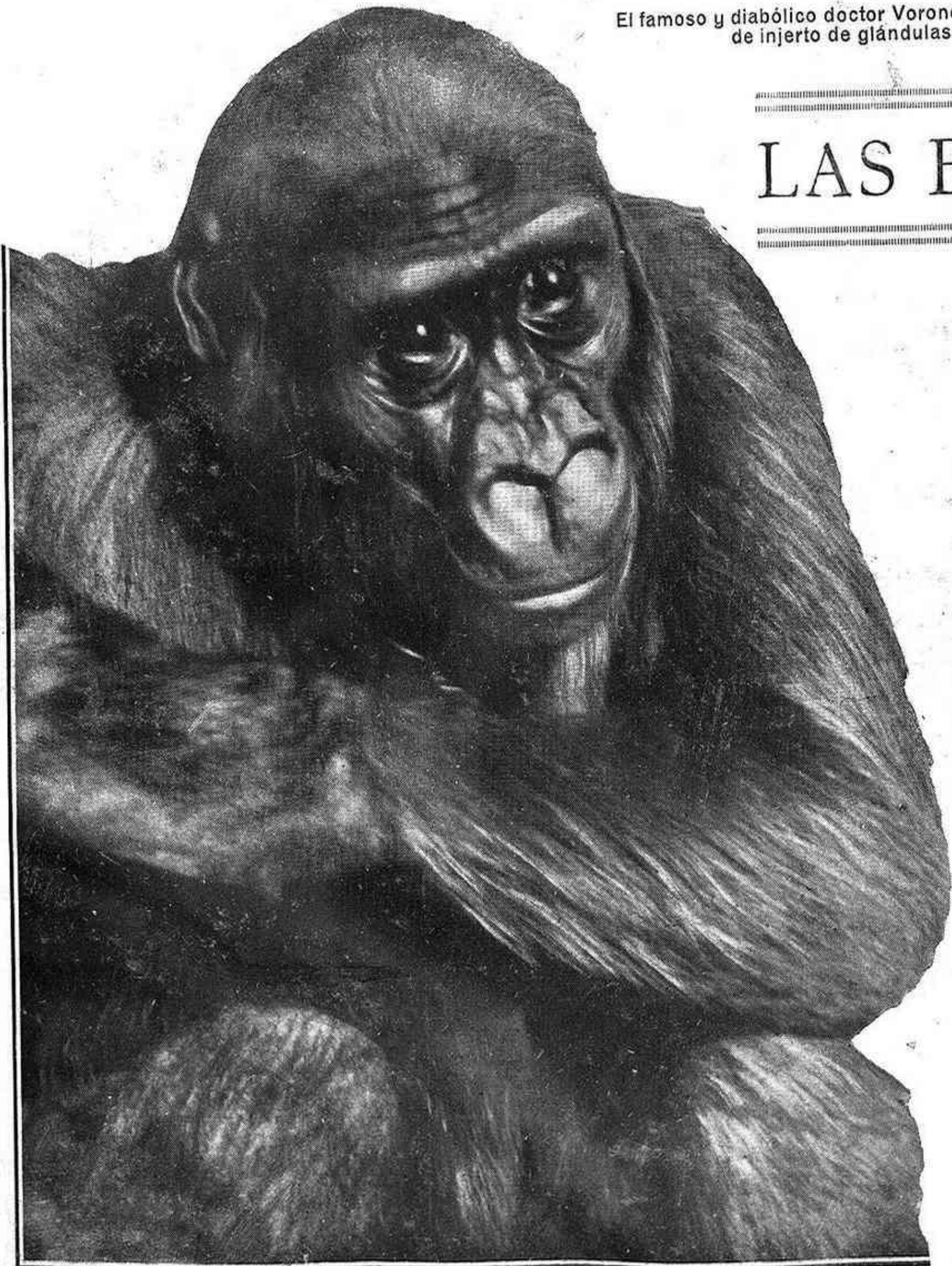
DE LA ESPAÑA MONUMENTAL Y ARTÍSTICA
LA CATEDRAL DE SEVILLA

el mundo por su fastuosidad, por su maravilloso desfile de Cofradías, lleno de arte y emoción, por la inefable belleza del ambiente en que se desarrolla, pone una vez más de actualidad esta majestuosa Catedral, joya sin par de la gran capital andaluza.



El famoso y diabólico doctor Voronoff, que esta realizando en los rebaños de Argelia un formidable experimento de injerto de glándulas como demostración pública de sus métodos de rejuvenecimiento

LAS BROMAS DEL DIABLO



La tristeza del chimpancé capturado por los agentes de Voronoff para ser despojado de sus glándulas en provecho de la humana decrepitud

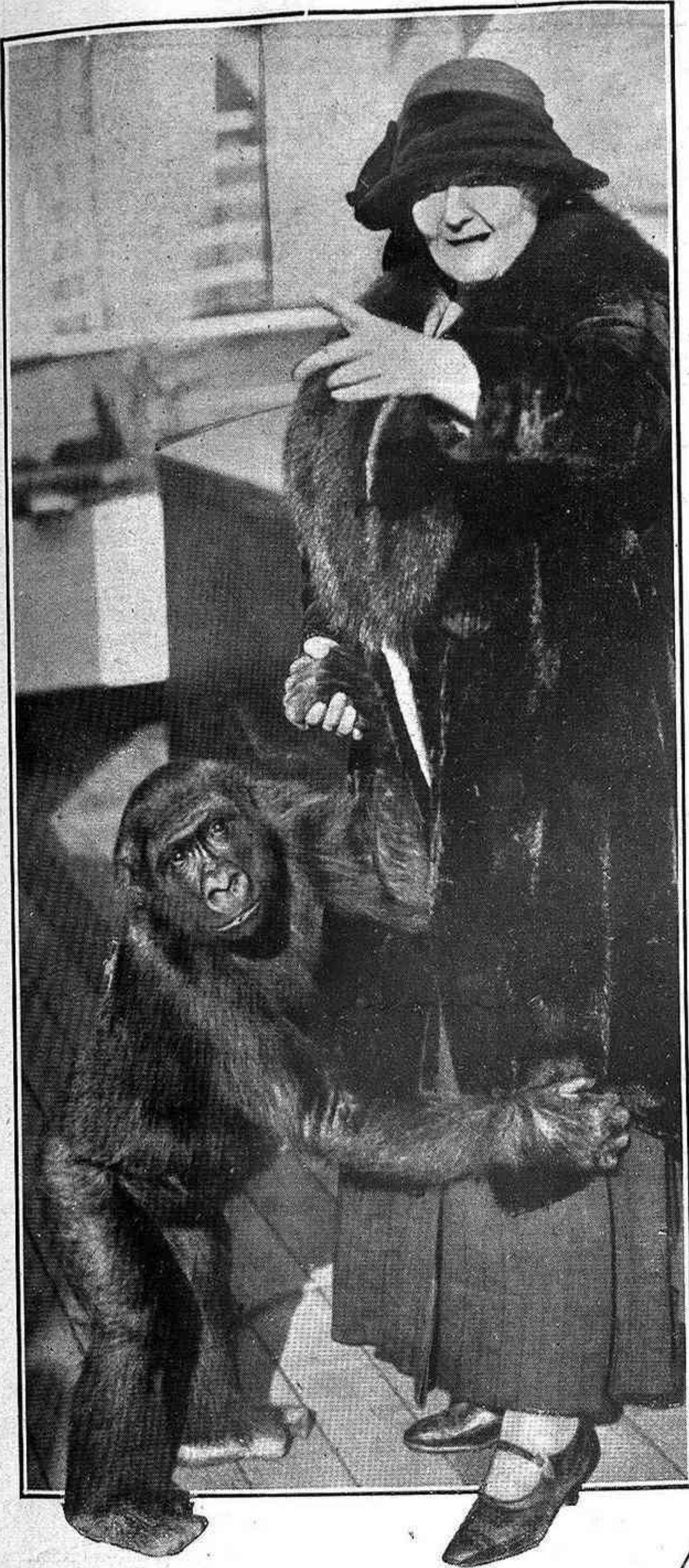
VORONOFF Y SUS NUEVAS EMPRESAS

CUÁNTOS hombres de «cierta edad» se confiaron á las manos expertas y á la diabólica ciencia del doctor Voronoff, dispensador de juventud suplementaria?... ¿Cuántos y cuáles?...

No es posible la respuesta. Del Kaiser para abajo, todos los decrepitos enamorados fuera de tiempo y dispuestos á pagar cara una ilusión de juventud pasan por haber sido clientes del famoso injertador de glándulas. Pero aquellos que en verdad fueron operados guardan su secreto y no dicen si el injerto satisfizo ó defraudó sus esperanzas.

De tal modo, y al cabo de varios años de práctica, la personalidad y los métodos del inquietante cirujano siguen siendo tan discutidos por los hombres de ciencia como en los primeros días de su aparición.

Voronoff, en vista de ello, está llevando á cabo una experiencia formidable y pública: una experiencia que supone cuatro mil operaciones de injerto practicas á otros tantos pacientes que ignoran la hipocresía, que nada saben de la discreción y en los que el «rejuvenecimiento» podrá ser observado á la luz del sol y comprobado de manera indiscutible... Se trata, naturalmente, de animales: carneros y toros de los rebaños de



Los grandes monos, amigos y víctimas del hombre, que en adelante hallarán refugio en el "Santuario" creado por el Gobierno belga en el Congo, y en el que ningún cazador podrá penetrar jamás

color; pero la esclavitud sólo existe ya mitigada y revestida de un decoro que no le permite llegar á esos extremos...

Los viejos blancos se remediarían, pues, con las glándulas del animal más parecido á ellos, que es el mono.

Hasta ahora los simios habían sido víctimas de la frivolidad femenina, sobre todo... Habían muerto de frío y de amor haciendo sonreír á muchas mujeres como sonreía, enigmática y ambigua, la Dubarry al salir del baño entre las piruetas locas y trágicas de sus monos de *boudoir*... Y mueren de un balazo, más rápido y clemente que la ironía de las «dubarrys», en las selvas á donde van á buscarlos los cazadores de pieles, para orlar los abrigos y las túnicas con despojos que aún parecen, allende la muerte, temblar de frío y de deseo al ceñir el cuerpo de las hermosas.

Por si tanto martirio no fuera bastante, ahora es la concupiscencia masculina y senil la que persigue á los monos para robarles no su vida, sino algo más: su fuerza, su dignidad de animales... Y en este abominable drama no es ciertamente el hombre el que representa el papel que puede calificarse de mejor desde los puntos de vista de la ética y estética.

Ello no es obstáculo para que si el doctor Voronoff no puede ya atender á tanta ruina humana como solicita un puntal de su ayuda, cuando los cuatro mil toros y carneros viejos operados en Argelia den muestras de vigor y de las excelencias del método, no queden monos bastantes en el mundo para esa industria de remozamiento que los musulmanes tienen por sacrilega y que tal vez lo sea, si hemos de dar crédito al sabio holandés Van Herwaarden que acaba de descubrir, en Sumatra, el ejemplar de hombre-mono, el eslabón darwiniano buscado en vano hasta ahora...

EL «SANTUARIO» DE LOS GORILAS

Para evitar que los antepasados desaparezcan, el Gobierno belga está acotando al Nordeste del Congo, entre el lago Kiva y el Ughanda, una región de 250 millas cuadradas, en la que hay montañas, bosques y hasta volcanes, y en la que ningún cazador podrá penetrar jamás.

En ese «Santuario» de los gorilas podrán refugiarse los últimos ejemplares no sólo de los grandes monos, sino de todos los animales de la fauna africana exterminados sistemáticamente por los representantes de la civilización.

... Y quién sabe si algún día no hallarán refugio también en el «Santuario» ancestral los últimos hombres de buena voluntad amenazados de exterminio por los *supercivilizados*...

ANTONIO G. DE LINARES



Una actitud de simio que bastaría para enternecer á los hombres, si éstos tuvieran, al menos, la bondad que aún conservan sus remotos hermanos en Darwin

Argelia puestos á disposición del doctor Voronoff por el Gobierno francés.

Ayudado por una legión de veterinarios, el operador trabaja sin descanso, restituyendo el vigor á los ejemplares cansados y preparando—con la repetición de estos injertos en varias generaciones sucesivas—la formación de razas excepcionalmente fuertes y productivas.

LA HECATOMBE DE LOS GRANDES MONOS ANCESTRALES

Han sido y son tantos los clientes—no ya ovinos ni bovinos, sino humanos—del doctor Voronoff, que éste ha necesitado organizar y mantener constantemente en Africa una expedición de cazadores para la captura de grandes monos vivos y su envío al parque especial, anejo á la clínica de París.

Si aún existiera la esclavitud, tal como en un tiempo fué, los cazadores al servicio de Voronoff capturarían negros, y los viejos blancos se remediarían con las glándulas de los jóvenes de

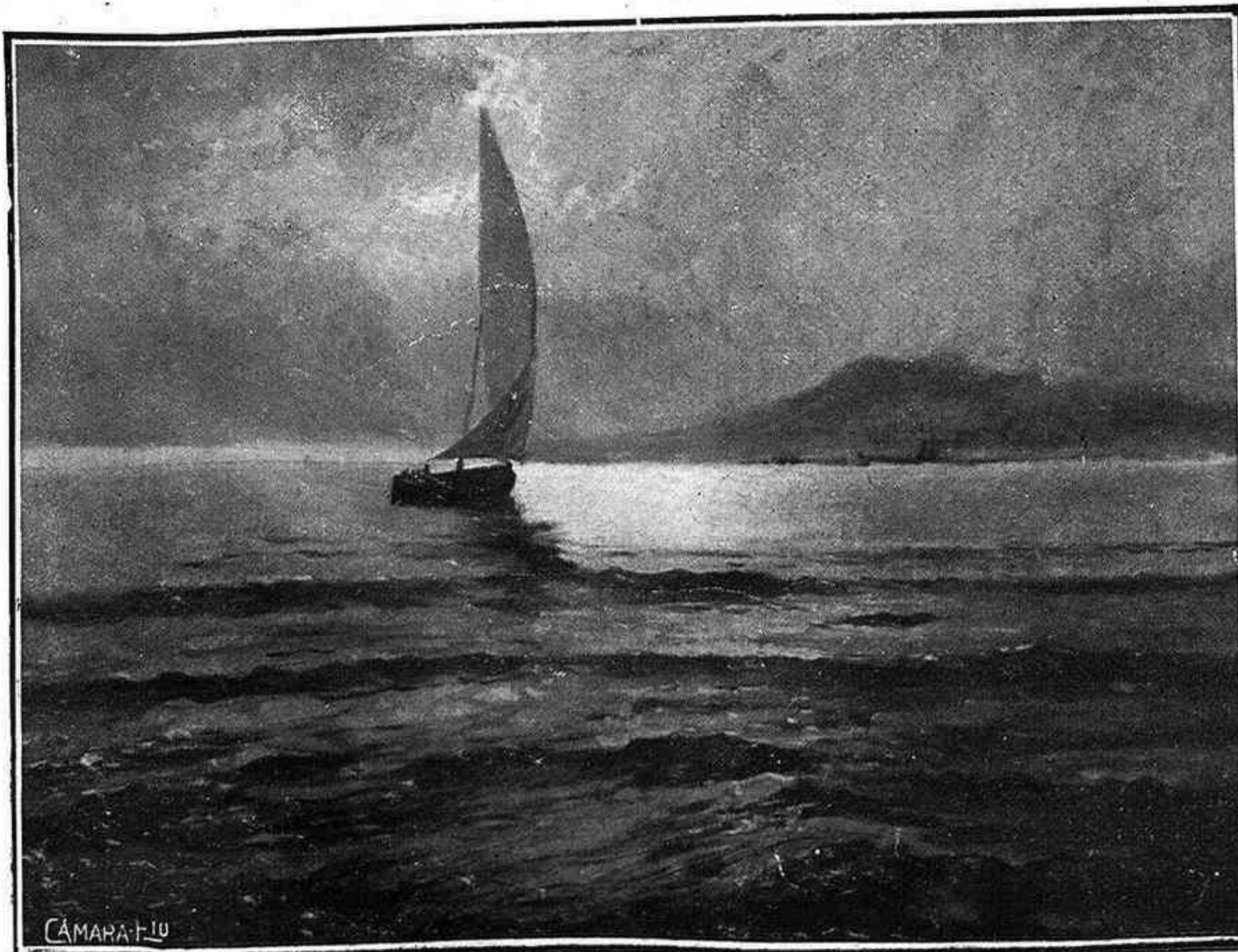


"Fuenterrabía"

LA VIDA ARTÍSTICA
EN
BARCELONA

RECIENTE aún el éxito obtenido por Ricardo Verdugo Landi en el Salón Nancy, de Madrid, renueva el ilustre marinista sus laureles en el Salón de «El Siglo», de Barcelona.

Si la Exposición madrileña se componía únicamente de apuntes, de la serie de notas expresivas y plenas de movimiento que caracterizan el arte de Verdugo Landi, la exhibición barcelonesa es de obras de mayor

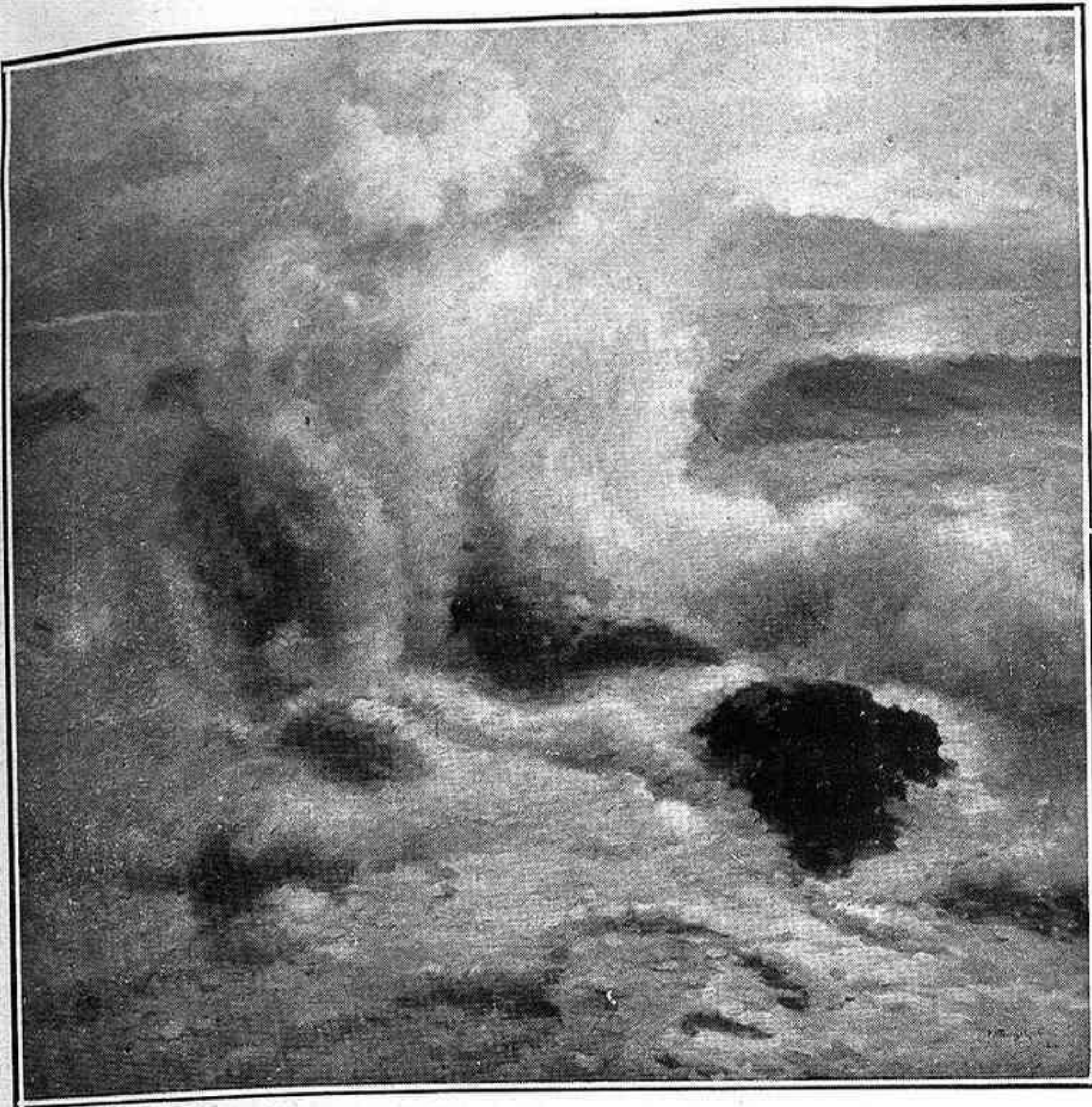


"Hacia el puerto"

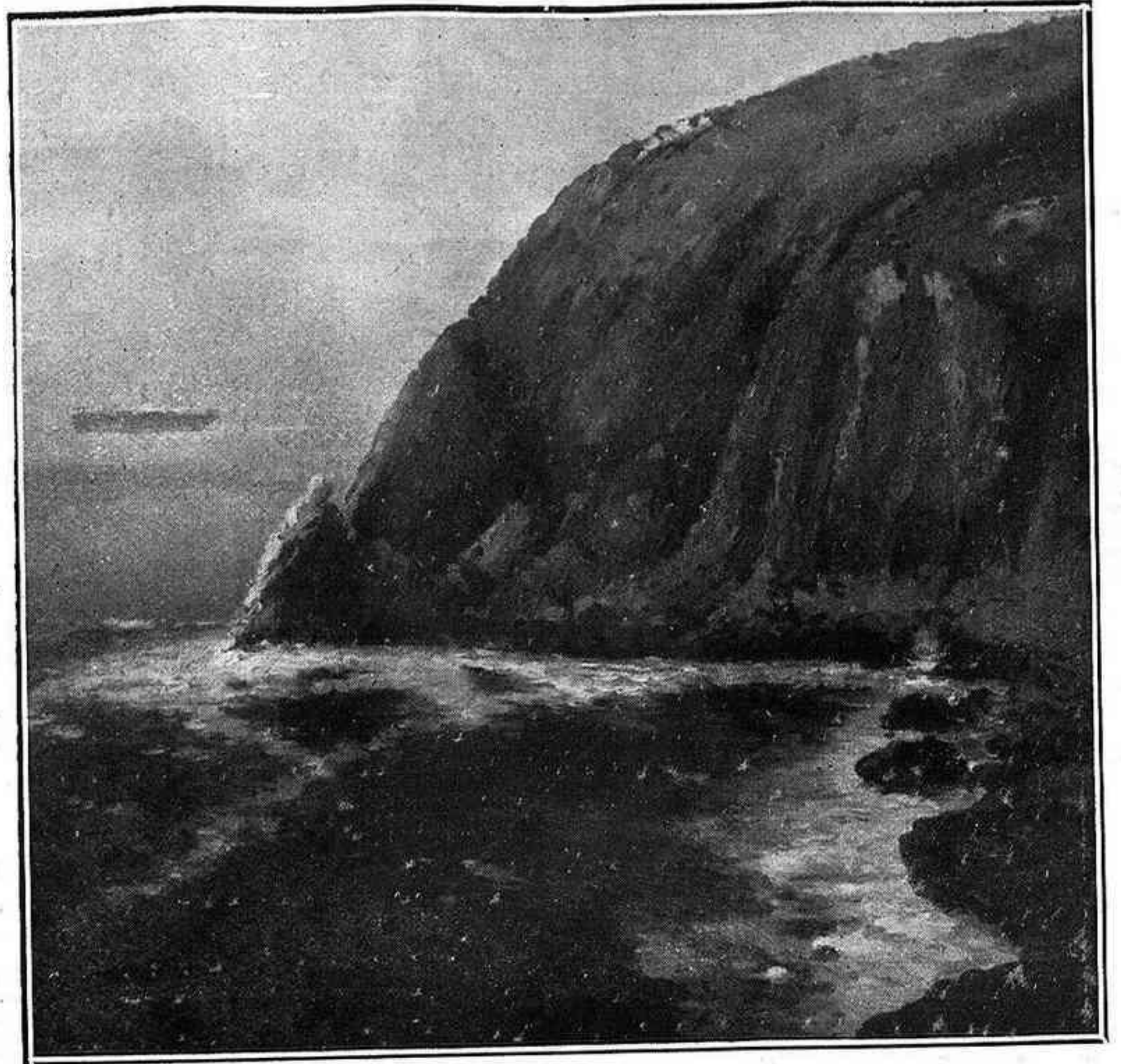
EXPOSICIÓN
VERDUGO
LANDI

empeño, verdaderos cuadros donde se amplifica por el tamaño—pero subsiste la misma cualidad intrínseca de la pintura—el encanto vario de los temas marítimos.

El artista ha reservado para el público y la crítica catalanes los lienzos pintados durante sus últimas estancias en las playas cantábricas y mediterráneas. Una gran diversidad de motivos y un bello contraste de cielos y aguas. Desde las bravías



"La hora rosa"



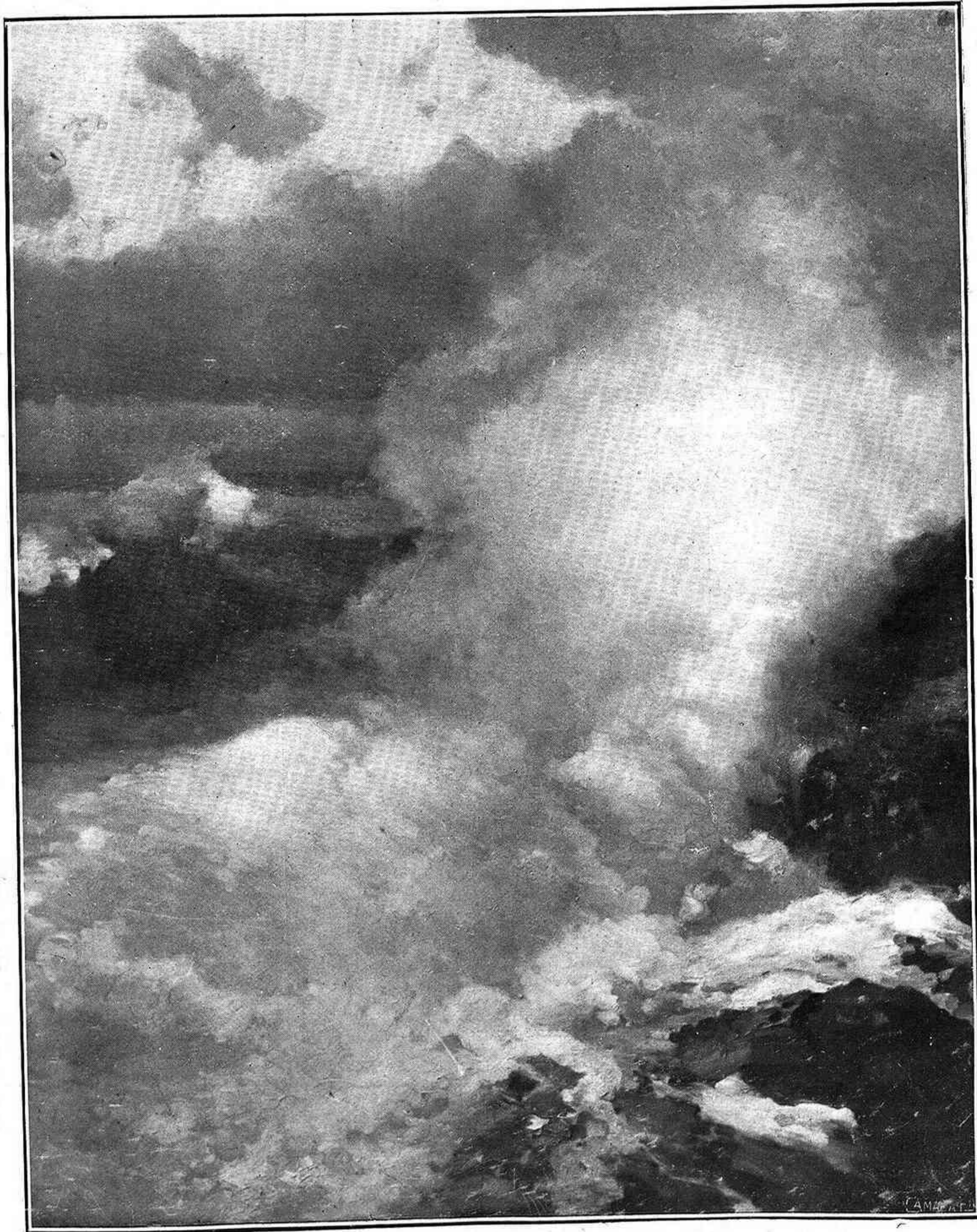
"Desde Igueldo"

indómitas, de una ruda fiereza, á las plácidas, afables y sonrientes.

Costas de Guipúzcoa y de Vizcaya, playas y puertos de la costa andaluza, y principalmente las notas que Verdugo Landi prefiere con entusiasmo ejemplaridad: los altamares, los instantes de las enormes extensiones marinas entregadas á su libre movimiento, ó la lucha tenaz de las olas rompiéndose contra las rocas y lamiendo la base socavada de los cantiles.

En este indudable renacimiento de la pintura paisista, en el apasionado afán que estimula á nuestros pintores hacia la interpretación veraz ó lírica, Verdugo Landi tiene hace tiempo conquistada su peculiar significación, aunadas sus cualidades positivas.

Es el amor, ávido y rebrotado cada nuevo día con crecientes ímpetus juveniles hacia el infinito espectáculo de los puertos, las playas, los muelles, hacia lo que Pérez de Ayala nombró felizmente el «sendero innumerable», pretexto fecundo



"Golpe de mar"

FOTS. CORTÉS

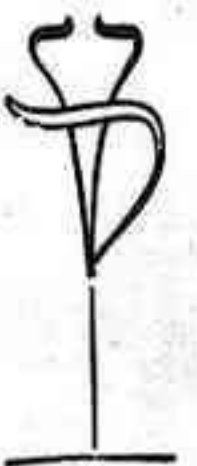
para la obra admirable del insigne marinista español.

Difícil es separar del conjunto interesantísimo que ahora exhibe en el Salón de «El Siglo» aquellos lienzos que mejor le definen, y donde el arte de Verdugo Landi alcanza de más clara manera la plenitud estética.

Pero, aun á riesgo de pasar en silencio otras obras notables, podemos citar *Fuenterrabia*, cuadro de gran luminosidad, en cuyo fondo la costa francesa se muestra con vigorosa síntesis cromática; *Efecto de luna*, pleno de poesía y delicadeza, de una suave dulzura en el que el blando Mediterráneo sonríe cariñoso frente á Málaga; *La hora rosa*, de opalinas transparencias, de gran finura de matices; *Desde Igueldo*, trozo enérgico y bravío.

Además, los que reflejan la preferencia por los motivos dramáticos: *Golpe de mar*, *Alta mar*, *Mar movida*.

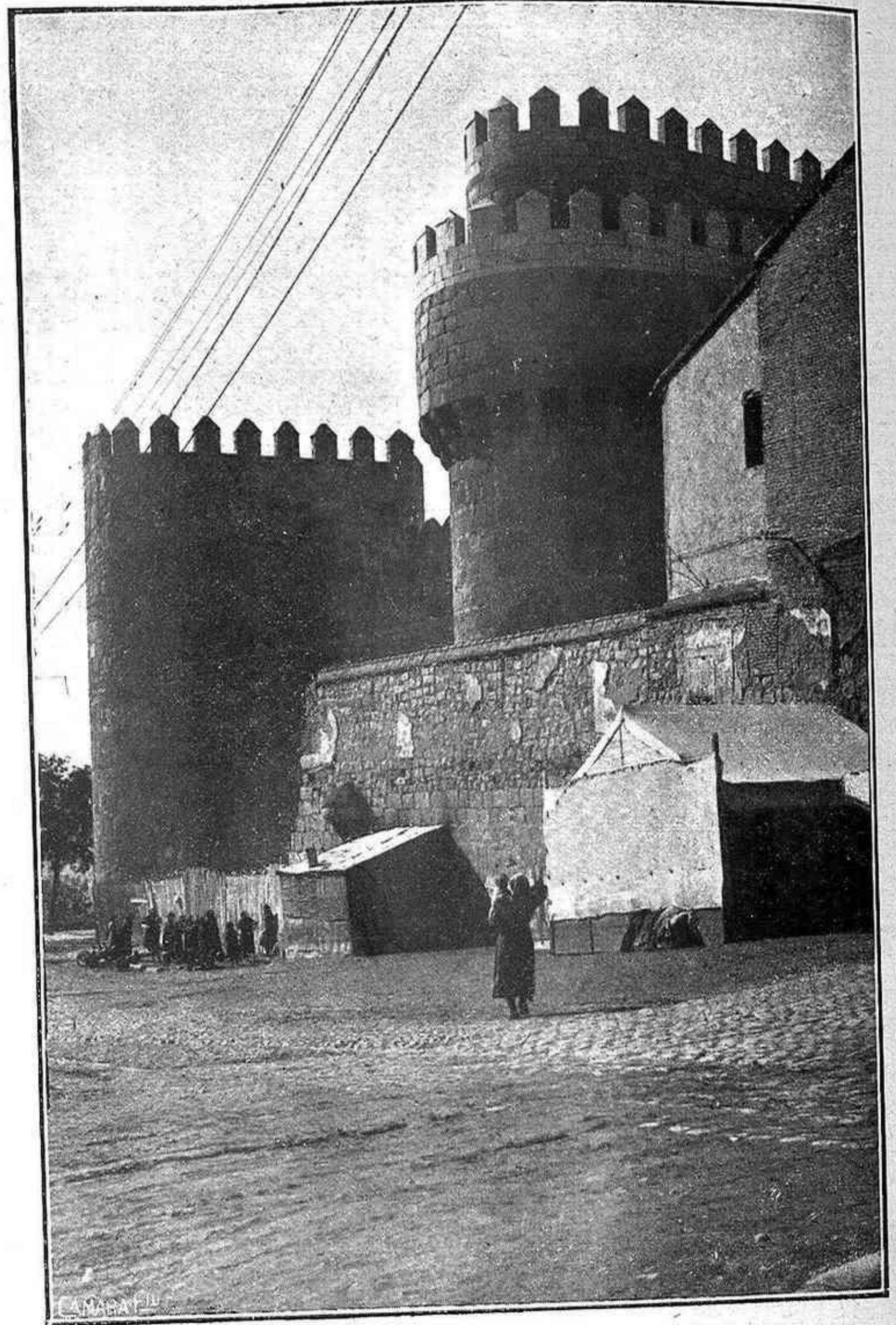
Y en todos ellos la cualidad primogenia del artista, su sincero respeto al natural que no excluye la fantasía.



ASPECTOS DE ÁVILA



Puerta del Alcázar



Torre del Homenaje

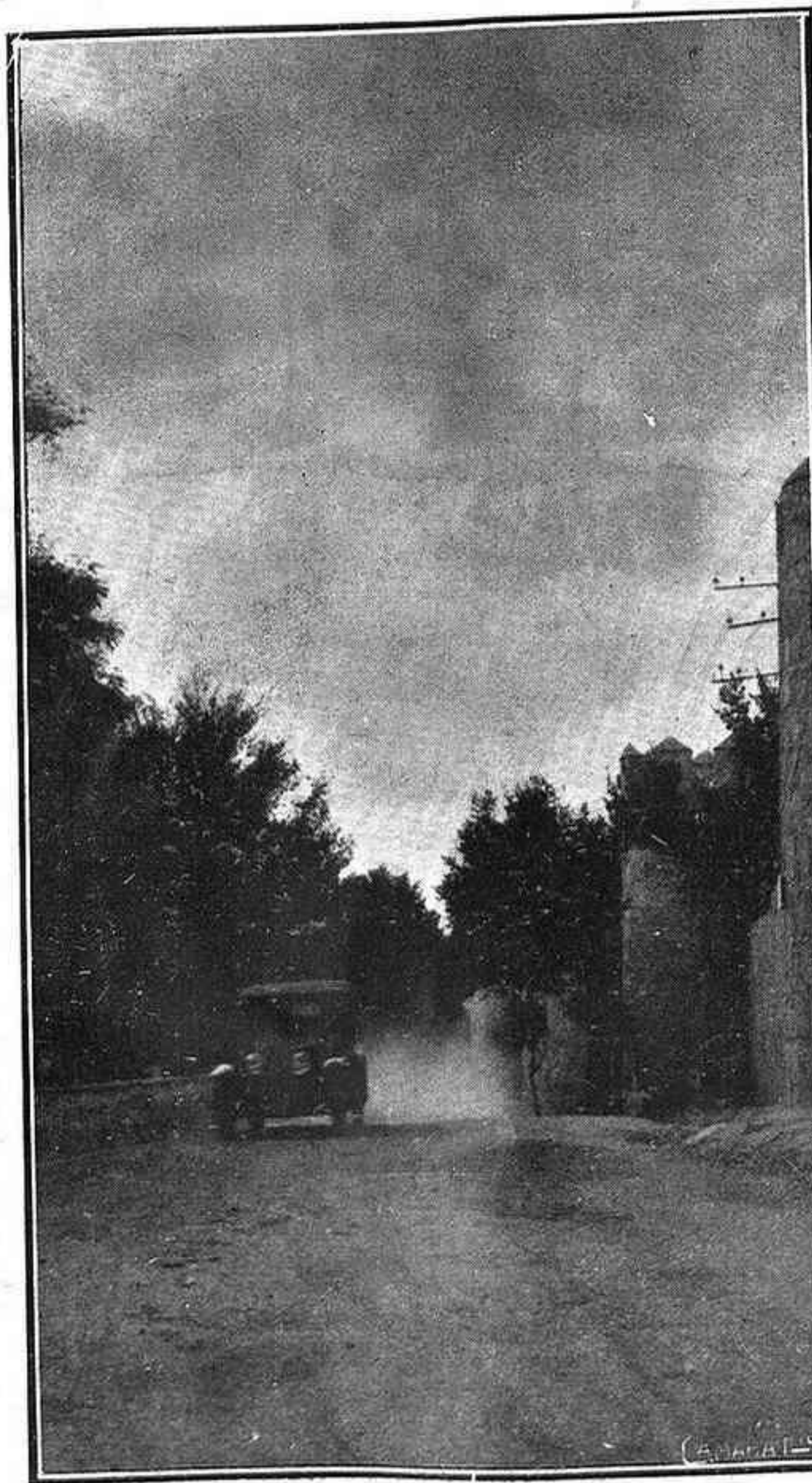
LA vieja ciudad de los Caballeros aparece envuelta en un silencioso manto de quietud y de calma. Parece que su actual generación vive sólo recordando la ínclita memoria de sus nobles guerreros y sus hidalgos héroes. Es la ciudad actual un artístico templo, donde unos lloran y otros rezan por una raza más viril que huyó, dejando sus hazañas en la Historia, y dentro de su perímetro, la enorme, la soberbia gallardía de sus grandiosos monumentos.

Por eso en Avila la colonia forastera está compuesta siempre, en su mayor parte, por profesionales y enamorados del arte. Para unos y para otros tiene la antigua capital curiosidad y objeto. Sus murallas, donde se ven piedras fenicias y romanas, mezcladas en desorden por las manos de posteriores reconstrucciones, se alzan potentes y perfectamente conservadas sobre naturales basamentos de granito; sus edificios principales, San Pedro, San Vicente, Santo Tomás y la Catedral son una maravilla artística.

No están contruídos con el rigorismo matemático de hoy; pero cada pilar manifiesta algo de sentimiento, y en cada dovela de los arcos y bóvedas se observa una riqueza y una exquisitez de gusto sublime y grande.

Torreones prismáticos, columnas y pilastras de sección poligonal regular, que descansan sobre enormes zócalos cilíndricos y sostienen bóvedas esféricas, y carpaneles, y medios puntos sin clave; cornisamentos de airosos frisos y arquivoltas, gárgolas, ménsulas, archivoltas y capiteles, donde el cincel de excelentes artistas hizo maravillosas y variadas figuras; mamposterías ordinarias, en que piedras ciclópeas forman compañía con mampuestos pequeños; todo ello compone un conjunto de desorden simétrico y concierto artístico que embriaga las almas de los que poetizan la Naturaleza con los pinceles y con la pluma.

Hablando de esto he paseado largos ratos en la ciudad de los Caballeros con el notable pintor y excelente dibujante Enrique Ochoa.



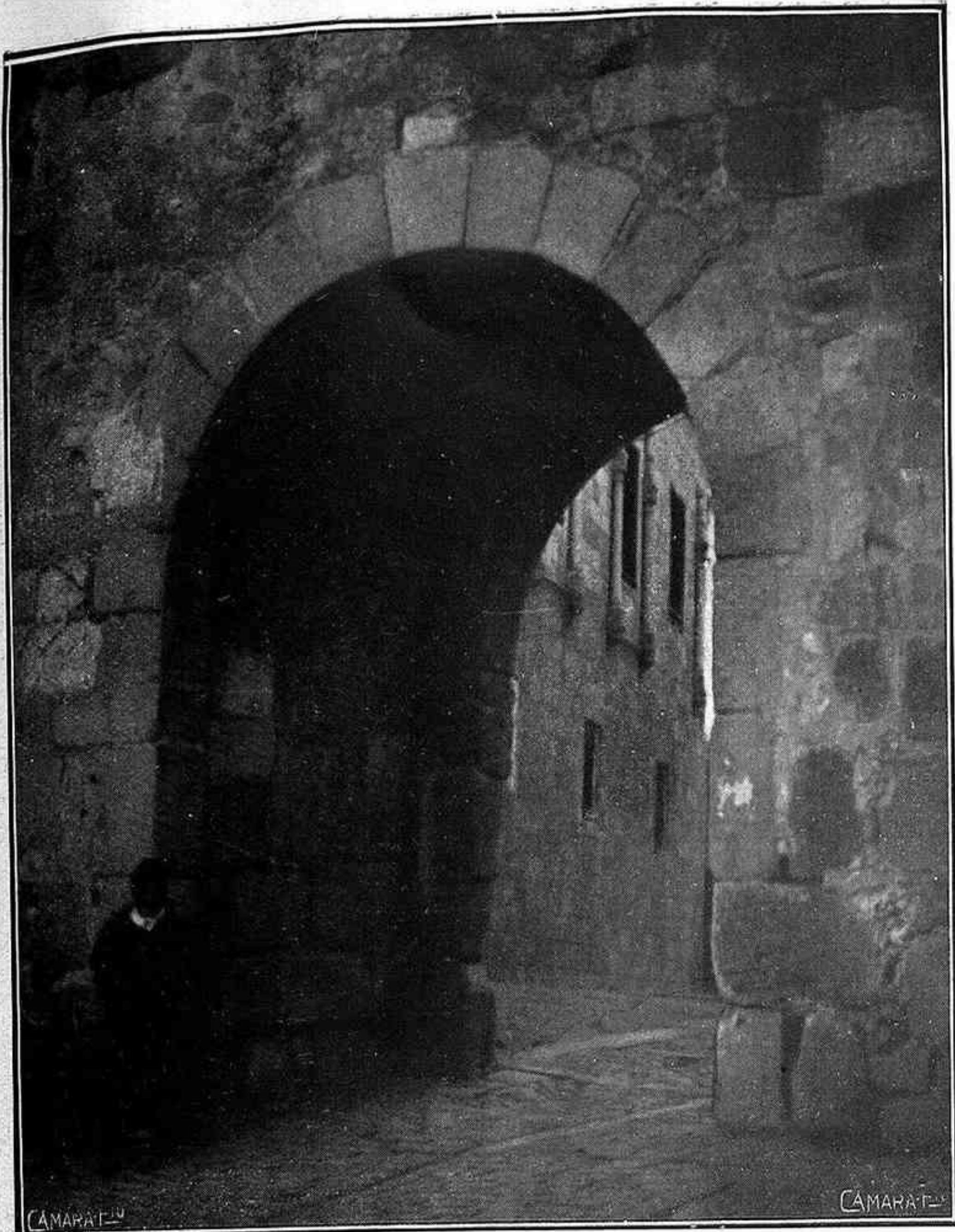
Paseo de Calderón, conocido vulgarmente por El Rastro

Una hermosa tarde de temperatura agradable y limpio cielo hemos recorrido las afueras de la capital, que ofrecen múltiples encantos por la variedad de color, y desde el paseo del Rastro, que es á manera de un inmenso palco que se eleva á muchos metros sobre lo que fué la antigua Judería, hemos contemplado el sublime espectáculo que ofrece la deliciosa campiña del Valle de Ambles, con sus corpulentos olmos y sus empinados álamos, que siguen las márgenes del culebreante Adaja, que allí es casi arroyuelo. A los lados del río y en una inmensa planicie se veían las manchas ocre de los barbechos y las amarillentas de los rastros, cruzadas por las cintas plateadas de los caminos. De marco á este admirable cuadro sirve la Sierra de la Paramera, con sus enormes crestones de piedra berroqueña.

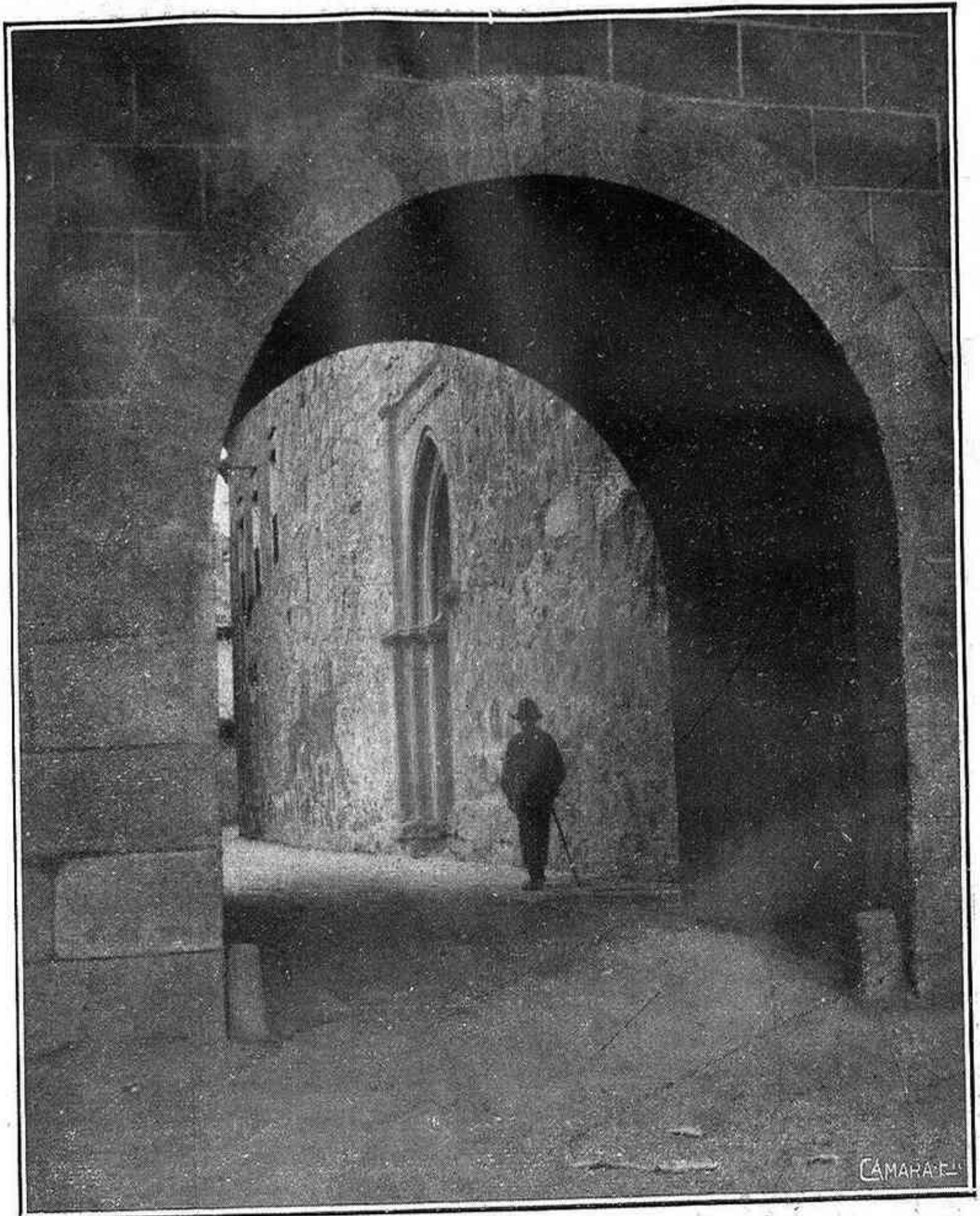
Por la Puerta del Rastro, sobre cuyo airoso carpanel existe aún en buen estado el gran balcón de Doña Guiomar, penetramos en el recinto amurallado, cruzando la histórica y vieja ciudad por calles estrechísimas y tortuosas que conservan en perfecto estado los muros seculares de los palacios señoriales, coronados de almenas y ostentando preciosos escudos con armas de añeja hidalguía y noble estirpe.

Por la suntuosa Puerta del Alcázar, que es un portento de severidad y pureza de línea, que patentiza el gusto estético de remotas épocas, salimos á la plaza de Santa Teresa, y en un extremo del Paseo de Acacias que hay en el centro de ella, y cubierta por la pátina de los años, con un libro en una mano y una pluma en la otra, se veía la estatua de Teresa de Cepeda, la mística y andariega Doctora que glorificó las letras patrias. Frente á ella y formando cuerpo con un recio cubo de la gran muralla se alza majestuosa la esbelta Torre del Homenaje, con su soberbio matacán y su doble línea de almenas.

Hálitos de vida sana llevaron al alma del pintor aquellos hermosos cuadros de Avila, embellecidos por los oros de la tarde espléndida.



Puerta de la Santa; al fondo el Palacio de los Vela, segundo Virrey del Perú, que allí murió asesinado



Puerta de El Rastro; al fondo el Palacio de San Pedro de Dávila y Doña María de Córdoba

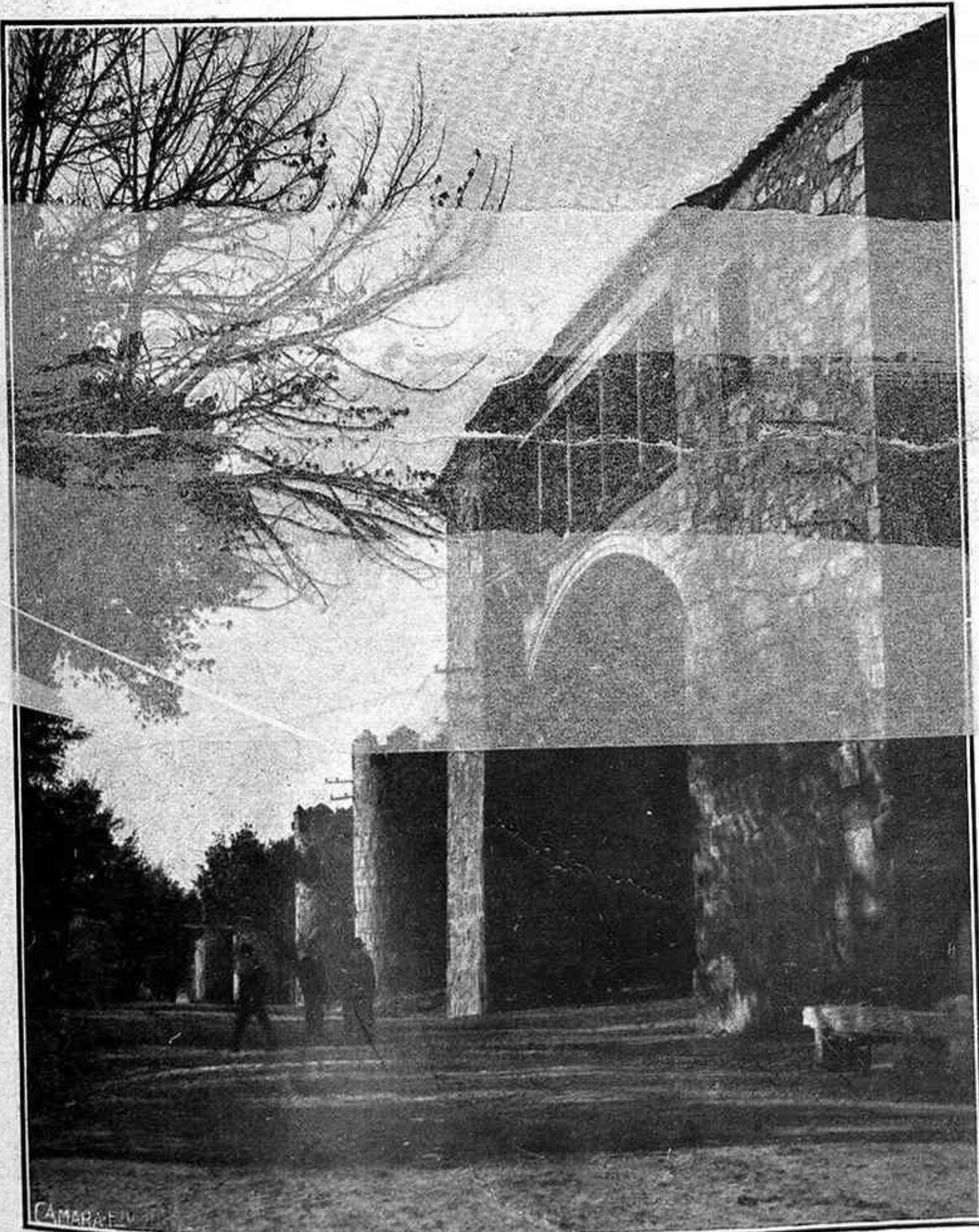
Cuando ya iba declinando el sol nos encaminamos á los magníficos jardines del Recreo y San Antonio, cuyos deliciosos paseos, de variados y frondosos árboles, estaban pletóricos de gente. Hermosas mujeres engalanaban las armoniosas curvas de sus cuerpos sugestivos con exquisita magnificencia. Polluelos y hombres jóvenes tenían para ellas miradas cariñosas y palabras galantes. El paseo seguía sin interrupción su ordenada

marcha, y nosotros suspendíamos de cuando en cuando nuestra conversación para admirar más los innumerables encantos de aquellas mujercitas castellanas que poseen esa sublime naturalidad de lo que por sus propias gracias atrae, esa excelente sencillez de lo que por su genuino valor seduce.

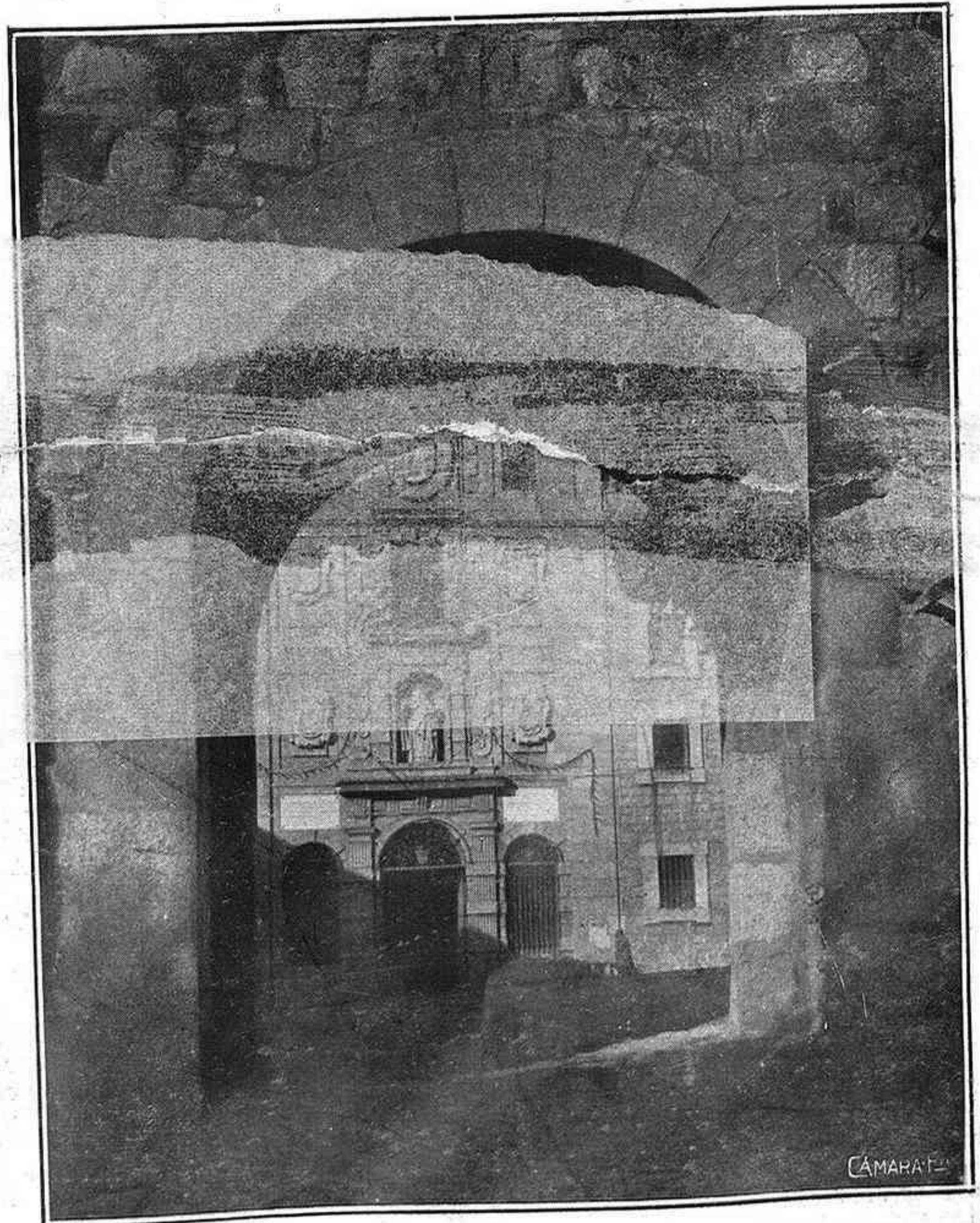
Cuando llegó la noche con su manto de sombras, la gente marchó á las plazas principales, de donde llegaban ruidos de músicas y resplandores

de fuegos de artificio, quedando desierto aquel bello jardín, que por la tarde se vistió de fiesta con las encantadoras mujeres de la hidalga ciudad, que son sus mejores galas, y, en la paz silenciosa de la fronda, los castaños, los olmos, las acacias y los plátanos, con el suave rumor de sus hojas, se nos antojaron místicos peregrinos que musitaban una oración...

DIONISIO BERMEJO



Arco de El Rastro y balcón de Doña Guiomar



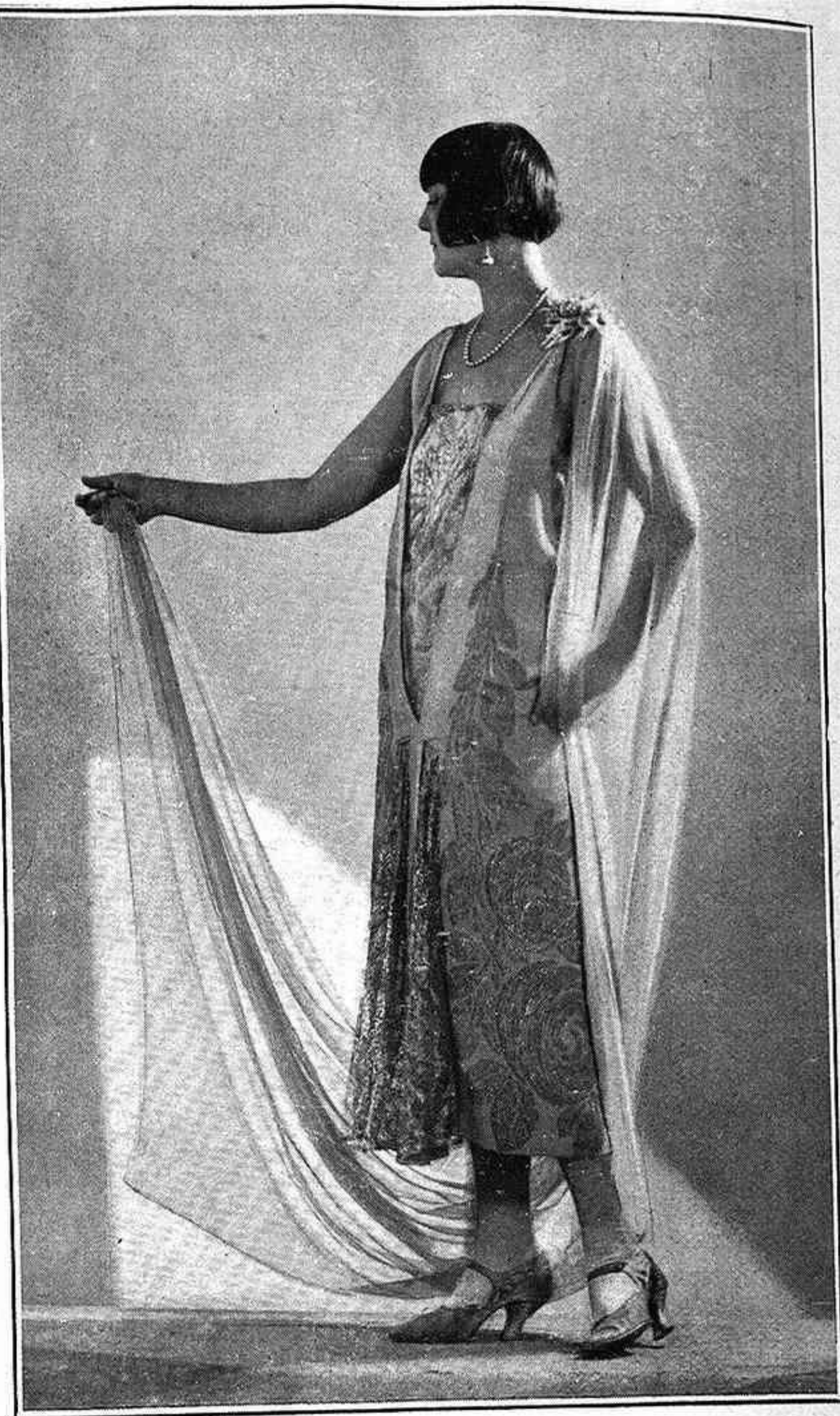
FOTS. LÓPEZ BEAUBÉ Arco de la Santa; al fondo su iglesia, construída en el sitio donde nació

LA MODA
FEMENINA

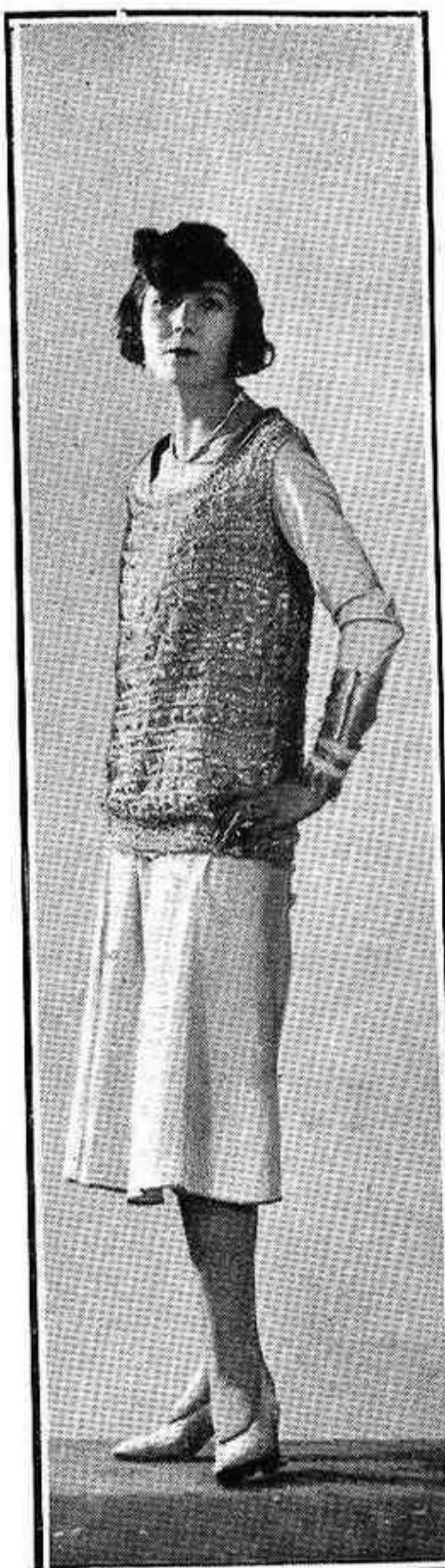
Modelos
de París



"Ensemble" de lana cuadrada, color marrón, con guarnición de botones



Traje de noche en "crêpe marocain" bordado en oro y con encajes dorados sobre fondo "charmeuse" rosa pálido



Vestido de "sport" en paño blanco con lindo jersey de punto

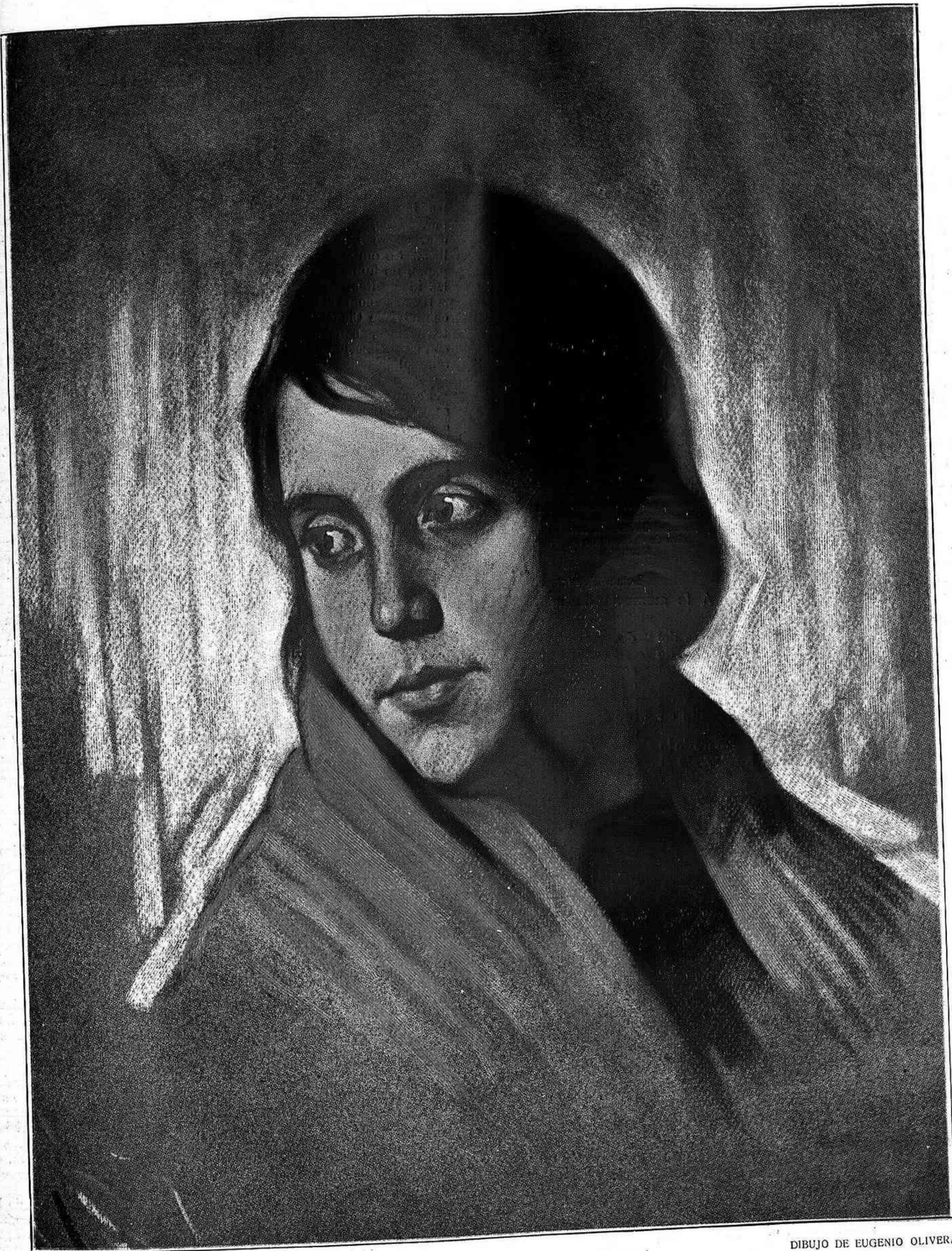


Precioso traje de muselina de seda negra bordada en oro y perlas de coral



Traje de "reps" marino con guarnición de galón negro y rojo y "crêpe" de China estampado

MODELOS de París... Hoy, como antaño, es esta la frase mágica que avala y garantiza encantadoramente toda creación de la moda femenina. París, pese á fortuitas y frustradas competencias, sigue empuñando el cetro de las elegancias de la mujer, siendo el tirano y árbitro de la moda. Como un verdadero tirano, París, á veces, tiene sus injusticias, sus arbitrariedades, sus rarezas, y gusta de burlar la lógica y de asombrar con alguna invención desequilibrada... Pero, en el fondo, París es un galantuomo, un buen rey visor que ama á sus bellas súbditas, y está enamorado de sus cuerpos y cuida sus líneas y las estiliza y hace más deliciosas con su razonable criterio, como el que rige estos cinco delicados modelos que nos vienen de París, el árbitro, perfumados con sus más finas esencias de elegancia...



DIBUJO DE EUGENIO OLIVERA

EL SUSPIRO DE LOS MUERTOS

POR ARMANDO BUSCARINI

Te veré muchas noches, taciturna y llorosa,
cruzar las avenidas solitarias,
buscando á la incurable tristeza que te acosa
el místico consuelo de tus lentas plegarias...

Hasta tus encantadas soledades monjiles
no llegará el murmullo de la lejana fiesta;
perfumarán los lirios tus desvelos sutiles
y habrá cien ruiseñores cantando en la floresta.

Te contaré la historia. Te diré en frases bellas
todo lo que una tarde no te supe explicar.

Te hablaré en el lenguaje que tienen las estrellas
ó con la sinfonía misteriosa del mar.

Se empañará el espacio de aliento de campanas
cuando acudan los fieles á la vetusta ermita,
donde iban los domingos á rezar tus hermanas
y aureolaban sus manos con el agua bendita.

Verás mustias tus rosas y tus rosales gertos,
y en el árido cruce donde todo se trunca
sólo oirás el callado suspiro de los muertos
y una voz que te dice que no morirás nunca!



Cuento premiado en el Certamen literario convocado por el Real Consistorio Hispanoamericano del Gay Saber, con motivo de la Fiesta de la Raza

=V. de S.=

Lema: Eternidad.

A la memoria de mi madre.



LESPLEGADAS las alas temblorosas del Ensueño, bajo el cielo esmeralda de la Ilusión, volaba la Quimera, el pájaro-luz, hecho ritmo de amor en el corazón acelerado de Mauricio y aurora de grandeza en su alma genial, escapada de los labios febriles en un hálito de ciencia profunda y sensacional.

Tembló el Misterio y en el infinito horizonte de lo desconocido fulguró una estrella que, rasgando el Caos, prendió la Aurora. Se disiparon, convulsas, las tinieblas, huyendo del Cielo a la Tierra y de ésta a la Nada, y en el Cenit apareció, esplendoroso, el sol de la Ciencia.

La mano corría, vertiginosa, arrastrando la pluma... Transformación de valores, eliminación de factores comunes, lluvia de integrales, y las incógnitas á granel corrían, volaban en la imaginación de Mauricio, saltando luego al papel, en danza endiablada hacia la meta, que se marcaría hecha solución en la última fórmula.

Era la vida de muchos años, el anhelo de largas horas de trabajo que se agolpaban en la mano cansada, impulsándola hacia el final, temerosas de que el augurio fuese falso, como media hora antes, igual que otros días, lo mismo que el año anterior...

Llegó la presentida, y el joven inventor se abrazó á su obra fuertemente, convulsamente, anonadado por el triunfo, abrasado por la fiebre de la creación.

Iba á legar al mundo de la Ciencia un inapreciable tesoro. Iba á hacer del Mundo un país sin fronteras inaccesibles, y se contemplaba ya, volando velozmente, perdido en la bruma de los cielos, coronado de estrellas, hacia otros mundos nuevos, en busca de la Eternidad...

Respiró fatigado varios segundos, al cabo de los cuales repasó la fórmula una, dos veces..., diez. Era definitivo, incontestable; su nuevo aparato traspasaría los límites de nuestro planeta y se sumiría en los espacios interplanetarios, camino de Venus, la arrogante; de Júpiter, el furioso, ó de Marte, el batallador...

Una voz sencilla, suave, acordada, le sacó de su ensimiamiento,

La viejecita buena—¡blanco copo de nieve sin mácula, acumulado por los años en derredor de un organismo todo corazón!—llegaba á tiempo. La madre amantísima, honra y orgullo del hijo trabajador, iba á compartir también los aplausos; iba á saborear con él las dulzuras del triunfo. Así lo pensaba Mauricio. Así se lo decía en aquel momento. Pero la madre, acaso menos optimista ó quizá menos ambiciosa, inició su duda:

—¿Y para qué, hijo mío?... Tal vez eso que tú crees beneficioso no sirva más que para ensanchar los límites de la discordia humana... Los hombres son perversos. Todo nuevo elemento de progreso en mano de ellos suele ser un nuevo elemento de extinción que emplear en sus encarnizadas guerras... Además, pudiera muy bien, de fracasar la prueba, irte la vida en ella. Por esto, como comprenderás, es por lo que más temo.

—No, madrecita—arguyó Mauricio—. Mi invento es la vida para muchos hombres; es un gran triunfo para la Ciencia y para mí. ¡Es mi vida!

Tal fuego puso en la expresión, tal ímpetu en las palabras, que la madre, confusa ante la convicción de su hijo, agachó la cabeza, sonriendo, para decir:

—Bien, Mauricio. ¡Así sea!

Se abrazaron estrechamente, llorando de alegría como dos niños, y las lágrimas, al rodar peregrinas, vinieron á caer sobre las cuartillas... Se emborrónó el papel; se humedecieron las incógnitas.

¡Parecía como si la incommovible Ciencia, estremecida, sancionara con su protección aquel abrazo!

•••••

Pasaron los días, las semanas, los meses... Al exaltado perturbador de las estrellas, fascinado por la grandiosidad de su invento, extático ante la majestuosidad de su obra, le asaltó la duda... El sol radiante, desparrramando sus rayos sobre las cimas de la Ciencia, derritió las amplias montañas de nieve en ellas paralizadas, y el fuego sagrado de la convicción se hizo pálido.

do, y el alma indomable de Mauricio se enfrió. Al febril investigador de datos científicos le sucedió el sereno idealista. El incansable buscador de incógnitas fué substituído por el frío analista de la realidad. Frio y despiadado, como su cerebro formidable de lince; certero como su corazón exuberante de artista.

Este terrible dualismo llevó la obscuridad á su ánimo. Por su pensamiento tembloroso, como en la vorágine de un sueño indescriptible, desfilaban, caídas, las musas de la Ciencia, plegadas las alas rotas, reclinadas las cabezas sobre los pechos exangües; pero á su paso florecía la Esperanza y nuevas musas derramaban sus flores aromáticas en un sendero de luz... Las musas del Arte, las musas de la Vida.

Era un éxodo de mitos, de diosas caídas, maltrechas, destrozadas, que huían apresuradas hacia el Ocaso, aventadas por el resurgir de los nuevos mitos, de las nuevas musas mayestáticas.

En el noble inventor se hizo la tarde. Tarde de nostalgias, de zozobras, de indefinidas vaguedades, primero, y de pena recóndita, de tristezas incomprendidas, de obscuridad completa, después.

Su invento estaba allí, intocado, sediento quizá de realidades halagadoras; pero el nuevo pensador debía matar las ilusiones en germen.

¿Qué ventajas daría su obra á los hombres y al mundo, en los términos que estaban concebidos? Ninguna. Su madre tenía razón. Iba á ensanchar los límites de la discordia humana; iba á abrir nuevos horizontes á la dominación; iba á ser el generador de nuevas guerras á través de los mundos.

—¿Qué haréis vosotros—se decía—, míseros gusanillos de la Tierra, cuando os creáis reyes en la misteriosa inmensidad del espacio? Mi obra que debiera ser fuente de vida, puesta en vuestras manos va á ser elemento de extinción. Mi obra quedará dormida y los inciertos laureles de la victoria marchitarán sus flores en mi corazón.

Y el pensador profundo se acercó á la tierra y olvidó su obra...

•••••

... Pero en la vida tranquila del vidente hubo un ligero murmullo de palabras perfumadas, llenas de encanto; fascinadoras como el ensueño; seductoras como la pasión. Y en el jardín de las ideas puras, donde se habían helado las rosas tentadoras de la ambición, apareció la mujer, la enviada de la Suerte, del Destino ó de la Fatalidad...

Una mujer sin sensaciones filiales, sin atisbos de maternidad, hambrienta de vida, sedienta de gloria, plétorica de sensualidad.

Los viejos troncos de las convicciones incommovibles temblaron, y sus raíces, poderosas, se estremecieron allá sobre el fecundo campo de la voluntad.

El diablo de la casualidad puso en manos de la bella la clave de un enigma, la solución de un problema vital, el desarrollo de un invento...

Mauricio dudó. Estallaron en su alma de misántropo los secretos madrigales del amor mentido, del amor mediatizado por las bajas pasiones, por los apetitos desenfrenados, por la ambición desmedida. Y las palabras embusteras hicieron su cerco en derredor del visionario; tejieron sobre su voluntad una guirnalda de rosas..., de rosas frescas de pasión, embriagadoras de placer, pero llenas de espinas.

Los argumentos, al principio formidables, se hicieron enfermizos. Languidecieron las ideas-madres, y el cerebro de Mauricio quedó envuelto por la atmósfera del deseo, tentadora y mortal.

La gloria estaba en aquellas cuartillas; la riqueza también.

La inmensa, en su fausto de reina oriental, lo quería, lo ordenaba.

En sus exigencias casi divinas, expuestas tácitamente en sus miradas esclavizantes y en sus veleidades descorazonadoras, borró las huellas de la mujer, como humana, bendita, colocando la primera piedra en el pedestal del ídolo, engendrador del fanatismo y funesto.

El espíritu agonizaba entre los espasmos de la carne palpitante de deseos, henchida de vida, desbordante de voluptuosidad.

El poema, iniciado torpemente, desgranó sus estrofas bajo el titilar de las estrellas, en una noche magnífica..., como en todos los poemas que en el mundo han sidó.

Y, sin embargo, aquello no era más que un correr vertiginoso en brazos de la ambición, camino de la gloria..., que estaba en el invento catastrófico de Mauricio.

•••••

Los kilómetros desaparecían velozmente. Mil..., dos mil..., tres mil... En una marcha endiablada y brutal, el aparato surcaba el espacio, furtivo, impulsado por un potente motor con pocos rozamientos. Los cambios de velocidad eran como saltos bestiales de un enorme pájaro mitológico, escapado de las hojas negruzcas y empolvadas de algún viejo Tratado.

Mauricio, pilotando el aparato, corría cada vez más. Su imaginación duplicaba, triplicaba, centuplicaba la velocidad, alejándose del cuerpo, investigando en las tinieblas como en un mágico desdoblamiento psíquico, marchando á lo desconocido, á lo grandiosamente sublime de lo desconocido y de lo infinito.

La línea esfumada del conjunto se hizo un punto. Aumentó la confusión. Aunque protegido por el aparato vivificador, se sentía mal, sin embargo. No veía. Oprimido el corazón bárbaramente, volaba, con fatal inconsciencia, hacia el destino inexorable.

Una brusca conmoción agitó el aparato; una lumbrarada inmensa cegó á Mauricio y una explosión atronadora ensordeció sus oídos. Apenas si tuvo tiempo para accionar una palanca que operaba sobre el sistema de protección...

Se siguió el silencio imponente; la calma augusta. Por los aires, rodando, caía el avión fracasado, y la inmensa armonía del Universo seguía su marcha, incommovible.

•••••

Abrió los ojos. En el confuso trajinar de sus ideas danzaban los fantasmas atormentando su cerebro. No bajaba la fiebre. En su delirio abrasador vió confusamente unas manos que le acariciaban, una boca amorosa que lo besaba en la frente, y vislumbró también el blanco nimbo de plata, como una aureola de luz inmaculada, sobre la cabeza de una anciana.

Estaba en un período preagónico, de lucidez, y se hizo clarividente. Fracasado, herido, abandonado en su desgracia, ni los embusteros protectores de la Ciencia, ni la mentidora de amor; sólo la madre, en su triple personalidad de mujer, heroína y mártir; sólo aquella que, en su modestia de mujer, había querido substraer el invento á la maldad de los hombres.

Recordando en su delirio la frase de un poeta á quien se había consagrado en el período de su recogimiento ascético—y acaso para consolarlo de la cruel verdad que ella enceberraba—, murmuró, tembloroso:

—¡Eternidad! ¡Tienes nombre de madre! Cerró los ojos, y poco después murió apaciblemente, sin estridencias, abandonado de la gloria, pero reconfortado por los besos de la madre, custodiado por el símbolo amoroso de la Eternidad...



JUSTO ROCHA

DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS

=V. de S.=

UNA TEORÍA ACERCA DEL DILUVIO UNIVERSAL



La teoría de Horgiger sobre la catástrofe bíblica supone las siguientes fases, representadas por el dibujo: 1.^a Un asteroide errabundo fué atraído por la Tierra. 2.^a El asteroide continuó su aproximación en espiral, originando el desplazamiento de los mares. 3.^a Las aguas formaron un anillo líquido en torno de la Tierra, dejando seco el resto. 4.^a La gravedad hizo disgregarse en átomos al asteroide, y al cesar su acción sobre las aguas éstas inundaron gran parte del planeta

EL ingeniero alemán Herr Horgiger, especializado en los estudios astronómicos, publica en cierta revista técnica de Munich una nueva y en extremo curiosa hipótesis acerca de las causas del Diluvio Universal. A juicio de dicho hombre de ciencia, la catástrofe bíblica fué producida por la aproximación á la Tierra de un asteroide errabundo en las inmensidades del espacio, y que hubo de ser atraído por nuestro planeta.

Al ir acercándose el asteroide, y en sus giros en espiral en torno de la Tierra, determinó un efecto de succión sobre las aguas del globo, efecto que no se produjo repentinamente, sino á través de mucho tiempo; acaso transcurrieron miles de años antes de que el infausto viajero sideral llegase al término de su dramática correría. Absorbidos, levantados y desplazados los océanos por la acción del asteroide, hubieron de formar un completo anillo líquido alrededor de la zona ecuatorial, produciéndose con ello la total inundación de las regiones del Trópico. Pero la fuerza de la gravedad acabó por ser tan intensa que no pudiendo resistir más las partículas constituyentes del satélite, se des- agregaron de pronto convirtiéndose en átomos im-

palpables el nefasto vagabundo celeste. Entonces se originó el llamado Diluvio Universal. Los océanos, ya libertados de la garra del satélite accidental de la Tierra, cuya masa debió ser importante, buscaron de nuevo su equilibrio natural. Mas antes de volver á sus cuencas inundaron y cubrieron por completo las regiones litorales de África, Arabia, Persia, Asia y la mitad de la parte meridional de la América del Norte.

No cree imposible el autor de esta hipótesis que el Diluvio pueda repetirse en el curso de los milenios, ya que siempre es probable dentro de ese misterioso é incesante hervir de mundos que es el espacio infinito, á través del cual camina incesantemente el nuestro, arrastrado por el Sol; siempre es probable, repetimos, otra visita sideral como la ocurrida, según el relato bíblico, en tiempos de Noé. Que de vez en cuando se acercan á la Tierra y acaban por caer en ella, si no estallan al penetrar en nuestra atmósfera, cuerpos celestes de enorme volumen, lo prueban entre otros testimonios irrefutables el cráter *Meteor* en *Canyon Diablo* (Estados Unidos), que mide casi dos kilómetros de diámetro y que debió ser producido por el impacto de un

aerolito gigantesco, así como el meteorito de treinta y cinco toneladas hallado en Groenlandia y las incalculables cantidades de roca sideral que forman el lecho del Mar Caspio, restos probables de catástrofes similares á la que determinó la inundación bíblica.

Hay, pues, la triste perspectiva de que en el decurso de los siglos se repita la hecatombe. Todo habrá de depender de la masa que alcance el viajero surgido del seno de alguna nebulosa remota. Tanto más que sobre la posibilidad científica hay la certidumbre de que al fin y al cabo, dado el camino que lleva la Humanidad, ha de llegar el día apocalíptico en que como en los tiempos bíblicos, har- to el Señor de las iniquidades de los hombres, diga cual entonces: «Llegó ya el fin de toda carne delante de mí; llena está de corrupción la tierra por sus obras; yo los exterminaré juntamente con la tierra...» Y ocurra entonces que las aguas de los océanos la cubran de nuevo, aunque ya sin Arca salvadora, porque la total maldad de los humanos no merecerá que quede nadie para perpetuación de la especie.

D. R.

El arquitecto Demetrio Ossipovich Vaesin regresó a su casa de campo tras haber asistido a una sesión espiritista.

Mientras se desnudaba y acostaba (su mujer hallábase ausente por las fiestas de Pentecostés), pensaba involuntariamente en cuanto había visto y oído. No fué realmente una sesión espiritista, genuinamente espiritista. Habían pasado el tiempo en contar sucedidos inverosímiles, extraordinarios, espantosos.

Una señora, sin propósito aparente, había comenzado a hablar de la adivinación del pensamiento. De aquí se pasó a los espíritus; de los espíritus a los fantasmas, de los fantasmas a los enterrados vivos... Un caballero impresionó a los circunstantes con el relato de un muerto que se rebullía en el ataúd. El propio Vaesin pidió que le trajesen un platico y explicó a las señoras lo que hay que hacer para llamar a los espíritus. Llamó, entre otros, al espíritu de su tío Claudio Miranavich y le preguntó, con el pensamiento:

—¿Había llegado la hora para él, Vaesin, de hacer testamento y poner la casa a nombre de su mujer?

El tío respondió:

—Quien tiene tiempo no debe esperar.

—Las fuerzas de la naturaleza son misteriosas y terribles—pensaba Vaesin, tapándose con las mantas hasta los ojos—. No son los muertos; es lo desconocido lo que asusta.

Sonó la una. Vaesin, dando un vuelco hacia el otro lado, asomó un ojo por encima de los cobertores, mirando en derredor. La llamita azul de la lamparilla de aceite que ardía ante el icono iluminaba con luz trémula los rostros de los santos y el retrato del tío Claudio Miranavich, colgado en la pared, frente al lecho.

—¿Si de pronto apareciese la sombra, el espectro del tío!—bulló en la mente de Vaesin—Pero no... ¡Esto es imposible!

Los espectros no existen. Son fruto de fantasías sobreexcitadas, de mentes incultas. Sin embargo, el arquitecto escondió nuevamente la cabeza entre los cobertores y cerró herméticamente los párpados.

Los fantasmas bullían en su imaginación. Veía al muerto revolviéndose en el ataúd; veía a su suegra difunta, a un amigo que se había ahorcado, a una muchacha ahogada...

Esforzabase por ahuyentar aquellos fantasmas; pero mientras más los sacudía, más vivos se le representaban en su mente, más porfiados y terribles. Sintióse presa del terror.

—¡Diantre!—exclamó entre sí—¡No tengo miedo, como un chico! ¡Qué tontería!

Tictac, tictac, hacía el reloj de pared. Las campanas de la iglesia del cementerio aldeano sonaban con un son lento, melancólico y triste, que hería el alma.

Vaesin notó un sudor frío. Le pareció escuchar una respiración fatigosa y luego, sobre su cabeza, como si su tío, saliendo del muro, se inclinase sobre el sobrio.

Se sintió morir. Apretando los dientes, contuvo la respiración. Al cabo, cuando un insecto, penetrando por la ventana abierta, rozó los cobertores, Vaesin no se pudo contener y tiró del cordón de la campanilla.

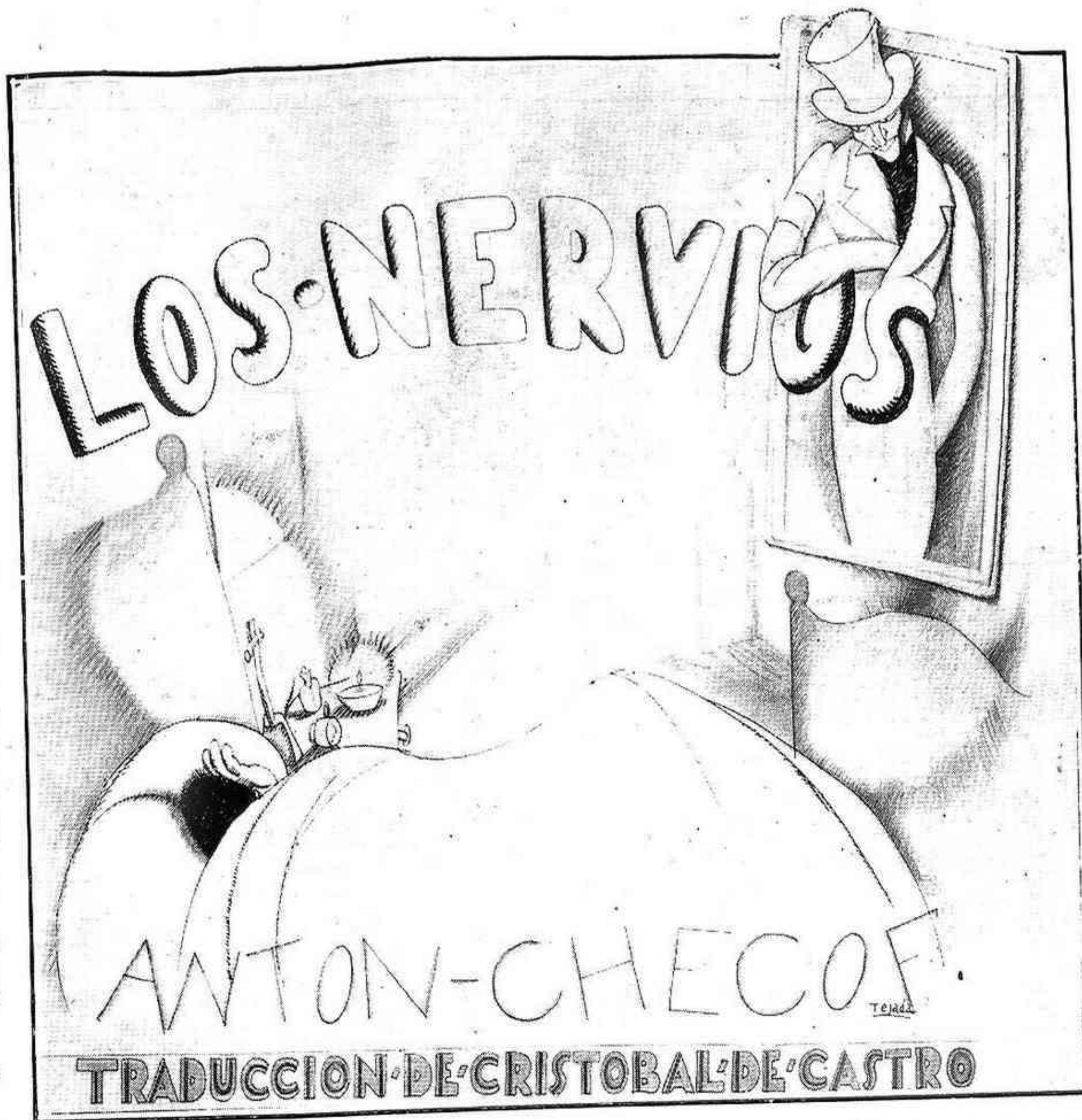
—Demetrio Ossipovich, «Was wollen, Sie?»—preguntó la voz de la institutriz detrás de la puerta.

—¡Ah! ¿Es usted, Rosalía Carlovna?—dijo Vaesin con voz jovial—¿Por qué se ha molestado? Podía haber venido Gabriel...

—Gabriel está en la ciudad. Usted mismo lo envió. La Glafira también se ha ido. No hay nadie en casa. ¿Qué desea?

—Deseaba..., deseaba... decir... Pero entre... No tenga reparo... Estamos á oscuras...

Rosalía Carlovna, una joven rubia y robusta, de buen color y semblante re-



dondeado, penetró en la estancia y se detuvo en actitud de espera.

—Siéntese, señorita... Se trata de..., de...

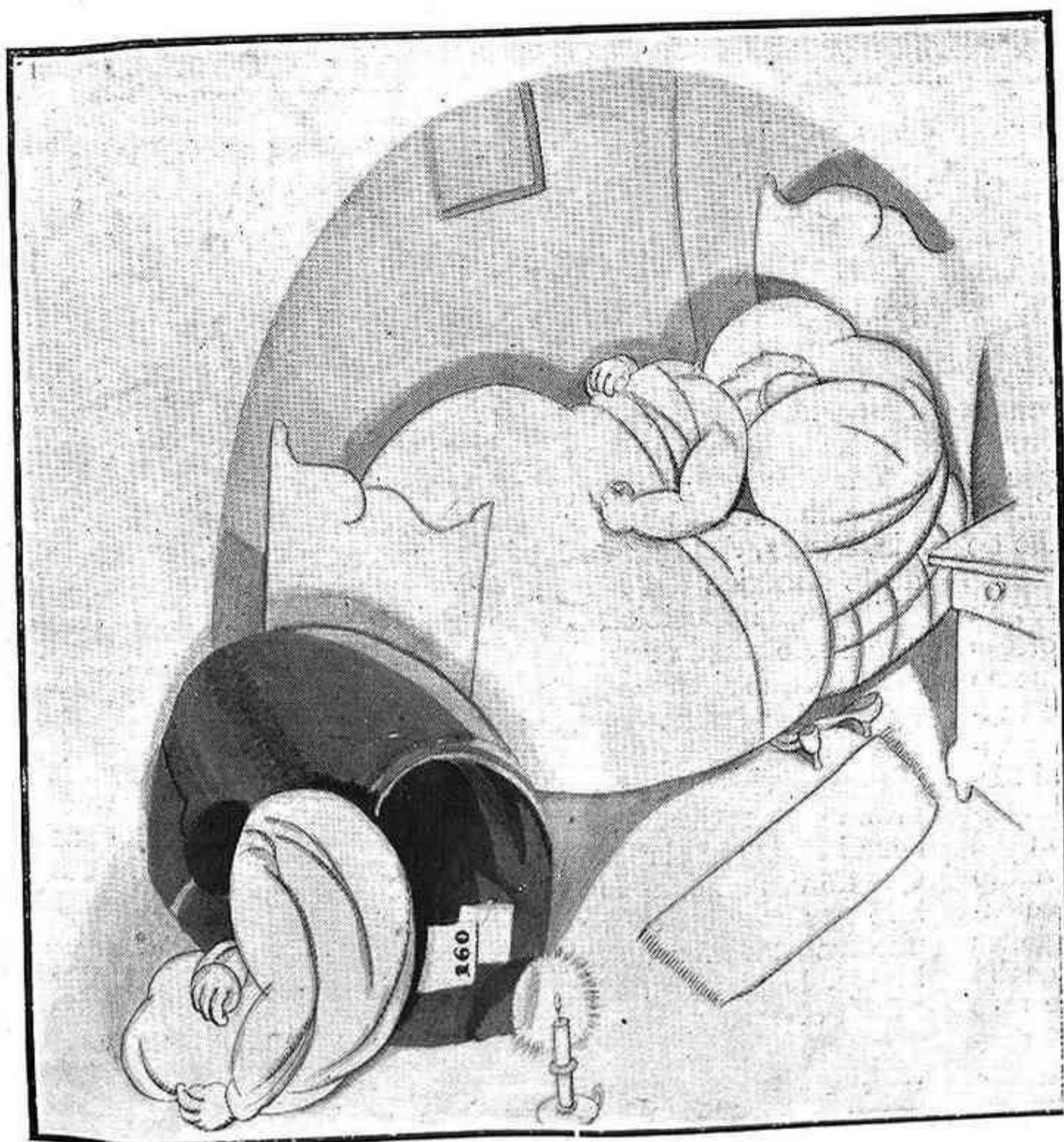
—¿Qué podría pedirle?—pensaba Vaesin mirando de reojo el retrato del tío y sintiéndose calmarse los nervios poco a poco—. Realmente lo que yo quería es rogarle tuviese la amabilidad de decir a Gabriel que mañana, cuando vaya a la ciudad..., se acuerde de traerme cigarrillos... Pero... siéntese...

—Quiere cigarrillos... mañana... Bien. ¿Y qué más?

—¿Más?... Nada más... No quiero nada más... Pero siéntese... Puede que se me ocurra otra cosa...

—No está bien que una señorita permanezca en la alcoba de un hombre... Usted, Demetrio Ossipovich—me ha dado cuenta—quiere burlarse de mí. No se perturba, no se despierta a una persona para los cigarrillos de mañana... Me ha dado cuenta, sí, señor...

Rosalía Carlovna volvió la espalda bruscamente y abandonó la estancia. Vaesin, algo más animoso tras el coloquio con la «Fraulein», y un poco avergonzado por su miedo, se tapó otra vez la cabeza y cerró los ojos. Durante diez minutos sintióse bastante bien. Pero al cabo volvieron los fantasmas.



Tosió tres veces, escupió, buscó las cerillas á tientas, sin abrir los ojos, y encendió la vela. Pero la luz no le tranquilizó. Le parecía que en un rincón, en lo obscuro, le miraba alguien y que su tío volvía los ojos hacia él.

—¡Llamaré otra vez! Al diablo los escrúpulos de Rosalía. Le diré que estoy malo... Le pediré unas gotas de jarabe...

Llamó. Nadie acudía. Llamó otra vez. Le respondieron las campanas del cementerio. El pánico se adueñó de Vaesin. Empapado en sudor frío, haciendo la señal de la cruz y blasfemando, salió de la alcoba como un obseso. Tal como estaba, en camisión de dormir, corrió á la puerta de la institutriz.

—Rosalía Carlovna... Fraulein...—comenzó con voz trémula, dando en la puerta con los nudillos—. Escuche... No me siento bien... Haga el favor... Deme unas gotas de jarabe.

Nadie respondió. Por toda la casa reinaba el más absoluto silencio.

—Le ruego... ¿No comprende?... Estoy mal... ¿Por qué tantos escrúpulos? Se trata de un hombre enfermo. ¿No tiene usted corazón? ¿A su edad no tiene corazón?...

—Se lo diré á su esposa, eso es. ¿Por qué no me deja tranquila? Soy una muchacha decente. Cuando estuve en casa del barón de Anzig y el barón

vino á mi cuarto por cerillas, me di cuenta de qué clase de cerillas buscaba y se lo dije á la baronesa... Yo soy una muchacha decente...

—Pero, Fraulein, ¿qué tiene que ver la decencia? ¿Si estoy enfermo! ¿No ha oído usted que estoy enfermo?

—Su señora—lo digo yo—es buenísima, una mujer de bien, una gran corazón... Usted debe amarla... Yo no quiero que me tome entre ojos...

—Usted es una imbécil. ¿Lo oye? ¿Una imbécil!

Vaesin se apoyó en la puerta, cruzó los brazos y aguardó á que se le pasase el miedo. No tenía fuerzas para regresar á la alcoba, donde chispaba la lamparilla y el tío se asomaba á las molduras; pero continuar allí, en la puerta de la institutriz, en camisión, era—lo reconocía—poco conveniente bajo todos los aspectos posibles.

¿Qué hacer? Dieron las dos y el miedo no disminuía. Desde el pasillo, todo á oscuras, miraba alguien. Vaesin se volvió, apoyando el rostro en la puerta. De pronto sintió que alguien le tiraba del camisión, tocándole en el hombro.

—¡Demonio!... Rosalía Carlovna...

Nadie respondió. El arquitecto, excitadísimo, abrió la puerta, escrutando la habitación. La honesta alemana dormía en paz, placidamente.

Una lamparilla iluminaba las robustas formas del cuerpo, lleno de vida y salud. Vaesin, penetrando en la estancia, sentóse sobre un baúl de mimbres, junto á la puerta. En compañía de un ser vivo, aunque durmiente, sentíase mejor.

—Dejemos dormir á la alemana—pensó—. Vámonos á mi alcoba, que pronto será de día.

Y esperando el día, apolotonándose sobre el baúl, apoyó la cabeza en las rodillas y se entregó á sus pensamientos.

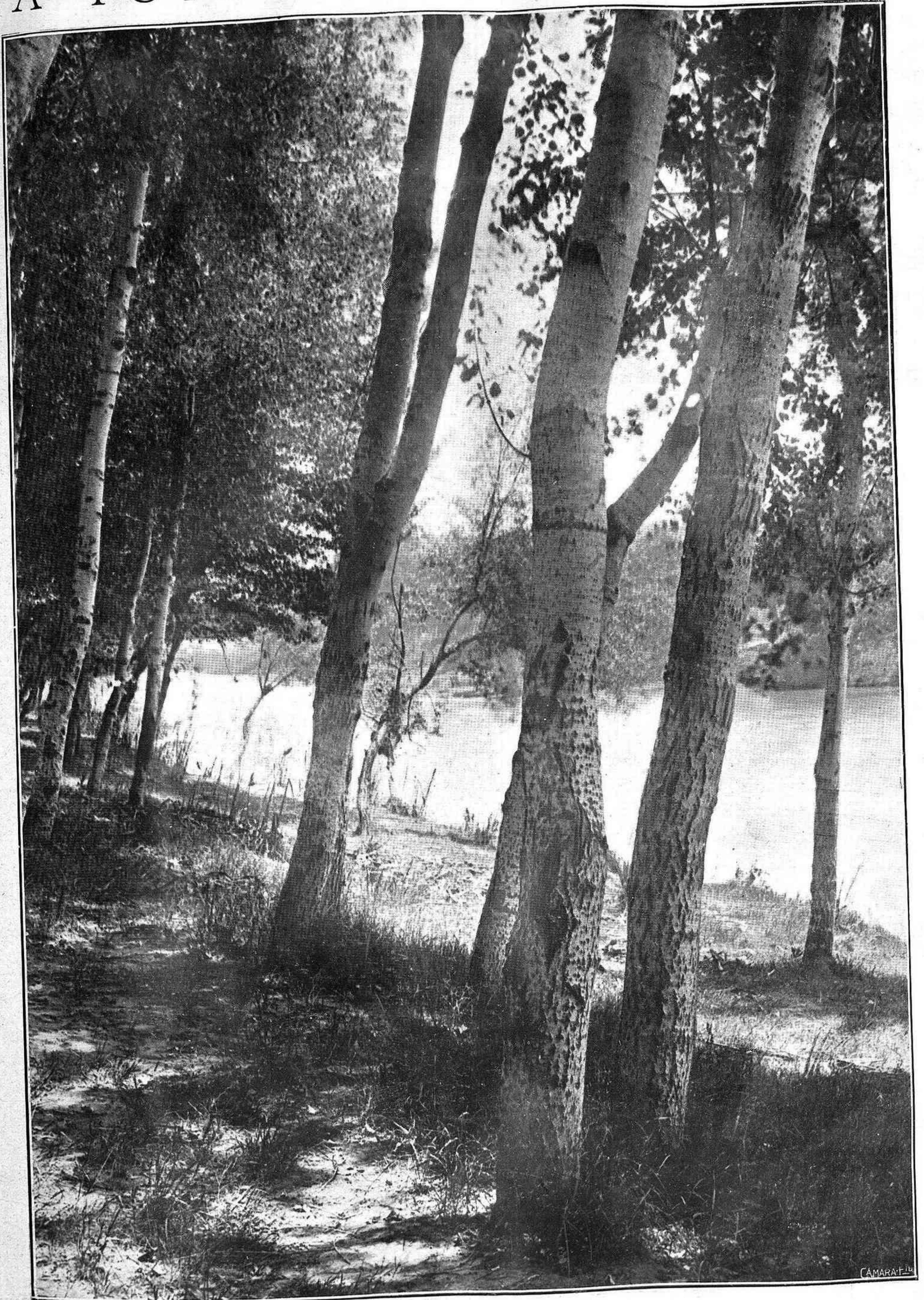
—¡A lo que conducen los nervios!... Yo, hombre culto, inteligente... ¡qué diablo esta vergüenza!...

Poco á poco, escuchando la acompasada respiración de la institutriz, Vaesin se tranquilizó.

A las seis de la mañana, la señora de Vaesin tornó al domicilio. No hallando á su marido en la alcoba fué al cuarto de la institutriz para pedirle calderilla y pagar al cochero. ¡Cuadro emocionante! Sobre el lecho, descubierta por el calor, dormía la alemana en un desorden pintoresco. Dos metros más allá, encogido sobre el baúl de mimbres, su esposo dormía el sueño del justo, descalzo y en camisión de noche.

Dejo adivinar al lector lo que se le ocurrió decir á la mujer y la expresión estúpida del marido cuando se despertó á los gritos. Para describir lo que siguió no encuentro palabras justas...

LA FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA



RIBERAS PINTORESCAS (Barcelona), por Pedro Cano Barranco

LAS BELLÍSIMAS Y OLVIDADAS ISLAS CANARIAS



Barrio de los Hoteles en Santa Cruz de Tenerife



El Teide desde Icod, en Tenerife

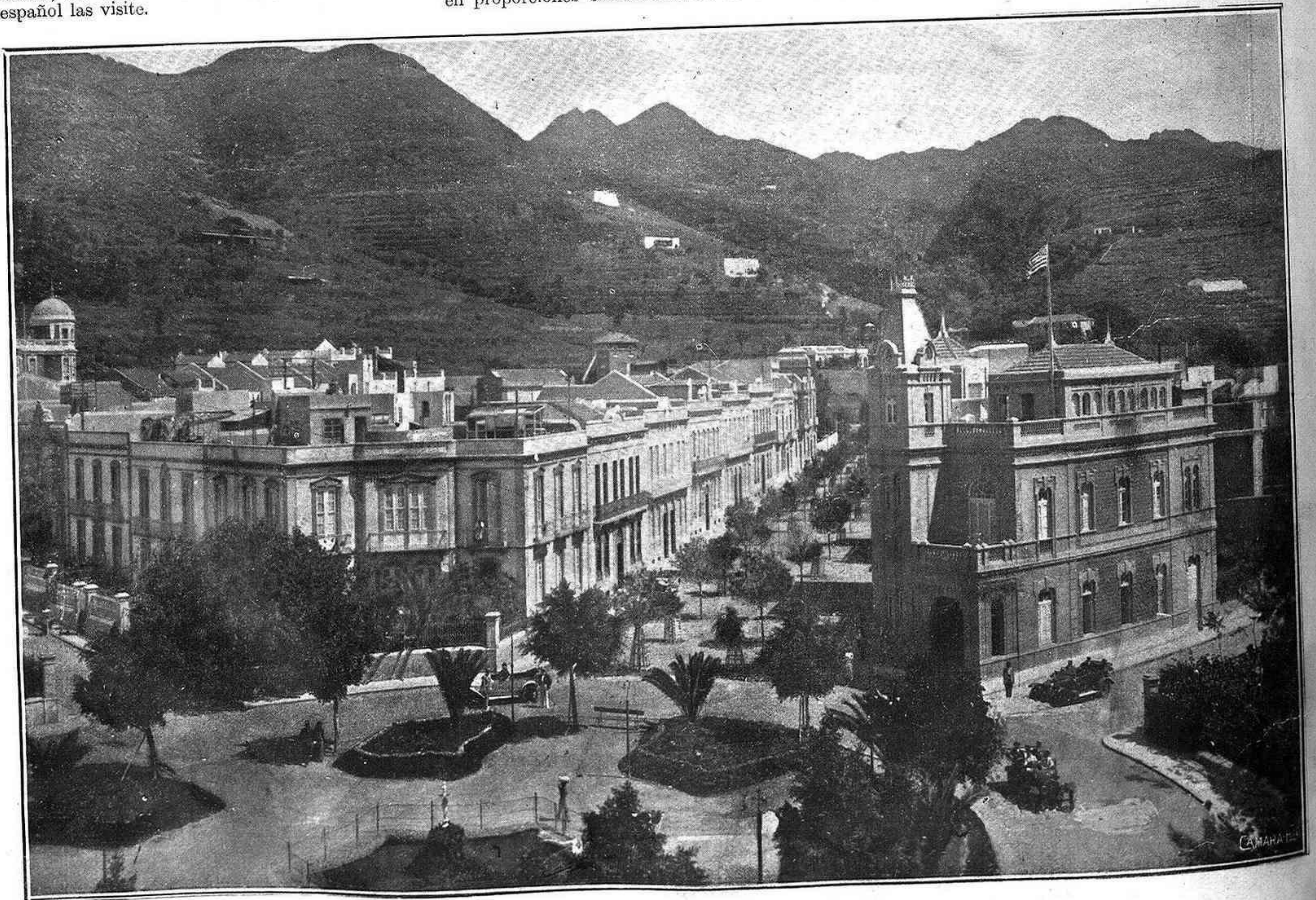
EN los últimos días de Septiembre, un buen amigo nuestro, discípulo de los felices tiempos universitarios, canario por nacimiento y por vecindad, nos invitó a visitarle en Santa Cruz de Tenerife. Ya otras veces nos había hecho igual ofrecimiento, sin poderle aceptar por la obligada pérdida de una quincena que un viaje a las Islas Canarias—aunque sea rapidísimo—significa para el cotidiano trabajo. Por fin, ahora hemos podido satisfacer a nuestro amigo, aprovechando los primeros quince días de Noviembre. En verdad, lector, que damos por bien empleado el tiempo dedicado al hermoso archipiélago.

A no ser porque el viaje es ya de alguna importancia, las Islas Canarias son dignas de que todo español las visite.

Seguramente, el viajero que por primera vez llega a Santa Cruz de Tenerife no espera encontrar una ciudad tan hermosa y «europeizada» cual la bellísima capital tinerfeña. La imaginación rechaza la idea de que allá, en la región tropical, pueda encontrarse una población que nada desmerece como punto invernal, con buenos hoteles y urbanizadas y modernas calles, de Alicante ó Murcia. Y Santa Cruz de Tenerife, actualmente, es una población de esta índole. Según nos han dicho significadas personalidades canarias, su apogeo data de lo que va de siglo, especialmente; ha progresado en poquitos años, como suele ocurrir a estas ciudades que marcan pasos importantes en las rutas marítimas, en las que la navegación ha aumentado en proporciones extraordinarias desde 1900 acá,

á pesar del golpe de muerte que para el tráfico por mar significó la brutal contienda de 1914 á 1918.

Conocida es la historia de las Islas Canarias. Consideradas por algunos geólogos como restos visibles de la sumergida Atlántida, su origen histórico — salvo aventuradísimas opiniones — constituye un verdadero enigma, como igualmente quiénes fueran sus primitivos pobladores. Los griegos, que desde luego las visitaron, las denominaron *Hespérides ó Eliseas*, y los romanos, *Afortunadas y Purpurinas*; recibiendo más tarde el nombre de *Canarias* por la abundancia de *canos* que en ellas existían. Al advenir la invasión de los bárbaros sufrieron un período de olvido, hasta que los ára-



Plaza y Avenida Veinticinco de Julio en Santa Cruz de Tenerife

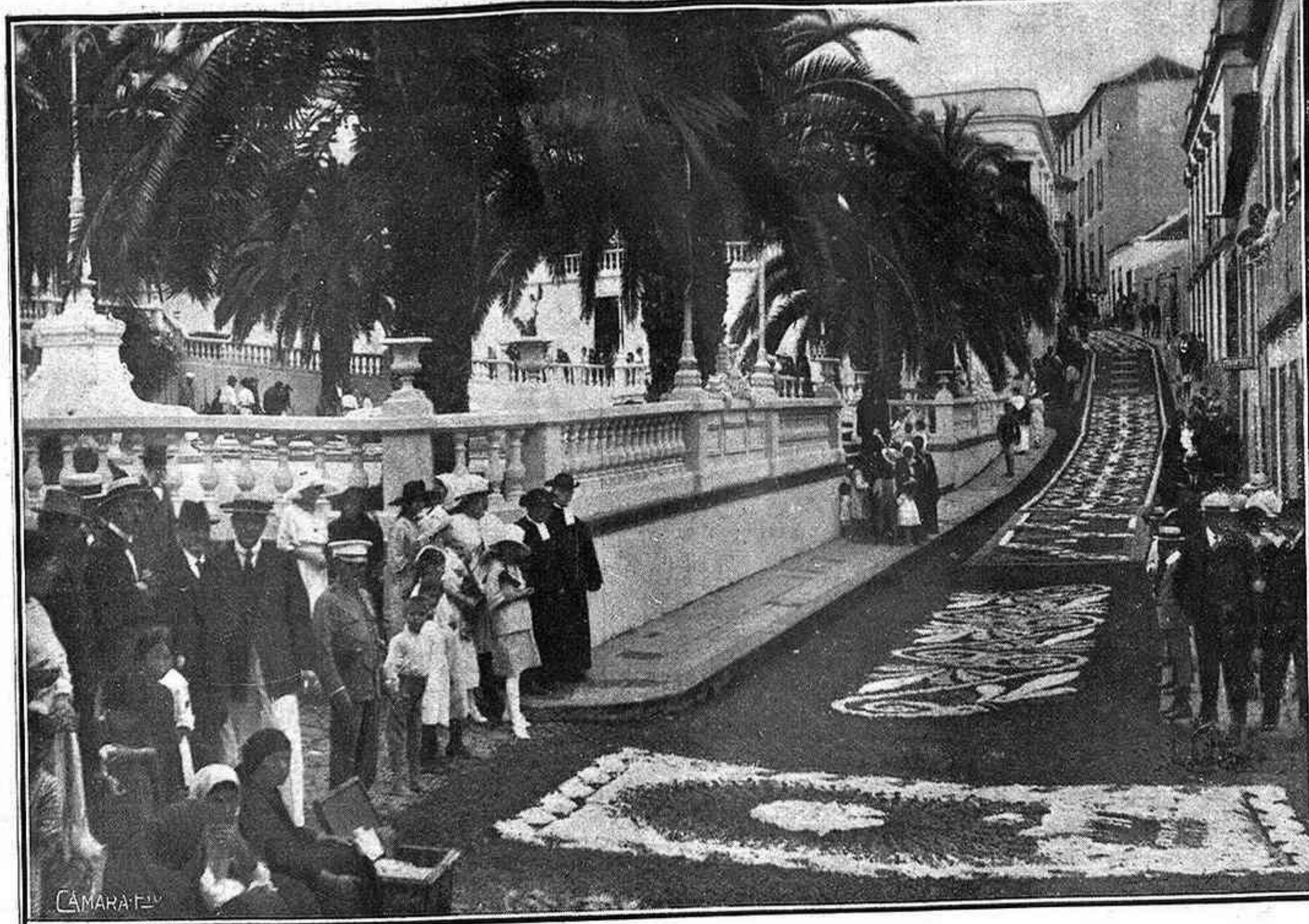
tes las descubrieron en el siglo XI, llamándolas *Al-Kalidat*. En 1330, Alfonso IV de Aragón envió una expedición, y otras varias enviaron distintos reyes de Portugal. El Papa concedió el señorío de estas islas al Infante D. Luis de la Cerda, motivando la protesta de Portugal y Castilla, que alegaron los mejores derechos, prevaleciendo al fin los de ésta, reinando Alfonso XI. En tiempo de Enrique III el Doliente, Juan de Bethencourt, al frente de otra expedición, conquistó algunas de las islas, poseyéndolas sus descendientes poco tiempo, y después cedieron sus derechos a los Reyes Católicos, quienes enviaron una famosa expedición, capitaneada por el Adelantado Alonso Fernández de Lugo, que sometió totalmente al archipiélago a la obediencia y mando de los Reyes de España, no sin librar sangrientos combates, y desde entonces las Islas Canarias constituyen una provincia española, habiendo defendido valerosamente los derechos de la Patria en distintas ocasiones, siendo uno de los hechos más heroicos de su historia el acto de rechazar, sin distinción de sexo, a Nelson en 1797, quien, como es notorio, no pudo apoderarse de las islas, sufriendo graves heridas.

Santa Cruz de Tenerife fué fundada a raíz de los hechos antes indicados, datando su origen del día 1 de Mayo de 1494, en que desembarcó Alonso Fernández de Lugo, quien clavó, según asegura la Historia, una cruz en la plaza de Añaza, ante la que se dijo la primera misa, viniendo el nombre de *Santa Cruz*, al decir de algunos, de este memorable hecho. Los conquistadores dieron gran impulso al crecimiento de la ciudad, adquiriendo importancia marcadísima bajo el reinado de Carlos III, quien, con la habilidad política que le caracterizaba, se interesó por la prosperidad de Canarias, y muy singularmente de Santa Cruz de Tenerife, su capital.

—o—o—o—

Ya queda expresado que Santa Cruz de Tenerife es una ciudad que *sorprende* al turista por su aspecto modernísimo de urbe europea. Además, se nota en ella la falta de esos monumentos, vestigios de otras épocas, que ponen notas anacrónicas en no pocas ciudades de corte moderno. En Santa Cruz de Tenerife, todos los aspectos puede decirse que son contemporáneos. Es, en síntesis, una población alegre y sumamente urbanizada, enclavada en una especie de plano inclinado, á orillas del mar, sobre el que se extiende su puerto, amplio, hermoso, cómodo, seguro y de incesante é intenso tráfico. Las calles están casi por completo tiradas á cordel, y á derecha é izquierda pueden admirarse casas, nuevas en su mayor parte, de atrayente fachada y buenos interiores. Muchas casas son elegantes «hoteles», con sus paredes independientes y bellos jardinillos matizados por la exuberante vegetación de estos climas tropicales, y también pueden admirarse no pocos edificios que pertenecen á la categoría de los palacios. Numerosas palmeras y árboles frondosos, de diversas clases, hacen de muchas calles de la bellísima capital canaria bulevares magníficos y gratos para el paseo.

No obstante este marcado carácter de ciudad moderna, conserva Santa Cruz de Tenerife algunos templos de interés, como las iglesias de la Concep-



Una calle de Orotava alfombrada con flores naturales

ción, San Francisco—esta encierra un hermoso altar mayor—y el Pilar. Respecto á paseos, todas sus calles lo son, en realidad, y merecen destacarse las plazas de la Constitución y de la Libertad, con espléndidos jardines, la Alameda del muelle y el Jardín de Aclimatación; es de tener en cuenta que en estas islas se vive *en perpetua primavera*, lo que atrae á ellas, especialmente á Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas, turistas del mundo entero, que buscan climas templados y panoramas soberanos.

—o—o—o—

Muy cerca de Santa Cruz de Tenerife se extiende, señoreado por el Teide, el incomparable y nunca bien ponderado valle de la Orotava, del que cuentan, como hemos dicho en otras columnas, que Humboldt se hincó de rodillas al contemplarle por vez primera, deslumbrado por la mágica visión. Pretender describir en una crónica periodística las múltiples facetas de las bellezas que la Naturaleza ha acumulado en el valle de la Orotava sería necia ó temeraria empresa, tanto por falta de matices como de color. Baste decir que se ofrece á los atónitos ojos del espectador uno de los más admirables y sugestivos espectáculos de la tierra. Al fondo, el Teide, majestuoso y coronado de nieves, como el Almanzor de Gredos, terminando en cónica punta. En las faldas de la sierra, el pintoresco pueblo de Orotava y, á derecha é izquierda, en una exten-

sión de varios kilómetros, se expande el valle, en el que aparecen vegetaciones distintas y exuberantes, perspectivas variadísimas, plantas de todos los climas y un aire embalsamado por el aroma de millones de flores; tal es, rudimentariamente descrito, el lugar más bello no sólo de la Isla de Tenerife, sino de todas las Canarias, al decir de los que han visitado las demás islas.

—o—o—o—

La rapidez con que realizamos esta excursión, pues tan sólo vamos á permanecer en Santa Cruz de Tenerife tres días, nos impide recorrer, como hubiera sido nuestro gusto, las restantes islas y muy especialmente la Gran Canaria y su hermosa capital, Las Palmas. Pero en esta clase de viajes el hombre propone y el tiempo dispone, viéndonos forzados á renunciar á tal satisfacción.

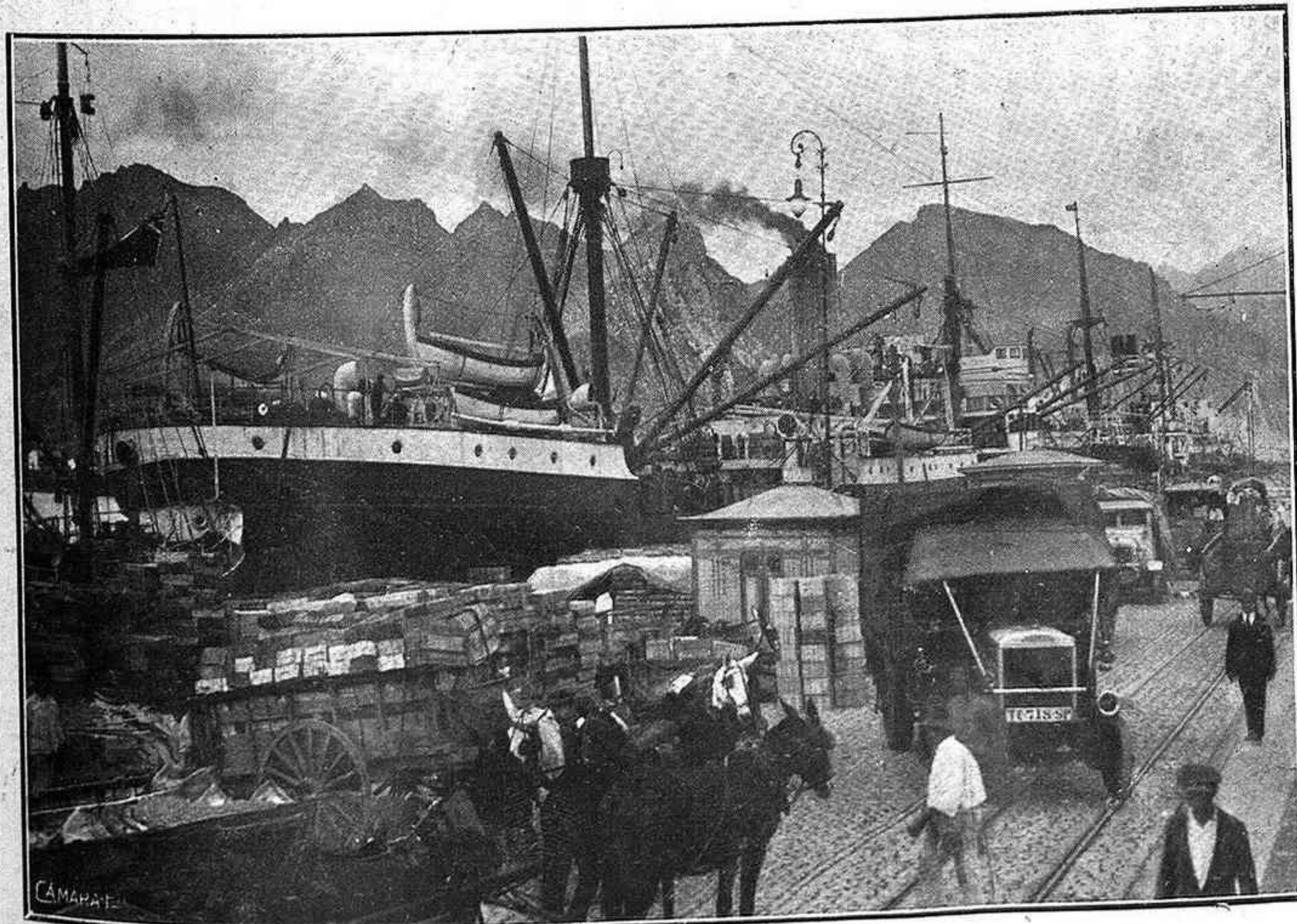
—o—o—o—

Para terminar, hemos de hacer constar que el puerto de Santa Cruz de Tenerife es de extraordinaria importancia, no sólo por el lugar que ocupa en el itinerario de diversas rutas de Europa á América, sino también por ser el principal foco de exportación de los numerosos productos que constituyen la riqueza fundamental de las Islas Canarias, tales como cereales, vino, caña de azúcar, plátanos, dátiles, tabaco, cochinilla, etc., etc. A pesar de esto, los Gobiernos de España no han protegido, en la intensidad que merecen, á las Islas Canarias.

Al Directorio Militar van dirigidas estas nuestras postreras palabras, y quisiéramos que no cayeran en el vacío, como tantas otras que les han precedido. Según nos han manifestado prestigiosas personalidades canarias, los gobernantes de la «vieja política», ocupado todo su tiempo en las pequeñas intrigas que consumían la vida de los Gobiernos que aquí llamábamos, con evidente metáfora, «parlamentarios», tenían en un olvido lamentable las necesidades de las Islas Canarias. Los esfuerzos de algunos diputados canarios se estrellaban estérilmente contra aquella política funesta de «ir tirando», á espaldas ó con abandono de los fundamentales intereses del Estado y de la Nación. La provincia de Canarias, por su lejanía de la capital de España, era aún más preterida.

El verdadero patriotismo reclama que este abandono acabe. Las Islas Canarias, que tanto aman á España y que tanto significan para nosotros por su estratégica posición marítima, tienen absoluto derecho, indiscutible derecho, á que los Gobiernos protejan sus intereses más que hasta ahora. Esperamos que el Directorio Militar, que ha proclamado reiteradamente que ha subido al Poder para acabar con aquella política funesta de devastación nacional, demostrará con hechos que cumple sus promesas y que se interesa por el engrandecimiento nacional. Y respecto de Canarias, de cuyo valor para España muchos españoles no tienen ni idea, esperamos que el Directorio no sólo intensifique en el máximo grado posible las facilidades de comunicación, sino que dedique especial atención á la protección de la industria, comercio y demás altos intereses regionales de las Islas Canarias.

J. SANCHEZ-RIVERA



Muelle de Santa Cruz de Tenerife

LA CIUDAD SANTA DEL GANGES

Las procesiones sombrías.—Esperando la muerte.
La torturante escena de las piras.— La curiosidad europea.

No voy á hablaros yo del despertar de la India misteriosa, de ese resurgir que las plumas comentan y Europa mira con ojos sorprendidos. Quédese para otros la misión de estudiar, escuchando en el alma del vetusto pueblo, el sentido social, político y hasta filosófico de esta resurrección. A mí me basta con lo superficial, con lo pintoresco, con lo que se ofrece á todas las miradas para hilvanar un artículo sin trascendencia.

Y para un artículo de esta índole me ofrece ancho campo Benarés, la ciudad que duerme un sueño de siglos arrullada por la canción quieta del sagrado Ganges.

Benarés es la India; más: es su alma atormentada y misteriosa, y, como ella, despierta ahora del letargo y tiene un temblor de vida que es ansia de vuelo.

Pero no está en las nuevas ideas ni en las ansias que puedan agitarla el verdadero espíritu de la ciudad sagrada, no; está en el ritmo lento de su vida secular, en su tradición, en su historia.

Benarés, nacida de Shiva—como la flor nace del loto—, dedica á ese dios todos sus templos. Es como la Meca para el mahometano, como Jerusalén para los cristianos, la ciudad estrella, refugio y consuelo; el punto luminoso á donde se dirigen los pasos de los creyentes brahmánicos.

Dice la leyenda que trescientos años antes de la



Gradas de un templo de Benarés, á orillas del Ganges, con las piras dispuestas para la incineración de cadáveres

era cristiana fué en peregrinación á la ciudad sagrada el príncipe Cakya Mumí, que quiso redimir á los hombres de la tiranía brahmánica. E hizo prosélitos y conquistó á la ciudad, convirtiéndola en baluarte del budhismo. Pero después de una lucha de mil años, los brahmanes la conquistaron para la antigua religión, y desde entonces el indio ha cifrado toda su felicidad y hasta toda su gloria en visitar Benarés, bañarse en el Ganges—que besa los pies de la población—, purificándose en aquellas aguas, y en ser quemado, después de muerto, á orillas del río santo.

Y allí van, en sombrías procesiones, millares y millares de enfermos y sanos. En ferrocarril, en barco, en palanquín, en carretas, sobre elefantes y camellos, á pie, como pueden, llega una muchedumbre doliente que quiere morir cerca del agua y en el recinto de la ciudad.

Y después de visitar la hedionda cuadra de las vacas sagradas, en el templo de oro, y la no menos mal oliente habitación de los monos, descienden por la reluciente escalinata que conduce al Ganges.

Visitan los templos misteriosos, donde los penitentes pasan doce días consecutivos adorando á Lingm y donde se adquiere el rango de Sanyanis. Muchos de estos visitantes saldrán de los viejos templos á hacer vida meditativa para morir al pie de un árbol ó en una caverna, envueltos en la tela de algodón que les servirá de sudario en la pira, ó, simplemente, cubiertas con una piel las espaldas. Son los ascetas mendigos que esperan la muerte como una bendición.

Los otros, después de purificarse con el baño, esperan su fin próximo ó el del pariente que acompañan, en las gradas de las escaleras que conducen al río.

Y un día y otro día, á la hora matinal, los brahmanes distinguidos, con sus graciosas y delicadas mujeres é hijas—envueltos sus cuerpos gráciles en claros cendales—cruzarán ante ellos y se meterán en el agua haciendo sus abluciones purificadoras sin cuidarse de las miradas masculinas. Pero los indios no tienen ojos para estas apariciones—miran al río, al sagrado río, que pasa por delante de

las escalinatas que descienden de los palacios deruidos, de los templos y de las casas; escalinatas cuajadas de fieles en oración—y miran hacia el brillante palacio del rajah de Nagpur, donde, en la orilla arcillosa del Ganges, en hileras, se extienden las piras—de madera de mangos para los pobres, de sándalo para los ricos—, de las que brota un humo espeso y nauseabundo.

No les inspira terror la muerte; la esperan como una liberación. Saben que sus cenizas serán confiadas á Gaya, la madre eterna.

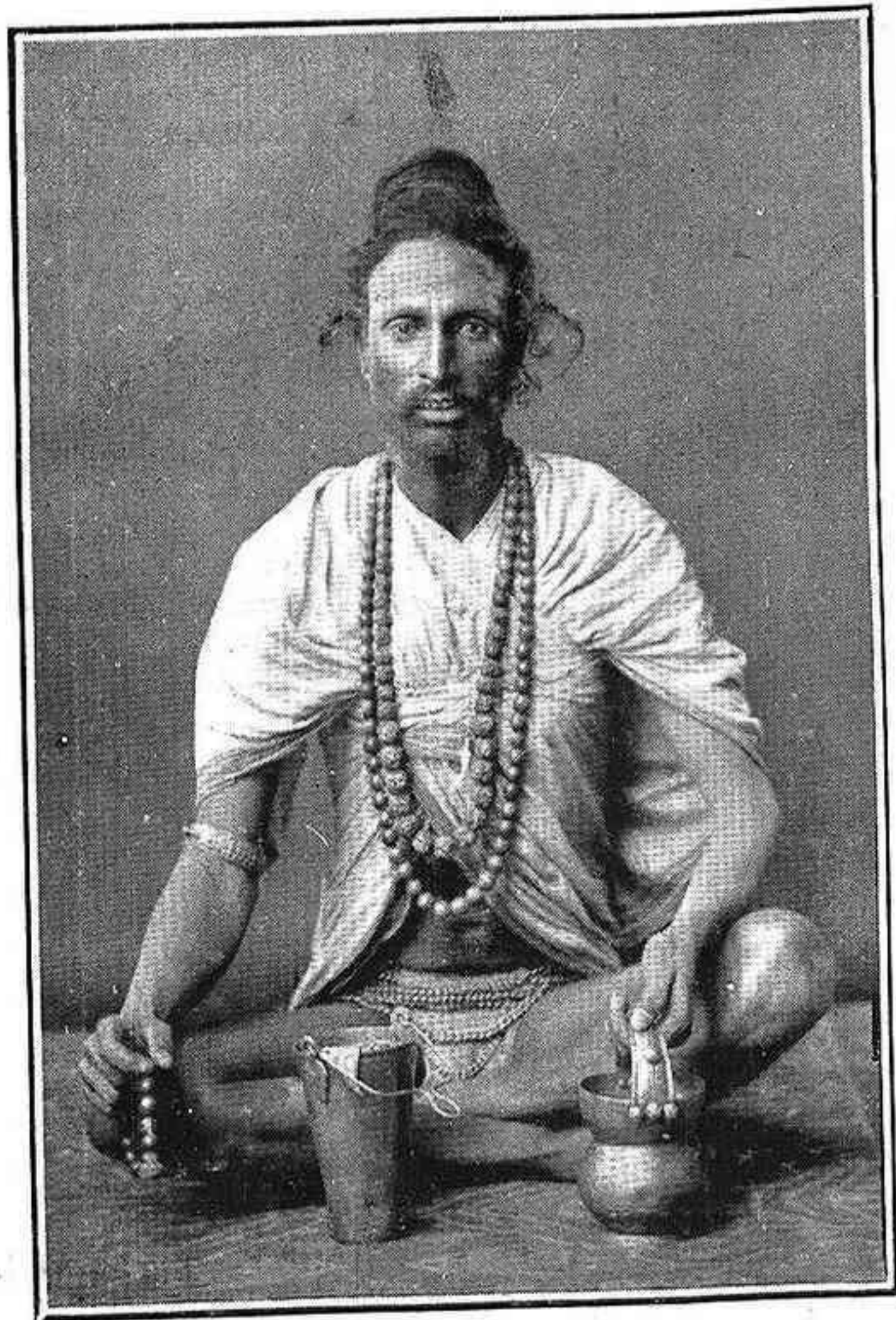
Y el racimo negro de moribundos y los sanos que viven en la ciudad ven continuamente á los conductores de las fúnebres parihuelas que se dirigen al río, dando gritos para que se les abra paso, con los cadáveres envueltos en telas blancas y amarillas con manchas rojas. Y ven, también, á los parias que atizan las hogueras y avivan las llamas con paja y manteca derretida. Y ven que antes de incinerar un cadáver lo descubren y lo ponen un pedazo de limón entre los labios.

El pariente más cercano del muerto presencia la operación sentado en cuclillas á algunos pasos de la pira, mientras le afeitan la cabeza. Después se reúne al resto de la familia, recogen entre todos las cenizas del ser querido, las colocan en una jarra de barro, ponen en el interior leche y mantquilla derretida y la arrojan al Ganges.

La visión espantosa de este infierno humano, de esta escena dantesca, no aterroriza á los europeos, que visitan la ciudad santa—donde numerosas piedras y obeliscos recuerdan á las Satis, las viudas que hasta 1830 se quemaban vivas para que acompañaran al cadáver de su marido—; no les atemoriza porque presencian aquel aquelarre macabro y luego recorren las estrechas callejuelas comprando, en las tiendas, un recuerdo de Benarés, que seguramente se fabricó en Inglaterra.

Y si no aterroriza á los europeos, menos ha de espantar al creyente. Para esto es Benarés la ciudad sagrada, la predilecta del Ganges, el sueño del indio, la tumba de todo buen brahman.

VÍCTOR GABIRONDO



Un peregrino de la ciudad santa de Benarés



Peregrinos de Benarés en un banquete fúnebre, antes de la incineración del cadáver



Una india trazando delante de una casa las figuras mágicas que ahuyentan el mal de ojo



SIENTE USTED
PLACER

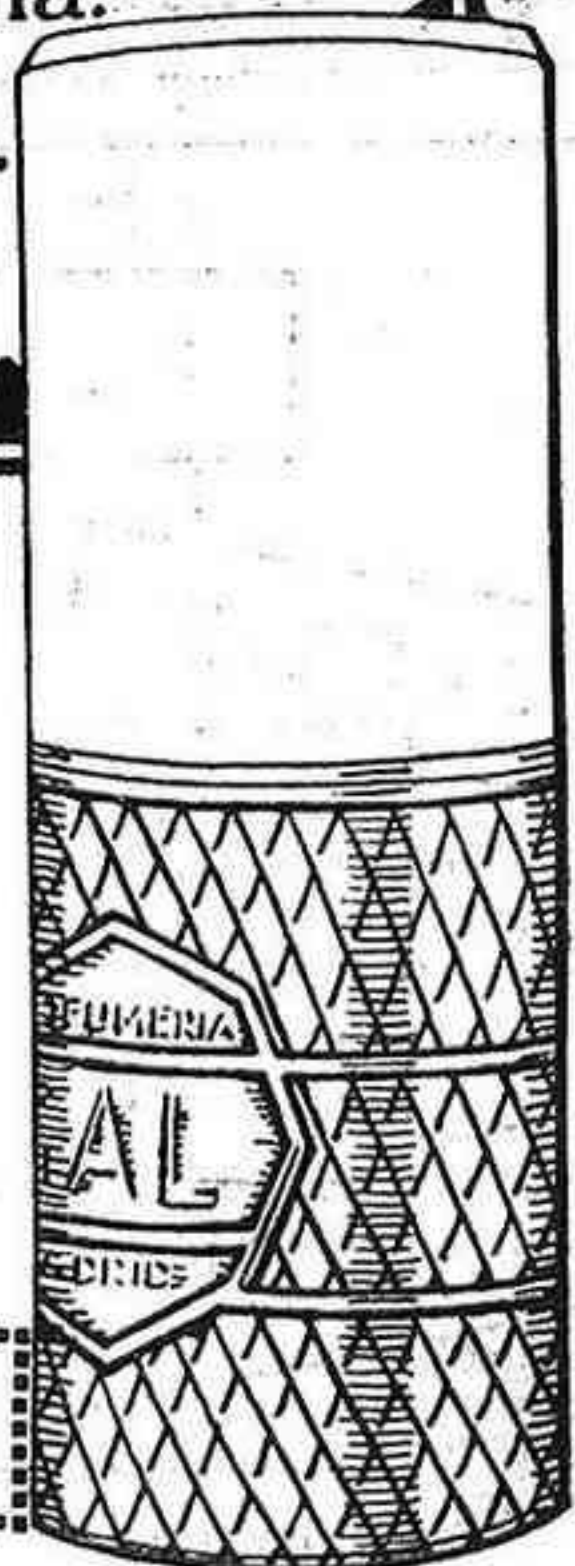
cuando se afeita? Seguramente, si usa usted

JABÓN GAL
para la barba

Hace del afeitado una operación fácil y agradable. Su espuma, consistente y untuosa, permite que la hoja se deslice rápida y suave sobre la piel, dejándola fresca y deliciosamente perfumada.

Barra, 1,50 en toda España.
Perfumería Gal.-Madrid.

RIBAS.



El impuesto del Timbre a cargo del comprador.

En la segunda quincena
de Marzo aparecerá

Los cuervos sobre el amor

Amenísima y emocionante
novela, escrita por

«EL CABALLERO AUDAZ»

PEDIDOS:

“RENACIMIENTO”. — Preciados, 46, Madrid

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista.
Dirigirse á Hermosilla, número 57.

MAQUINARIA DE UNA FÁBRICA DE HARINAS
CON MOLTURACIÓN DE 15.000 KILOS

SE VENDE

Dirigirse á D. José Briaes Ron
San Antonio. — Camino de Churriana. — MÁLAGA

HESPERIA Revista teosófica
:: y poligráfica ::

Buen Suceso, 18 dupl.º, 5.º izq.ª — MADRID

Esta importantísima Revista, única en su género en los países de habla castellana, y que dirige el insigne Dr. Roso de Luna, ha entrado ya en el quinto año de su publicación.

Precio de subscripción en España:
10 ptas. al año y 12 en el Extranjero.

Hay colecciones completas del año 1.º, al precio de 10 ptas.
Descuento del 25 por 100 á libreros y corresponsales.

ESCUELA BERLITZ Arenal, 24

ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS

Todos los meses empiezan clases de inglés, francés, alemán é italiano
CLASES GENERALES É INDIVIDUALES :: TRADUCCIONES

CONSERVAS TREVIJANO
LOGROÑO

**AGENCIA
GRAFICA**

REPORTAJE GRÁFICO
DE
ACTUALIDAD MUNDIAL

Servicio para toda clase
de periódicos y revistas
de España y Extranjero

Pida condiciones

á

AGENCIA GRÁFICA

Apartado 571
MADRID

Lea usted los martes

**Aire
Libre**

Revista de deportes



INDUSTRIAS FORB S A
TRAVESERA 316 BARCELONA



CONSULTE
GRATIS SUS
PROBLEMAS
DE PROPAGANDA

PUBLICITAS

MADRID
GRAN VIA, 13
SECCIÓN TÉCNICA

HELIOS

BARCELONA
RONDA SAN PEDRO, 11
SECCIÓN TÉCNICA

FAJMA

ALFONSO
FOTÓGRAFO

Fuencarral, 6 MADRID



Rogamos á nuestros corresponsales, suscriptores, anunciantes y á todas aquellas personas que se dirijan á nosotros para asuntos administrativos, extiendan la dirección en el sobre en la siguiente forma:

Prensa Gráfica

Apartado 571

MADRID

SE ADMITEN SUBSCRIPCIONES A NUESTRAS REVISTAS

EN LA

LIBRERIA DE SAN MARTÍN

PUERTA DEL SOL, 6

Para anunciar en esta Revista,
dirijase a la Administración de
la Publicidad de Prensa Gráfica

"PUBLICITAS"

Avenida Conde Peñalver, 13, entlo. Casa en Barcelona: Ronda San Pedro, 11, pral.
Apartado 911. Teléf. 61-46 M. MADRID Apartado 228. Teléf. 14-79 A.

INGENIERIA Y CONSTRUCCIÓN

REVISTA MENSUAL IBEROAMERICANA

Viene a ocupar un puesto que había vacante entre las revistas técnicas, no viene a competir con ellas. Su orientación es diferente a todas las demás y su presentación única. Se ocupará principalmente de

- Ingeniería civil,
- Minas y metalurgia,
- Electricidad y mecánica,
- Agricultura y montes.

Su objeto es ser el elemento auxiliar del técnico y del industrial, y su modesto precio de suscripción (30 pesetas año) está al alcance de todo el mundo.

APARTADO DE CORREOS 4.003
LARRA, 6 MADRID



LA NOVELA SEMANAL

SÓLO CUESTA TREINTA CÉNTIMOS

PERO VALE TANTO COMO UN LIBRO DE CINCO PESETAS, PORQUE SIEMPRE DA EN SUS PAGINAS UNA NOVELA INEDITA DE LOS PRIMEROS AUTORES CONTEMPORANEOS O UNA EDICION ESMERADISIMA DE LAS MEJORES NARRACIONES BREVES :: DE LOS MAESTROS DEL SIGLO XIX ::

ESTA SEMANA PUBLICA UNA NOVELA DE

ALEJANDRO LARRUBIERA

TITULADA

EN LA NOCHE MILAGROSA

Tos, Catarros, Bronquitis. Curación pronta y segura
con **BENZODINA** Poderoso antiséptico de las vías respiratorias

CAMISERÍA
ENCAJES
BORDADOS
ROPA BLANCA
EQUIPOS para NOVIA

ROLDÁN

FUENCARRAL, 85
TELÉFONO 35-80 M.

MADRID

"GEORGIA"

Es un engrase
de alta calidad

Dpto. de España
S.A.E. Georgia-Oil, Málaga

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista :-: Dirigirse a esta Admón., Hermosilla, 57.

DIAZ

FOTOGRAFÍA DE ARTE
Fernando VI, 5. - Madrid

ELIXIR ESTOMACAL SAIZ DE CARLOS

(STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO e INTESTINOS

DOLOR DE ESTÓMAGO
DISPEPSIA
ACEDIAS Y VÓMITOS
INAPETENCIA
FLATULENCIAS

DIARREAS EN NIÑOS
y Adultos que, a veces, alternan con
ESTREÑIMIENTO
DILATACIÓN Y ÚLCERA
del Estómago
DISENTERIA

OBRA COMO ANTISÉPTICO DEL APARATO DIGESTIVO curando las diarreas de los niños incluso en la época del destete y dentición. Es inofensivo y de gusto agradable. Ensáyese una botella y se notará pronto que el enfermo come más, digiere mejor y se nutre, curándose de seguir con su uso.

33 AÑOS DE ÉXITOS CONSTANTES 5 pesetas botella, con medicación para unos ocho días

Venta: Serrano, 30, Farmacia, MADRID y principales del mundo



Para la limpieza de los dientes :-: Cura el dolor de muelas :-: Evita el sarro :-: Perfuma el aliento.

CORTÉS HERMANOS (BARCELONA)

TINTAS LITOGRAFICAS
Y TIPOGRAFICAS

DE

Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70
Despacho: Unión, 21

BARCELONA



Lea usted los miércoles

Mundo

Gráfico

30 cts. en toda España

SEDLITZ CH. CHANTEAUD

de PARIS

a base de Sulfato de Magnesia anhidro puro, Acido Tártarico, Bicarbonato de Sosa. - El mejor Purgante, Laxante, Depurativo contra: ESTREÑIMIENTO, JAQUECA, ESTADOBILIOSO, CONGESTIONES, VICIOS de la SANGRE
URIACH C. 49, Bruch. BARCELONA

Argentea

Orfebrería
Platería



Objetos
de arte
finamente
cincelados



IMPRESA DE PRENSA GRÁFICA, HERMOSILLA, 57, MADRID

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTOS, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS